

462-3

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

MEMORIAS
MUNICIPALES

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 - 23 mayo 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Núm. 546 - Depósito legal: M. 58.69 - 1958

GINEBRA, ENTRE EL SI Y EL NO



UNA BAZA EN EL JUEGO DIPLOMATICO:
LA SEGURIDAD DEL MUNDO

DARD



Nueva vida

La Primavera nos ofrece otra vez la renovación de la naturaleza, fenómeno al que el organismo no puede ser ajeno. Renueve Vd. también su sangre limpiándola de impurezas con esta bebida que iguala la acción de la fruta.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

PURIFICA LA SANGRE

GINEBRA, ENTRE EL SI Y EL NO

UNA BAZA EN EL JUEGO DIPLOMATICO: LA SEGURIDAD DEL MUNDO



De nuestro enviado especial a Ginebra, ALFONSO BARRA

LA florista de la calle Corratel, en Ginebra, coloca todos estos días un gran cesto de claveles para que los periodistas que se dirigen a la Casa de la Prensa puedan prenderse una flor en la solapa. A eso de las ocho de la mañana ya está la simpática oferta dispuesta y bien ordenada.

—Yo no soy supersticiosa, pero me parece que da buena suerte llevar un clavel en la americana. Las flores son un regalo mío. Mi gusto sería que los ministros pasaran también por aquí antes de cada reunión, pero como no lo hacen, son sólo para los periodistas.

La intención de esta generosa señora es buena. Sin embargo, quienes han estado ya en Ginebra con ocasión de otros importantes acontecimientos diplomáticos no confían demasiado en el talismán de la flor.

—También en la Conferencia del año 1955 nos regaló claveles, y a la vista está lo que resultó de aquellas deliberaciones—comenta



Arriba: Selwyn Lloyd, Couve de Murville, Herter, Petitpierre y Gromyko, en la recepción ofrecida por el primer ministro suizo.—A la izquierda, la Delegación norteamericana, presidida por Herter; a la derecha, la inglesa, con Selwyn Lloyd; abajo, la francesa, con Couve de Murville

Jacques Dupont, enviado de un diario francés, mientras sujeta una flor en el ojal.

La inutilidad de las anteriores deliberaciones con los soviéticos pesa en el ambiente general de Ginebra durante los días iniciales de la Conferencia de ministros. No es ésta una ciudad que altere sensiblemente su ritmo habitual por importantes que sean los acontecimientos internacionales que en ella se desarrollen. Sin embargo,

ahora se palpa en la calle la expectación por conocer alguna noticia esperanzadora.

—Las palabras del ministro francés horas antes de abrirse la Conferencia causaron gran impresión entre los ginebrinos. Ninguna otra declaración ha sido tan seria—comenta un diplomático suizo.

Textualmente, Couve de Murville manifestó al llegar a Ginebra: «Jamás se ha reunido una

Conferencia en circunstancias tan dramáticas» Y en Ginebra donde la influencia francesa es directa y efectiva, siguiéndose muy de cerca la hora política de París, aquella frase ha servido de recordatorio sobre los serios problemas llevados a debate en el gran salón de los Consejos del Palacio de las Naciones.

En este desangelado edificio, envuelto por parques de un verde fresco y jugoso, con vistas al típico surtidor del lago Lemán y a las nieves del Monte Blanco, Gromyko Couve de Murville Herter y Selwyn Lloyd han abierto las deliberaciones para tratar de asegurar la paz del mundo, gravemente amenazada por el reto soviético contra Berlín.

UN GRAN CUERPO ANESTESIADO

El que fue edificio de la Sociedad de las Naciones, sede de la actual Conferencia es conocido por muchos como el «Palacio de las Ilusiones perdidas». Las numerosas reuniones frustradas le dieron ese apodo. Todos los días ahora se cierra muy de mañana el Gran Salón después de entrar los ministros y sus planas mayores de asesores. Sus puertas son grandes y solemnes con inscripciones latinas en bronce. Junto a ellas monta la guardia un ordenanza vestido con un burocrático uniforme de tela de gabardina color gris.

El interior se halla decorado con monumentales frescos que ostentan esta leyenda: «Después de todos los males que la Humanidad ha vencido, sólo le falta ahora triunfar sobre la guerra.»

No lejos de esa estancia, en el mismo edificio se encuentra otro salón muy semejante arquitectónicamente, donde tres señores con trajes oscuros debaten desde hace más de cien días la suspensión de las pruebas atómicas sin resultados positivos importantes. Durante todo ese tiempo, al finalizar cada jornada de trabajo firman un comunicado redactado siempre de la misma forma: «Los expertos han examinado los documentos que se refieren a los temas en estudio.»

Más a cada aún del salón donde se reúnen ahora los ministros de Asuntos Exteriores están las dependencias en las que delibran meteorólogos de cincuenta países sobre el buen tiempo, las lluvias y las tormentas.

A todos los pisos, ascensores silenciosos, rápidos y ventilados transportan cientos de secretarías que trabajan en el Palacio de las Naciones. Luego por los interminables pasillos encerrados tienen que andar a pasos cortos en lucha de los tacones altos contra la amenaza de resbalar. La moda norteamericana es la que domina, con trajes de chaqueta y faldas o muy cortas o muy largas. Generalmente lo primero.

Este es el ambiente en que se desarrollan las sesiones. El Palacio de las Naciones produce la impresión de un gran cuerpo sin alma. Un desmesurado edificio privado de voluntad, que subsiste anestesiado y burocratizado.

MUCHO MAS QUE BERLIN EN JUEGO.

Muy brevemente, interesa hacer una exposición de los antecedentes y causas de esta Conferencia. Así es más fácil hacer una composición de lugar sobre el contenido de lo que se debate a puerta cerrada en la gran sala de los Consejos. Tan cerrada, que han montado tabiques de madera a fin de condenar los accesos inútiles y evitar toda irrupción extraña.

El origen inmediato de estas reuniones hay que buscarlo en la brutal declaración de Krustchev sobre Berlín. Fue el 10 de noviembre de 1958, con ocasión de un discurso. Después, el 27 del mismo mes dirigió una nota oficial a las potencias occidentales. El aire y el estilo de esta comunicación era el de un ultimátum.

Caprichosamente, y sin respeto a los tratados, amenazaba con entregar el sector oriental de Berlín al Gobierno satélite de Pankov. Según esto los sectores occidentales se transformarían en «ciudad libre», desmilitarizada, teniendo que retirar las guarniciones occidentales. El 9 de marzo de este año, ante la firme opo-

sición del mundo libre Krustchev recortó algo sus amenazas y ofreció dar «su conformidad» a la futura presencia de fuerzas occidentales simbólicas en Berlín, que en todo caso estarían incrustadas entre fuertes contingentes soviéticos. También en esa ocasión volvió a insistir en el proyecto de entrega del sector Este a Pankov.

Después repitió las amenazas, insistiendo en que la U. R. S. S. consumaría sus planes con el reconocimiento de Alemania oriental como plena nación soberana.

Los peligros de esos planes soviéticos quedan de relieve con decir que 2.250.000 berlineses se verían de hecho entregados a los rusos. Una capitulación en Berlín sería de efectos irreparables en Occidente. Desde el final de la guerra hasta el pasado bloqueo de Berlín, 100 millones de seres han caído bajo la tiranía soviética. Estas cifras corresponden tan sólo a Europa. Son los países de Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Albania, Checoslovaquia y una tercera parte del suelo germano. Sin contar los tres Estados bálticos. El fracaso soviético del bloqueo de Berlín supuso el primer freno territorial a esa oleada invasora de Europa. Obrar ahora de otro modo sería, igual que derribar los obstáculos que se oponen a la soviétización del resto del Continente. Y sucede además que en justicia y derecho Occidente tiene todos los títulos para permanecer en Berlín.

EN EL «PALACIO DE LAS ILUSIONES PERDIDAS»

En Potsdam, verdadera fuente de los males de la hora presente, de cuyo gigantesco error no han rendido cuenta aún los responsables directos de esos acuerdos ni las orientaciones ideológicas y políticas que influyeron entonces, se estableció el principio de que Alemania sería tratada como unidad económica y administrativa a pesar de la división acordada. Esta unidad se manifestaba simbólicamente con la creación del Consejo de Control Interaliado, en Berlín.

Como ya era previsible, los soviéticos se desentendieron pronto de aquel compromiso y empezaron a actuar en sus zonas germanas según su capricho e intereses. Así, en marzo de 1948 cesó de funcionar la Administración conjunta y los rusos prepararon el bloqueo de Berlín.

La reacción occidental fue ordenar la reforma monetaria, que daría paso, el 15 de septiembre de 1948, a la creación de la República Federal. Tres semanas después los rusos replicaban estableciendo la República Popular Alemana.

No se han ahorrado tentativas por parte de los occidentales a fin de dar una solución justa al problema alemán. Hay que recordar, sobre todo, tres grandes Conferencias: la de Berlín, en 1954, y las de Ginebra, en julio y noviembre de 1955. Todos estos y otros muchos intentos fueron estériles.

En la Conferencia de Berlín los occidentales presentaron el «plan Eden», que propugnaba la reunificación germana por etapas sucesivas y mediante elecciones libres en ambas zonas. Una vez ganada su soberanía, el país podría elegir sus amigos y firmar los tra-



El ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania oriental, H. Bolz, a su llegada a Ginebra



Rueda para la fotografía y el noticiario. De izquierda a derecha, de espaldas, Couve de Murville, Von Brentano, Heiter, Selwyn Lloyd y Pella

tados y alianzas que quisiera. Los rusos se opusieron totalmente. Cuando la Conferencia de Ginebra, en julio de 1955, Rusia rechazó la posibilidad de unas elecciones, calificando la idea de «irrealista».

Entonces la U. R. S. S. presentó su propuesta de reunir las dos Alemanias en una «confederación», lo que es tanto como legalizar la partición actual. No había, pues, en Ginebra el año 1955 base alguna para solucionar el problema alemán. Falta sólo ver si ahora, en Ginebra, en el mismo «Palacio de las ilusiones perdidas» hay otras bases para un acuerdo.

GINEBRA PUNTO DE DESTINO

La realidad es que la misma disparidad de criterios del año 1955 entre Oriente y Occidente seguía habiendo a la hora de abrirse las sesiones en Ginebra el lunes 11 de mayo de 1959. En la agenda se incluían tres puntos: futuro de Berlín, tratado de paz y reunificación germana y también seguridad europea.

Con las maletas hechas ya para ir a Ginebra, la U. R. S. S. y Occidente daban muestras de criterios irreconciliables. Krustchev pronosticaba abiertamente un fracaso y volvía a insistir en la necesidad de una reunión de Jefes de Gobierno Eisenhower por su parte, decía que si la U. R. S. S. se mostraba intransigente en Ginebra no habría después Conferencia de «alto nivel». Todavía más. En vísperas de Ginebra Estados Unidos daba una prueba de necesidad firme, anunciando que

proporcionaría ayuda para entrenar a Holanda, Grecia, Turquía y Alemania Occidental en el manejo de las armas atómicas. Francia recibirá uranio enriquecido para su submarino atómico y Gran Bretaña intercambiará información, armas y productos nucleares con los propios Estados Unidos. Las vísperas, pues, no eran rosadas en favor de un rápido entendimiento en Ginebra.

Pero a pesar de todo, los ministros fueron llegando a la capital ginebrina. Y los suizos se dedicaron con meticulosidad característica en ellos a preparar los detalles y pormenores de la Conferencia. El domingo, el 10, ya estaban todos los representantes convocados, y al medio día, Couve de Murville daba la primera recepción, dedicada exclusivamente a los demás ministros occidentales.

A la espera de acontecimientos, también habían llegado los titulares de Asuntos Exteriores de Alemania del Este y del Oeste, de Italia, de Checoslovaquia y de Polonia. Todo y todos estaban dispuestos para el momento de alzar el telón.

Más de 2000 periodistas extranjeros esperaban los acontecimientos. Setenta emisoras de radio tenían igualmente sus corresponsales. Una sola agencia de noticias norteamericana había desplazado 350 periodistas. Algún diario inglés envió seis redactores. No faltaba ya nada. El puente del Mont-Blanc ginebrino lucía sus banderas. El surtidor del jardín de los Ingleses brincaba ágilmente hasta los 130 metros de altura iluminado de gala por la noche.

Al aeropuerto de Co'ntrin fueron llegando aún más personali-

dades del momento, y la estación ferroviaria de Cornavin también era punto de destino de otros viajeros. La Policía Confederal reforzaba los efectivos locales y las compañías de honores se turnaban en los servicios. Las bandas militares interpretaban los himnos con mayor melodía que ritmo marcial.

La llegada de Lothar Bolz, ministro de Alemania del Este, por tren especial, destacó entre todas. Vestía un flamante traje veraniego de color gris claro con una deslumbrante corbata azul. Fuera de la estación esperaba una «flota» de automóviles nuevos, recién salidos de talleres y enviados desde su país especialmente para la ocasión. La marca, «Horsh». Pero ningún experto ignora que son fabricados por las antiguas factorías de Auto-Unión. Si el germano Bolz no estaba muy seguro de los resultados de la Conferencia, en cambio no quería desperdiciar esta oportunidad de «presentar» los últimos modelos de la Alemania comunista en Suiza.

Mientras tanto, una gran parte de los recién llegados vivían también los desagradables sobresaltos de la búsqueda de alojamientos. Otros, por el contrario, tenían el problema solucionado de antemano. Y muy bien solucionado. Eran los ministros de Asuntos Exteriores y sus séquitos.

POLÍTICA ENTRE TAPICES ORIENTALES

Capítulo muy importante en todas las grandes reuniones internacionales que se desarrollan en Ginebra es el del alojamiento de los jefes de las Delegaciones. Y

también de los séquitos. Esta vez hay en los hoteles de la ciudad 2.500 habitaciones ocupadas por los asistentes a la Conferencia de ministros y por sus asesores. Coincide esto con que al mismo tiempo se encuentran en Ginebra los representantes en las Conferencias de la Organización Mundial de la Salud, de Meteorología, de Pruebas Nucleares y de la Organización Internacional del Trabajo. El resultado práctico es que las autoridades han tenido que hacer un llamamiento a los ginebrinos para que ofrezcan abergue en sus casas.

Los miembros de la Delegación norteamericana han ido al copo del hotel Rhone. Su jefe, Christian Herter, habita una villa de reciente construcción, aislada y espaciosa, no lejos de la residencia del príncipe Ali Khan. Es propiedad de un compatriota. En ella se disfrutan las ventajas del clima acondicionado, de salones modernos y de profusión de teléfonos.

El ministro francés ha preferido la comodidad que ofrecía el siglo pasado. La villa Barakat da cara al lago y pertenece desde hace muy poco tiempo a la familia Rothschild. Es allí donde murió dos años atrás el Aga Khan. Tiene un hermoso parque con robles centenarios. Casi todos los muebles son de adquisición reciente y de estilo tradicional.

Selwyn Lloyd está en una residencia próxima al centro de la ciudad, antigua, edificada con piedra y ladrillo. Dentro, los mue-

bles siguen la línea Luis XV, con grandes espejos, relucientes arañas de cristal de roca y sillerías tapizadas con damascos. Alfombras orientales y óleos de buenas firmas. Un ambiente que no le hará añorar, sin duda, el de las grandes mansiones inglesas.

Para Gromyko, las autoridades suizas han puesto a su disposición la residencia «Le Bouchet», una de las más antiguas de los alrededores de aspecto señorial y acogedor. Días antes habían llevado a ella varios cuadros procedentes del Museo de Arte ginebrino. En el dormitorio del ministro soviético lucen ahora pinturas de Diday y Topffer.

En Ginebra se da gran importancia al alojamiento de los jefes de las Delegaciones. Es en sus residencias, cuando invitan a los miembros de las otras Embajadas, donde se buscan las palabras espontáneas y los propósitos escondidos. Allí se confía en lograr concesiones imposibles de conseguir a lo largo de los debates. Se pasan largas horas de discursos en el Palacio de las Naciones con el pensamiento puesto en un diálogo posterior, más sincero y positivo, en cualquiera de esas atractivas y cómodas residencias. Que entre otras cosas tienen buena despensa y mejor bodega.

IMPORTANCIA DE UNAS TRUCHAS AL CHAMPAN

La gastronomía es pieza bien cuidada dentro del engranaje general de la Conferencia. La re-

unión de tantos representantes con gustos distintos plantea a veces problemas culinarios de delicada solución. Hay que agradar a todos, sin dejar a nadie descontento. Pero en Ginebra tienen ya práctica y buenas recetas. Es fama de que las reuniones internacionales en esta ciudad son de las que disfrutan de mejor mesa.

El lunes, día 11, fecha marcada para la inauguración de la Conferencia, las autoridades suizas ofrecieron la primera comida en honor de los ministros de Asuntos Exteriores. Momentos después se abrió la sesión en el Palacio de las Naciones. Los organizadores cuidaron bien de que los manjares fueran de fácil digestión a fin de favorecer el buen carácter y el ánimo optimista. También en este capítulo gastronómico es manifiesta la influencia francesa en Ginebra. Al frente de cocineros y pinches estaba en esa ocasión el «chef» Emile Perrin, uno de los más veteranos expertos.

—Mi plato fuerte, mi arma secreta, han sido las truchas al champán. Esto sabía yo que les gustaría lo mismo a ingleses que a rusos. La receta es conocida ya internacionalmente, y creo que muchas reuniones se celebran en nuestra ciudad porque los diplomáticos no quieren perder la oportunidad de saborear esas truchas —afirma rotundamente Emile Perrin.

Por los restaurantes de Ginebra hay en estos días platos para agradar al paladar de los ciudadanos de todos los países. En to-

TRANSFORMACION CAMPESINA

CUANDO el hombre vino al mundo es verdad que con él llegó la agricultura. Plantar y recoger, cultivar y volver a sembrar, son cosas tan antiguas como la vida misma. Pero como la vida misma, también, la estructura del campo se ha vuelto, a veces, envejecida, y han tenido que ser los propios hombres los que con mecanismos técnicos, jurídicos o especiales traten de acomodar las posibilidades del campo a una mayor y mejor producción y rentabilidad.

En este sentido, la historia del campo español es la historia de los hombres. Cuando éstos han tenido conciencia del campo, el campo ha florecido; cuando ellos han vuelto la espalda a los terruños, a los bancales, a las serranías, a las cortijadas, a los regadíos, los campos se han empequeñecido física y espiritualmente.

Uno de los instrumentos formales para el desarrollo económico del campo está en el Derecho. "El Derecho, esa ciencia de lo justo que nace casi siempre oscuramente de la intimidad de estas cuatro paredes, va aplicando un cutter sobre las mil heridas que, desde siglos, laceran la vieja piel campesina de España." En las palabras del señor Cánovas, Ministro de

Agricultura, al defender en las Cortes Españolas el proyecto de Ley sobre Permutas Forzosas de Fincas Rústicas, definía la preocupación de los hombres de la España de hoy por el campo, pedazos del cual han estado sumidos, veinte años hace apenas, en secular olvido.

La Ley de Permutas Forzosas de Fincas Rústicas forma parte del conjunto de disposiciones que tienden a una reorganización de la propiedad rural y a la que pertenecen la legislación sobre concentración parcelaria y unidades mínimas de cultivo. Y es esta labor legislativa de la España del Movimiento Nacional la que ha hecho posible una auténtica transformación social de nuestro campo. La "reforma agraria" española, como ha señalado el señor Cánovas, viene realizándose a través de un proceso ordenado que ha conseguido, a la par que una elevación del nivel de vida y situación del agricultor, la mejora de la producción y productividad agrícola. Hablan ahora, como prueba de Derecho, las cifras: "Los 32.390.000 quintales métricos de trigo de 1936 se han convertido hoy en 45.200.000 quintales; el maíz ha pasado de 6.600.000 quintales a 9.500.000; la remolacha azu-

carera, de 21.500.000 quintales a 32.000.000; el algodón, de 6.800 balas a 220.000, y el tabaco, de 71.000 quintales a 280.000."

Esta misma legislación ha hecho posible la transformación en regadío de cerca de 450.000 hectáreas, es decir, casi una tercera parte del área total de regadíos españoles correspondiente al año 1936; esta misma legislación ha repoblado durante 1940-1958 más de 1.150.000 hectáreas; por esta legislación, 800.000 agricultores, en los últimos doce meses, se han beneficiado del Crédito Agrícola; desde 1952 se han concentrado 100.000 hectáreas, se trabaja en la actualidad en 255.000 y hay solicitudes para más del millón.

He aquí unas cifras, simples y escuetas, de este proceso jurídico ordenador del campo español. Proceso en el cual la Ley de Permutas Forzosas de Fincas Rústicas es el más reciente capítulo. Reciente, pero no último. Porque la grandeza del campo se logra por medio de leyes que permitan la puesta en práctica de las obras de riego, abonos, mecanización... Teoría y práctica enlazadas son el entramado de este magnífico servicio campesino.

dos los idiomas se anuncian las excelencias de las cocinas del mundo. Los camareros saben al pie de la letra lo que pueden sugerir a los clientes.

—A los rusos hay que ofrecerles en seguida salmón y canapés calientes hechos con pasta de harina. Ellos los llaman «blinis», y se comen con caviar. Gromyko los pide siempre—explica un camarero del hotel de Rusia.

—Los americanos y los ingleses no soportan las carnes en salsa.

—A los franceses hay que darles nuestra cocina suiza.

Porque, claro es, las recetas ginebrinas están inspiradas en las francesas de arriba abajo. La gastronomía de la Conferencia es de predominio galo, y también la bodega. Con la inclusión del vodka, que bate estos días diplomáticos todas las marcas de consumo de licores.

SEIS EN LUGAR DE LOS CUATRO

El prólogo de la Conferencia de Ginebra serviría de buen tema para una canción ligera, aunque eran de seria importancia los asuntos que se ventilaban. La cuestión de la forma de la mesa ante la que se sentarían los delegados constituía el tema base. El forcejeo de occidentales y soviéticos en torno a ese símbolo fue desde el primer momento energético. Los esfuerzos de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña parece que buscaban un truéque sin espacios libres para invitados de última hora. Esta disputa sobre la forma de un mueble revelaba claramente las diferencias entre el Este y el Oeste.

Pero hubo, al fin, nuevas representaciones. Gromyko exigía la presencia en la mesa de la Conferencia de los delegados de Alemania oriental. La maniobra era peligrosa; de aceptarse esa pretensión, se hubiera consagrado el reconocimiento de hecho en favor del régimen soviético impuesto por Rusia en Pankow.

Tan intransigente era la postura rusa en las vísperas de la sesión inaugural, que en Ginebra se daba ya como muy posible la suspensión de la Conferencia. Se creía que los occidentales iban a hacer sus maletas para volver a sus casas. Nunca una reunión internacional había empezado con tan negros presagios.

Al fin pudo abrirse la primera sesión. No a la hora prefijada, pues en esos momentos no se sabía ya ni el número de Delegaciones que irían a tomar parte ni cuándo ni sobre qué temas. El desconcierto fué completo. Hacía entonces un tiempo primaveral, con cielo despejado y un sol que jugaba alegremente con las aguas del lago para arrancar un brillante arco iris. Pero no era ciertamente el arco de la paz.

Los rutilantes automóviles de los representantes pasaban y repasaban los puentes, dirigiéndose a las residencias de sus colegas. Tantas citas tenían unos y otros que no podían acudir a ellas. Por toda Ginebra se buscaban mutuamente, sin saber ya dónde dirigirse ni qué solución dar a las pretensiones soviéticas. Mientras tanto por el Jardín de los Ingleses, con el sol de cara, los ginebrinos buscaban broncearse y



Gromyko, representante de la obstrucción sistemática a una política de buena voluntad

abrirían los ojos perezosamente para ver el paso de las comitivas, las carreras de última hora y la agitación de los diplomáticos.

Fue el ministro inglés quien cargó con el peso de concertar opiniones y limar aristas. Hubo un compromiso sutil, ambiguo y, en cierta manera, impreciso. La mesa sería redonda, pero ante ella tomarían asiento solamente los «cuatro grandes». Entrarían las representaciones de las dos Alemani- as, pero lo harían a título de asesoras, no en calidad de miembros oficiales de la Conferencia. Podrían tomar la palabra, pero necesitarían la venia del presidente de la reunión, previa consulta con los otros colegas. Quedaba así vagamente configurado un posible derecho de veto de los «cuatro grandes» para oponerse a que cualquier delegado de las Alemani- as pueda hablar.

Gromyko no lograba así su ambición de ver a los funcionarios de Pankow tomando arte y parte en los debates con todos los derechos y prerrogativas. Pero conseguía que se abrieran las puertas a los delegados de un régimen impuesto por Rusia a su imagen y semejanza. El vodevil de la mesa redonda o cuadrada había concluído en Ginebra con esa fórmula a caballo entre los planes de Oriente y Occidente.

Este violento planteamiento soviético de la presencia de Alemania oriental fue una sorpresa por la forma y momento en que se hizo. Los portavoces oficiales tenían ya indicios sobrados de que la U. R. S. S. insistiría en la cuestión. Ya en las notas intercambiadas el pasado invierno entre occidentales y soviéticos se hacía referencia a ello. En la rusa, de fecha 30 de marzo, se decía concretamente que «los Estados alemanes deberán estar representados». Hay otra nota de los occidentales, del 16 de febrero, en la que se alude imprecisamente a la asistencia de «consejeros» alemanes.

Sin embargo, la verdadera sorpresa estaba en la intransigencia soviética aun antes de empezar la Conferencia. Se pensaba que los rusos tratarían de imponer sus condiciones por etapas sucesivas, con mejores modos y más prudencia. Pero la U. R. S. S. ha sido fiel a su conducta de los últimos tiempos. Y el tono intransigente prevaleció también ahora en Ginebra.

No cabe, sin embargo, considerar aquella fórmula de arreglo como un claro tanto a favor de la U. R. S. S. En primer lugar, no han conseguido un puesto oficial para Pankow. En segundo lugar, no han logrado romper el frente occidental ni sembrar la dispari-



Una vista general del salón del Palacio de las Naciones durante una sesión de la conferencia

dad de respuestas. Esto es también importante. En definitiva, los soviéticos tuvieron que recortar sus ambiciones y no han podido romper la unidad de las Delegaciones del mundo libre antes de reunirse para abrir la Conferencia.

Calentaba el sol sobre las piedras del patio central del Palacio de Naciones cuando llegaron los ministros para la sesión de apertura. En el horizonte, los picos del Jura estaban envueltos por nubes tormentosas. El primero en llegar era Christian Herter. Los últimos, Gromyko y el ministro de Pankow, que volvía a hacer alarde de los coches «Auto-Unión» y se colocaba junto a las portezuelas para que los fotógrafos inmortalizaran a él y a la producción industrial de la Alemania soviétizada. El coche del ministro inglés iba conducido por una simpática y rubia compatriota; de ella fueron las únicas sonrisas frescas que se pudieron ver en la apertura de la Conferencia de Ginebra del año 1959.

Quienes respiraban también con alivio en esos momentos eran los funcionarios de Correos de Suiza. Tenían preparada una flamante emisión de sellos dedicada a esta reunión internacional.

—Creímos ya que irían al cesto de los papeles. Con los rusos nunca se sabe lo que puede ocurrir—decía un empleado de la oficina central.

Posiblemente había dicho con esas palabras el juicio más atinado sobre la Conferencia. Porque estando presentes los soviéticos todos los sobresaltos son posibles.

LA SEGURIDAD DEL MUNDO SIGUE SIENDO LA BAZA

Ya sin pretensión de acertar en las previsiones, puede hacerse, sin embargo, un vaticinio que va respaldado por la experiencia de otras reuniones diplomáticas con asistencia soviética. Los rusos saben cuáles son sus ambiciones, y entonces empiezan invariablemen-

te exigiendo mucho más. Como el hombre que desea quedarse con la casa y pide también el jardín. Los oponentes discuten sin descanso y se niegan. El arreglo parece ya imposible, piérdese la serenidad. Es entonces cuando los rusos cambian de táctica y adoptan un tono de transigencia. Renuncian al jardín si le dan la casa. La propaganda interviene para cantar los fingidos propósitos de paz y avenencia de los soviéticos. Y en la práctica se quedarían así con todo cuanto secretamente ambicionaban.

Los rusos son malos para la negociación porque no son buenos sus propósitos. Y mientras éstos se mantengan incommovibles, es decir, sigan pretendiendo la soviétización del mundo, poco definitivo puede alcanzarse en Ginebra o en ninguna otra parte. Serán escaramuzas de un mismo plan de agresión. Ahora es lance diplomático y tiene lugar a orillas del melancólico lago Lemán. La seguridad del mundo sigue siendo la baza.

Los fotógrafos y «cameramen» esperan el momento de intervenir



LA OBRA DE GOBIERNO Y LAS REALIDADES NACIONALES

«GOBERNAR es tener en cuenta las realidades nacionales.» Nada más, nada menos.

La frase, espigada de las recientes declaraciones del Caudillo al director del diario «Pueblo», es todo un compendio de teoría política que retrata al hombre y proclama su obra. Porque, a fin de cuentas, ¿cómo se está gobernando España?

Franco partió del caos. He aquí la primera y tremenda realidad nacional que hubo de tener en cuenta, aun antes de empuñar el timón de la Patria, en aquel tenebroso año 1936. Después, la guerra, depuradora de múltiples y seculares achaques. De entonces acá, contra viento y marea, una hostigada y constructiva convalecencia marcó el signo de los últimos veinte años de España. Por ello, cuando el periodista solicita un consejo válido para todos los españoles, cara al futuro, Francisco Franco sintetiza todos sus deseos en la recomendación de ir en busca de otros veinte años de paz nacional, única garantía para la consolidación de lo mucho que ya se edificó y base indispensable para coronar tan gran obra histórica. Hombre de armas —hombre de paz, por tanto—, se atiene con luzidez y altruismo a esta otra realidad de 1959, tan opuesta a la de 1936. De aquel caos hemos visto surgir una tierna germinación que ya florece y ahora, por los cuatro costados de las declaraciones de Franco se nos insinúa con la elocuencia impar de los hechos la perspectiva cierta de un futuro mejor.

Así, en la esfera económica, se nos recuerda que no hemos hecho más que empezar. El gobernante «tuvo en cuenta» las realidades nacionales y se comenzó por el principio por lo más urgente, por lo ineludible. Aunque hemos avanzado considerablemente en este terreno, «nos encontramos en la primera fase de la creación de las industrias básicas» —energía, siderurgia, regadíos, motorización—; es decir, en medio de la fatigosa cuesta que siempre es necesario remontar cuando se pretende gozar de un panorama realmente satisfactorio. «Creadas las bases —añade Franco— el futuro será mucho más rápido y solamente frenado por el ritmo máximo que permita el ahorro de la Nación dentro del plan general de inversiones que nuestra economía demanda».

Pero toda etapa de rápido desarrollo comporta desajustes, alteraciones del orden económico general que suelen incidir sobre las economías particulares, a veces con dolorosas aunque transitorias peripecias. Otra realidad más «a tener en cuenta» y frente a la cual se mellarían todos los esfuerzos gobernantes si la sociedad no respondiese con decidida voluntad de colaboración. Hemos aquí ante el candente problema de la productividad.

Franco ha dicho —y la ciencia económica respalda sus palabras— que «la aspiración de disfrutar de mayores sueldos y remuneraciones sin un aumento paralelo de la productividad constituye una quimera». Esto es tan aplicable al simple obrero como al capitán de empresa. Por otra parte, tratándose de una exigencia imperativa, fruto de la evolución experimentada en la estructura nacional. Aquel bochornoso cincuenta por ciento de analfabetismo ha quedado reducido a un doce, y la restricción de este índice prosigue a buen ritmo. Igualmente, aquel marcado predominio del ruralismo sobre la ciudadanía cesó y hoy sólo es campesina una tercera parte de la población española. Dos factores, entre muchos, pero de tal

vibración ambos que condicionan el panorama económico-social. La difusión cultural y el medio ciudadano incrementan un justo anhelo de superación, afanes de participar en el disfrute de bienes que ofrece la vida. El gobernante podrá verse constreñido alguna vez a remansar esas apertencias, generalmente legítimas, pero sólo actuará en tal sentido por razones tácticas, aconsejado así por aquellos desajustes transitorios ya aludidos. Y mientras, hay que impregnar todas las mentes de un elemental criterio económico, casi matemático: a mayor demanda de bienes, sólo cabe oponer un mayor rendimiento humano.

Rendimiento que, en elevadísimo porcentaje y como es notorio, nada tiene que ver con el esfuerzo, la penosidad, el sacrificio laboral del trabajador. El Caudillo aclara que «para el aumento de la productividad existen todavía en nuestra Patria grandes y dilatados horizontes con la modernización de los métodos y la aplicación de los adelantos de la ciencia, que multiplican notablemente el rendimiento del hombre». Es decir, que sin desdeñar cuanto se deriva de la voluntad de esfuerzo individual por parte del productor, la eficacia económica —la clave del bienestar material de los pueblos— depende en mucho de la buena organización y, sobre todo, de un ambiente favorable, propicio, estimulante a tal fin. Y en la base, naturalmente, un clima de paz social.

Esta última cuestión es abordada por Franco a través de un esquema de rigurosa contextura lógica. Una de las primeras realidades que hay que tener en cuenta para gobernar —vino a decir— es la aparición de los Sindicatos obreros y patronales como justa reacción defensiva de los grupos humanos ante la lucha de clases. Los intereses así escudados, desde una y otra trincheras, desbordaban sus ámbitos respectivos para incidir malsanamente sobre toda la Nación. Y por ello, la empresa más grande y fecunda que puede acometerse en nuestro tiempo es el intento nacionalindicalista, genuino de España, superador de la lucha de clases e integrador de la Nación en la esfera de mayor sensibilidad contemporánea.

Los diccionarios afirman que gobernar es «mandar, regir, guiar, dirigir». Sin embargo, el concepto verdadero, global, auténtico, significa mucho más y a todos nos burbujea en la mente. Gobernar es, en su esencia, gobernar bien, puesto que gobernar mal —como rezar mal o amar malamente— es algo inconcebible, una contradicción implícita que los lenguajes toleran pero que repugna al entendimiento. Gobernar es algo referido a una nación; algo que se atiene a la sustancia y a los accidentes de sus elementos; que consiste en regirla y guiarla hacia noble meta; que se inspira, para ello, en normas inmutables cuyas fuentes no pueden ser exclusivamente terrenales. Y por tratarse de España, que brinda en sus elementos constitutivos —en su historia y en su ser actual— la norma y la meta, digámoslo ya, en suma: «Gobernar es tener en cuenta las realidades nacionales.»

El director de «Pueblo», al relatar la entrevista, expone con agudeza sus impresiones al comprobar el temple, la apacibilidad de expresión del Caudillo de España. «Su tono —dice— es el mismo para el juicio de los problemas graves que para los asuntos sencillos.» Así nos resulta fácil imaginárnoslo al revelar, sin el menor énfasis, su certera concepción del gobernar. Y así: así nos gobierna.

MAS ALLA DE LA NOTICIA

Por
Sabino Alonso Fueyo

ESTAR informado constituye para el hombre de nuestro tiempo una condición primordial; y es el periódico el intermediario que nos da a conocer toda clase de sucesos cada mañana o cada noche. Pero no es cosa fácil para muchas gentes que piensan con la cabeza de los demás, conocer a qué lado está el orden y a qué lado está el desorden, porque las palabras «moral», «libertad», «verdad» y «democracia» se mezclan a capricho como un «cocktail» servido con fines políticos sectarios. Es, sobre todo, la táctica del comunismo la que crea el confusionismo psicológico, pues aspira a la «conquista de la población». Por eso

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Una publicación
especializada en
temas de información

PRENSA
RADIO
CINE
TELEVISION

ADMINISTRACION:

Pinar, 5

MADRID

dijo nuestro Ministro de Información y Turismo en su discurso de Salamanca: «El papel de las técnicas e instrumentos de la información adquiere, necesariamente, dentro del sistema, una importancia preponderante. Ellos (los comunistas) han de realizar la denominada «impregnación psicológica», han de abatir la moral del adversario, hasta aniquilar o al menos paralizar su voluntad de defender el régimen», constituido en el país que intentan dominar.

En realidad, tal parece que el hombre de hoy no vive precisamente en función de la cultura, del auténtico conocimiento de la vida y de las diversas manifestaciones humanas, sino simplemente «informado» por medio de la Prensa. De ahí la trascendencia que el señor Arias Salgado le concede, precisamente sus principios básicos de doctrina en relación al logro de una completa armonía entre la autoridad y el sentir colectivo, ya que opinión pública y autoridad no son dos factores opuestos, sino complementarios.

Huelga decir —y el señor Arias Salgado lo ratifica certeramente— que esa opinión pública no es masa indiferenciada, inorgánica manifestación de insolventes pareceres, sino expresión de los estados de opinión realmente formados por los hombres más caracterizados de los órganos naturales que integran la sociedad. La masa se hace pueblo, orgánicamente establecido, a través de las distintas instituciones, entre la que está la información, que son fuentes legítimas de esa opinión: Está la Prensa, que verifica y difunde opiniones y las hace converger en una dirección de vuelo nacional.

De ahí que el periodista sea algo más que un vocero mecánico de cuanto acontece en su derridor; de forma a las ideas y a las aspiraciones del pueblo, y hasta puede hacer de su misión un instrumento del pensamiento disciplinado y orientado hacia los ideales más dignos del hombre.

Esto quiere decir, por supuesto, que la Prensa tiene una alta función educativa en la sociedad; pero de acuerdo con el dualismo de la vida, tiene ese poder o función lo mismo para el bien que para el mal, para la formación —base de la educación— que para la deformación. No se olvide que el periodismo ejerce una fuerza de sugestión inseparable de la letra impresa cerca de quienes la leen y que, y por eso mismo, la vigilancia de la autoridad sobre las actividades informativas es ya una de sus obligaciones más genuinas en el mundo moderno.

Y es ahora cuando el Ministro de Información, señor Arias Salgado, va a insistir en que todas las técnicas de información han de estar subordinadas a lo espiritual, del mismo modo que lo pragmático y utilitario no puede independizarse de las normas éticas y religiosas. Para decirlo con sus mismas palabras: «Es de todo punto necesario despertar en la conciencia personal y colectiva el sentido y el gusto por la norma, cuya expresión más clara, más firme y más sugerente es un orden social donde se cumpla el Sermón de la Montaña».

Es, por supuesto, la verdad, la búsqueda de la verdad, la suprema aspiración del periodista. Radica en su posesión y en su defensa la más firme autoridad moral, el máximo orgullo. Pero no olvidemos la jerarquía ontológica de los fines con miras a considerar como primer objetivo el de contribuir ilusionadamente a la formación de una profunda conciencia religiosa de la vida. Una buena orientación de Prensa ha de estar imbuida, alentada por ese irrenunciable sentido ético que ennoblece a las almas. Mas por ser fundamental en toda idea ética, la importancia decisiva del bien superior sobre el inferior, la virtud superior sobre la inferior, resultará que, en último término, toda decisión pende del bien supremo; todos los bienes están orientados hacia el bien supremo. O sea, que las trascendencia divina viene a ser el elemento constitutivo y principal de cada cultura. En consecuencia, los deberes primeros son, con respecto a Dios, a quien le están subordinados los deberes y virtudes de hombre a hombre.

Pues bien, sobre estos supuestos esenciales la moral brillará en todos los planos del ámbito social y de los individuos; y son los supuestos metafísicos, de la fe, sobre los que el periodista puede edificar dentro de sí no una sola libertad, sino muchas libertades particulares, todo un edificio de libertades originales.



Recepción, en honor de los periodistas españoles, en el patio andaluz de la Embajada de España en Wás hington

UN VALOR EN ALZA

ESPAÑA SUSCITA ADMIRACION Y RESPETO EN LOS ESTADOS UNIDOS

NUEVA ORLEANS, ORGULLOSA DE SU ASCENDENCIA ESPAÑOLA

SIN hipérbole alguna puedo afirmar que España y lo español están plenamente de moda en los Estados Unidos.

Y nadie mejor para afirmarlo que cualquiera de nosotros, los dieciocho periodistas que, invitados por los departamentos de Defensa y de Estado, hicimos un rapidísimo, pero muy completo viaje en torno a Norteamérica.

Precisamente porque, pese a la rapidez de nuestro viaje —escasamente tres semanas para completar al cabo de ellas una vuelta total al territorio norteamericano—, llegamos a percatarnos de la admiración que España y todo lo español despierta en los Estados Unidos, así pudimos regresar de nuestro periplo convencidos de que, en efecto, esta admiración y este entusiasmo por España y lo español es sincero, permanente y no improvisado.

Y ya ven, nuestro viaje tenía por objeto visitar casi de modo



El autor de este reportaje, Waldo de Mier, conversa con el secretario de Estado adjunto para Relaciones Culturales, Mr. Andrew H. Berding



La calle de los Piratas, en Nueva Orleans, junto a la catedral construida por el gobernador español Andrés Almonaster y Rojas, en el corazón del barrio español

exclusivo sólo aquello que atañe directa o indirectamente el poderío defensivo de los Estados Unidos. En un reportaje anterior describí las particularidades asombrosas de este poderío defensivo. Mas, como digo, aun tratándose de un viaje efectuado en su casi totalidad a lugares referidos o conectados con la defensa norteamericana, a lo largo de este largo viaje percibimos la sensación evidéntisima del entusiasmo que despierta todo lo que atañe y se refiere a España.

LA PAELLA COMO UN "NEWSPAPER"

Cualquier acto organizado por la Embajada española en Washington despierta siempre la atención y la admiración de los felices habitantes de la hermosa capital de los Estados Unidos.

Excuso decirles cuando se trata de un acto organizado exclusivamente en homenaje a un grupo de periodistas españoles. Entonces la Prensa, la radio y la televisión no quieren perder un ápice de lo que ocurre en nuestra Embajada.

Allí escuché las primeras palabras de elogio a España y a los españoles. Sinceras, francas. Estas salieron de labios de mister Andrew H. Berding, secretario de Estado adjunto para Relaciones Culturales.

—Nuestro deseo —me dijo, entre otras cosas, Mr. Berding— es incrementar nuestras relaciones culturales con España. Admiramos y queremos muy profundamente a España, cuya cultura queremos difundir en la mayor medida de nuestras posibilidades entre nuestro pueblo.

Además de hacerlo con mister Andrew H. Berding, hablé con muchos americanos que conocí aquella maana en los salones y en el patio —sófisticamente andaluz— de nuestra Embajada.

Era el Domingo de Resurrección. Poco antes habíamos asistido a la misa de pontifical en la catedral de San Mateo. El tem-

plo tenía aquel día acotados sus asientos. La Embaja se encargó de reservarnos los mejores en los bancos de las primeras filas, en el centro de la espaciosa nave. El arzobispo de Washington, monseñor O'Reilly, oficiaba la solemne pontifical. Después del Evangelio, el sermón, retransmitido, como no, a través de bonisimos y discretos altavoces por todo el ámbito catedralicio. Y el predicador, antes de empezar su escueto y nada retórico sermón, tuvo la gentileza de advertir a todos los fieles —ellas adornadas con sus floridos "easter-bonnets" que estrenaban ritualmente aquella mañana— que allí estábamos oyendo misa un grupo de periodistas españoles.

Quiso el arzobispo saludarnos en la sacristía al terminar la misa. El comandante Slade Nash, de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas que, como varios periodistas españoles, había comulgado durante la misa, hizo las presentaciones.

—¡Oh, España, ese maravilloso país católico! —dijo monseñor—. Ustedes hoy han dado un ejemplo de devoción y de piedad al pueblo de Washington.

Una de aquellas damas colorísticamente ataviadas con sus sombreritos de flores, y que había oído misa junto a nosotros, asistió también a la recepción que poco después nos ofrecía el embajador de España.

—Never I forget your country! —me dijo al reconocermé, cuando empezaba a servirme la paella guisada en la cocina de la Embajada.

Y empezó a hablarme de España, a la que había visitado en diferentes ocasiones de su vida: 1921, 1934, 1939, 1954. Ni que decir tiene que la visita de 1954 fue la que más le entusiasmó, porque había visto la completa transformación que se había operado en nuestra Patria desde que terminó la Cruzada de Liberación.

Al día siguiente, la reseña del "Washington Post" referente a

esa recepción con paella, vino del Riscal y de Jerez, venía titulada con una cita que, de Juan Aparicio hice a una redactora del citado periódico: "Paella is like a newspaper". "La paella es como un periódico"... porque en ella entra de todo y todo tiene que estar a punto y a su hora.

DE FRAY JUNIPERO SERRA A DALI

El homenaje permanente a lo español que Washington consagra está en el mismísimo pórtico del gradioso Capitolio.

Allí se encuentra, entre las estatuas de los héroes de la historia de los Estados Unidos la del único héroe o figura histórica que no es americano: la estatua de fray Junipero Serra, el frailecillo mallorquín, de Petra, que colonizó y misionó California y fundó la hoy ciudad más larga del mundo, Los Angeles.

Uno de los libros que encontré mejor exhibidos en los escaparates de las librerías de Washington fue una novela de Juan Goytisolo, traducida allí con el título de "The Murderers", si mal no recuerdo. Y ni que decir tiene que Baroja, Unamuno y Ortega son, con el inmortal Cervantes, los autores más conocidos entre los lectores americanos, como pudimos atestiguar en nuestro paso por diferentes ciudades.

¿Y saben cuál es casi el cuadro mejor y más aparatosa y cuidadosamente expuesto en las salas de pintura contemporánea del National Gallery of Art de Washington? Pues "La última cena", de Dali, ante el cual los espectadores y visitantes se detienen sin saber si se hallan ante una obra portentosa de arte o ante un "pastiche" del genio de Port-Lligat.

HEROES DEL EJERCITO AMERICANO CON APELLIDO ESPAÑOL

Antes de seguir adelante con el recuento de mis observaciones

respecto a la admiración que hoy en día sienten los norteamericanos por España, les diré que yo, a mi vez, vine muy orgulloso de los héroes del Ejército americano. Héroes que llevan apellidos inconfundiblemente españoles o hispánicos, porque son hijos de españoles.—algunos, como el general Pérez y López, nacidos en la misma España—o descienden de abuelos o bisabuelos españoles.

¿Qué soldado que hizo la guerra en el Pacífico en la pasada contienda no conoce al general Pedro Augusto del Valle?

Pedro Augusto del Valle es hijo del que fue varias veces alcalde de la ciudad de Puerto Rico, don Francisco del Valle, y nieto del almirante Del Valle, que, como su bisabuelo, también oficial del Ejército español, se distinguió en las campañas marroquíes. Otro abuelo—el materno—de Del Valle fue asimismo general del Ejército español, don José Muñoz.

Augusto del Valle ingresó en la Academia Naval americana en 1911. Experto artillero, especializado en desembarcos, fue uno de los primeros en poner pie en la reconquista del Guadalcanal, el 7 de agosto de 1942. En aquella ocasión asombró a sus soldados por su valor personal, su audacia y su decisión. Cuando alguien intentaba elogiarle, él cortaba:

—¡Mejores cosas hicieron mis abuelos españoles!

Durante nuestra visita al Pentágono, en cuyo inmenso y fabuloso interior permanecemos cinco horas, cuatro de las cuales escuchando conferencias sobre el poderío defensivo de los Estados Unidos, conocí al coronel de Estado Mayor y ex paracaidista Luis G. Méndez.

Luis G. Méndez era uno de los héroes de la guerra de Corea. Intervino en ella con su unidad de paracaidistas, y por su heroico comportamiento fue condecorado con la Medalla de Servicios Distinguidos, que equivale en méritos a la Medalla Militar individual española.

Días después, en Fort-Bragg, Cuartel General del STRAG, que es, por decirlo así, las fuerzas de choque del Ejército americano, porque son ellos los que habrán de entrar los primeros en combate en caso de guerra, conocimos al general Ginés Pérez López, natural de Las Cuevas de Almanzora, de la provincia de Almería, y de quien les hablé antes.

El general Pérez López, que emigró con sus padres a los Estados Unidos cuando él tenía once años, ingresó en la Academia de Infantería y combatió en el Pacífico durante la segunda guerra mundial. Luego, en Corea, al frente de su medio regimiento de paracaidistas, obtuvo la Medalla de Servicios Distinguidos por su heroísmo en aquella guerra contra los chinos comunistas.

También en el Pentágono conocí al capitán de navío R. Méndez, del Estado Mayor de la Armada americana. En su guerra lucía numerosísimas condecoraciones ganadas en la segunda guerra mundial.

Y días más tarde, en la base naval de Norfolk—Cuartel General de la N. A. T. O., donde vimos a su jefe, el almirante J. Wright, elogiosísimas palabras para la Marina española—, el capitán de navío R. C. Benítez nos asombró con su perfectísimo castellano, heredado de sus padres. En el pecho de Benítez lucían también más de una docena de preciadas condecoraciones de guerra.

Y el comandante de Aviación Héctor Santa Ana, héroe de la batalla aérea sobre Berlín. Santa Ana fue nuestro compañero a lo largo de todo el viaje por su país. ("¿Quién sabe si crucé mis disparos contra el "Messersmith" de este Hans Brückner sobre Berlín en la guerra?"; me dijo Santa Ana. Hans Brückner, ex capitán de la Luftwaffe es ahora el cerebro máximo de Cabo Cañaveral, donde le conocimos Santa Ana y yo.)

Así, ¿cuántos héroes del Ejército americano podría citar? Como es coronel Lloyd H. Gómez, del Estado Mayor de la 82 División Aerotransportada, de Fort-Bragg, que me pidió le enviara la letra y la partitura de la música del Himno de Legión española para hacérselo cantar a sus tropas. Como el general L. Asensio, hijo de sevillanos, inspector jefe de las Fuerzas Aéreas americanas, que nos dijo adiós en Washington al regresar nosotros a España.

¡Sí, ¿cuántos héroes del Ejército norteamericano llevan apellido español y sangre de españoles? Héroes eminentemente americanos, pero que no pueden negar—ni la niegan—su estirpe española. Quizá a través de la admiración que los americanos sienten por sus héroes hayamos encontrado la razón de la admi-

ración que ellos, los americanos, a su vez sienten por todo lo relacionado con lo español, como pudimos constatar en nuestro viaje.

PLATAFORMA PARA EL COSMOS DE NOMBRE ESPAÑOL

Todo el mundo conoce perfectamente el nombre del lugar desde donde Norteamérica lanza sus satélites artificiales, en réplica efficacísima y llena de éxito a los "Sputniks" rusos.

Todo el mundo conoce el nombre de Cabo Cañaveral. Los americanos escriben "Cape Cañaveral". Porque lo de Cañaveral es prácticamente intraducible al inglés, dado lo españolísimo de esta palabra.

Yo creía que los americanos no caían, tal vez, en la cuenta de que Cañaveral es un nombre puramente español. Pero nunca han tratado de ocultar el origen del nombre de este trozo de tierra de la península de Florida (Florida pronuncian ellos).

El día que estuvimos en la tribuna de Prensa presenciando el lanzamiento de un proyectil intercontinental "Titán", con nosotros contemplaron el disparo unos cuantos periodistas americanos que vivían en Cocoa Beach. Ninguno desconocía la historia de Cabo Cañaveral, de cómo fue Pedro Menéndez de Avilés quien, en 1563, bautizó con el nombre de Cabo Cañaveral este trozo de tierras de vegetación baja—vimos cañizares, en efecto—, que hoy en día puede servir como punto de partida para el descubrimiento de otros mundos habitados en el espacio.

—Bueno, y esa historia la he contado muchas veces en mi periódico, me dijo el reportero.

Estuve a punto de creer que,

Un grupo de periodistas españoles, entre los que se encuentra Waldo de Mier, pasea por los riscos del «Jardín de los dioses», en Colorado Springs



ESTABILIDAD ECONOMICA

LOS espejismos que nos ofrece la historia económica son numerosos. En cierta medida explican parte de esa misma historia. Pero es forzoso reconocer que en los últimos veinticinco o treinta años, con la aparición de Keynes y la gran revolución que en el campo de la teoría económica representó su obra e incluso su misma actuación personal, muchos procesos económicos, desde el punto de vista de su clasificación y, sobre todo, del modo como deben ser atendidos, teórica y prácticamente, se han tornado más confusos o, si se prefiere, más extraños. En las viejas aplicaciones recomendadas por la economía clásica, ya no se tiene la confianza absoluta e incondicional de otras épocas. Pero los años últimos también nos han ofrecido bastantes ejemplos, en los que hemos podido comprobar hasta qué punto es imposible, y a veces funesto, hacer que el desenvolvimiento económico de un país descansa casi exclusivamente sobre las bellas y sugestivas conclusiones de la teoría keynesiana o de aquellas versiones que de la misma nos ofrece la historia económica de los últimos quinquientos.

En España, este planteamiento teórico se ofrece actualmente con un interés muy acusado. La doctrina keynesiana ha sido presentada repetidamente en los últimos tiempos como una de las mayores aportaciones teóricas para el desarrollo de un determinado dispositivo económico. Y España, ciertamente, se halla lanzada, al más ambicioso y trascendente proceso de

desarrollo económico que registra toda su historia. De ahí ese interés, que es más bien una necesidad lógica y fundada, de orientación teórica, de aprovechamiento máximo de todas las experiencias y todas las posibilidades de la moderna ciencia económica.

Nuestro Ministro de Comercio, en unas declaraciones hechas en los últimos días ante la Televisión Española, ha actualizado nuevamente estos temas. En esas declaraciones se han abordado problemas meramente coyunturales del dispositivo económico de cualquier país y, en este caso, del nuestro, como la estabilidad monetaria, la autosuficiencia de alimentos y el futuro de nuestra balanza comercial, y también otros muchos de entidad estructural, como son los factores que intervienen en la estabilidad económica de nuestro país, la influencia de la balanza de pagos en el desarrollo económico del mismo y la correlación de la balanza de pagos y la estabilidad económica.

El problema de la estabilidad económica ha merecido en estas declaraciones, como es lógico, una atención preferente. En realidad, este problema comporta hoy día en muchos países la verdadera esencia de su propio proceso económico. Estabilidad económica y desarrollo económico son factores correlativos, de creciente y recíproca influencia, a los que es necesario atender cada día con mayor atención y cuidado. Y esta necesidad es mucho más acusada y concreta en un país como el nuestro, lanzado a un

proceso de desarrollo económico de primera magnitud, un proceso de desarrollo económico que configurará, en gran parte el futuro de nuestro país.

«La inestabilidad económica —ha declarado el Ministro— rara vez es beneficioso. Hay que tener cuidado con los procesos que tienden a ser acumulativos, originando un círculo vicioso, una espiral más, como la de precios y salarios, que luego cuesta romper. En líneas generales, un país atacado en un estado de subdesarrollo económico u otro industrializado, pero con una situación de paro masivo, pueden encontrar su remedio a través de una transitoria inestabilidad y, a veces, es éste el único camino para animar o reanimar la actividad económica. A la larga, sin embargo, y en circunstancias como las nuestras actuales, la inestabilidad de precios no sólo no es productiva de la prosperidad económica, sino destructora de ella.»

Pero la estabilidad económica, y el Ministro ha hecho también especial hincapié de ello, no puede conseguirse sólo a través de uno de los factores que configuran la coyuntura, como, por ejemplo, la balanza de pagos. Las políticas de salarios, de créditos, de inversiones, los gastos en general, tanto públicos como privados, pueden afectarla y la afectan en realidad. De ahí la necesidad insoslayable de una política económica nacional, coordinada, que no excluya ningún sector, ninguna área del complejo y a veces contradictorio campo económico.

aparte los cañizares o cañaverales, vestigios vegetales de lo que justificó el nombre que le dió Menéndez de Avilés, no quedaba nada de nuestra antigua influencia o presencia en Cabo Cañaveral, salvo ese restaurante "Pedro's", donde cenamos una noche.

Pero no. También vi recuerdos de España en Cocoa Beach, que es el pueblecito que ha crecido en torno al complejo de Cabo Cañaveral, en donde trabajan unas 18.000 personas. Eran unas figurillas de plástico representando a Ponce de León, descubridor de Florida. Y también vi láminas —reproducidas de una existente en la Biblioteca del Congreso—, en las que se representa a Ponce de León con otros soldados españoles buscando la famosa "Fuente de la Juventud".

Bien poca cosa, desde luego. Pero cómo esperar más en aquella Cocoa Beach, casi exclusivamente enfocada al turismo surgido en torno a los disparos de cohetes intercontinentales o con destino al Cosmos?

Otra cosa era Nueva Orleans

que se nos ofreció sorprendentemente amante de su época española, como pudimos presenciarlo casi inmediatamente después de nuestra llegada.

"SE HABLA TEJANO" EN EL BARRIO ESPANOL... FRANCES

—Llegan ustedes a tiempo, porque esta noche desfila la Cabalgata inaugural de la "Spring Fiesta" —nos dijeron casi en cuanto el "Convair", con el que hicimos el viaje por todo el país, se posó en el aeropuerto de Nueva Orleans, después de un vuelo maravilloso en el que pudimos contemplar la incomparable belleza del golfo de México, con sus inmensas ciudades, como Pensacola, Tallahasee (¿no será el "Thalassa!", que gritó algún español al divisar el mar, como aquel griego de la expedición de Xenofonte?) y Mobile.

Como no era cosa de perdersenos la Cabalgata de la "Spring Fiesta", nos dimos prisa en deshacer las maletas y bajar a la calle, donde nos esperaba un autobús para llevarnos a la plaza de Armas.

Plaza de Armas. Sí, tal es el nombre de la plaza donde está situado el Cabildo —así, en español— de Nueva Orleans. Desde el viejo Cabildo español, junto a la catedral de Nueva Orleans, íbamos a presenciar la la Cabalgata.

¡Cómo está arraigado en el alma de los nuevorlinos el espíritu sudista, puesto a prueba heroica durante la guerra de Secesión!

Lo digo porque la Cabalgata de la "Spring Fiesta" la abría nada menos que un ciudadano a caballo caracterizado de general Lee, el héroe del Ejército confederado.

Tras de este Lee, que era aplaudido rabelosamente por los nuevorlinos, empezaron a desfilar otras figuras alegóricas de la historia del "Old New Orleans". Y en una carroza marchaba la baronesa de Pontalba, con su mantilla y peineta española. Y a su lado iba su padre, don Andrés Almonaster y Rojas.

Los nuevorlinos saben muy bien quiénes eran estos dos personajes de nombre español. Se trataba de don Andrés Almonaster

tre y Rojas, gobernador de Nueva Orleans en el tiempo en que la ciudad estuvo, durante un período de treinta años, en manos de España. Almonaster —para quien desde la "International House", de Nueva Orleans, algo así como una activísima Cámara de Comercio, Industria y Navegación, se ha pedido un homenaje justificadísimo— fue un prócer que regaló a Nueva Orleans nada menos que la primera escuela pública que tuvo la ciudad, construyó el Hospital de la Caridad, el convento de Capuchinos y su catedral, así como una nueva cárcel, una nueva Aduana y el nuevo Cabildo, que a excepción del tejado es hoy en día el mismísimo edificio que entonces se construyó.

UN BARRIO ENTERAMENTE ESPAÑOL

¡El mal llamado "French Carré" o "Barrio Francés" de Nueva Orleans!

¡Nada de "French Carré" ni de "Barrio Francés"! ¡Enteramente español, de arriba abajo! Porque aquella parte de la ciudad fue destruida dos veces por los incendios. Primero, un Viernes Santo de 1788, y luego por la guerra el 8 de diciembre de 1794. Las dos destrucciones fueron generosamente reparadas por los españoles. La de 1788, por el entonces gobernador, don Esteban Miró, que dio cuantas facilidades pudo para la reconstrucción de la ciudad. Y la devastación de 1794 fue reparada por don Andrés Almonaster y Rojas.

Todo lo que hoy es el mal llamado barrio francés fue construido enteramente por arquitectos y operarios españoles. Así se explica el sabor enteramente español de esas casas con balcones y rejas, tan del sabor español. Como el Cabildo y su catedral, de estilo barroco, muy de la época.

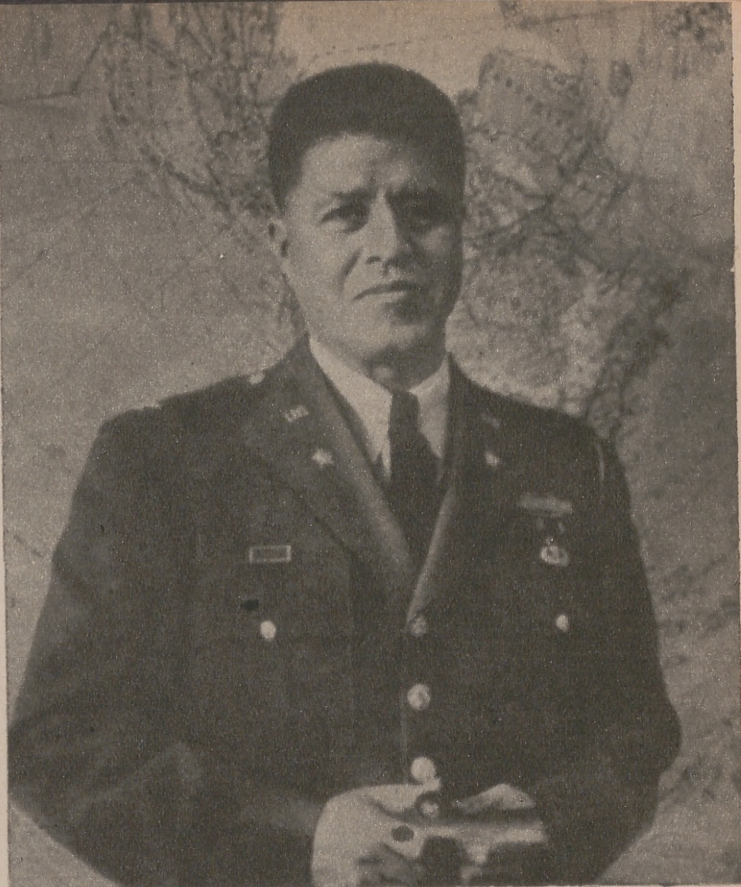
Los nuevorlinos cultos saben todo esto. De ahí que en la cabalgata de su "Spring Fiesta", entre las carrozas alegóricas de su "Viejo Nuevo Orleans", hagan desfilar aquellas en cuyo interior aparece la que fue bellísima hija de Almonaster, Micaela de Pontalba.

Y esto lo vimos con ojos complacidos los españoles, apenas a muy pocas horas de llegar a Nueva Orleans.

A Vicente Cebrián, director de "Arriba", excelente compañero mío durante todo el viaje, le hacía mucha gracia comprobar cómo en Nueva Orleans, al oírnos hablar en español entre nosotros, un poco en voz alta para hacernos entender en medio de aquel vocerío y estrépito de las charangas de la "Spring Fiesta", en seguida los nuevorlinos nos decían que ellos también hablaban "un poquito español". Pero sólo "un poquito".

—Bueno, aquí todos hablar español —decía Cebrián—; pero no saben salir del "poquito".

Y nos hizo también mucha gracia encontrarnos con muchos letreros en las tiendas que decían "Se habla tejano", por "Se habla español". Pero bastaba la voluntad. En cambio, ¡qué pocos letreros de "Se habla francés" vimos



El coronel de Estado Mayor del Ejército norteamericano doctor Luis G. Méndez, héroe de la segunda guerra mundial, condecorado con la Medalla de Servicios Distinguidos, padre de once hijos, católico ferviente y de origen español

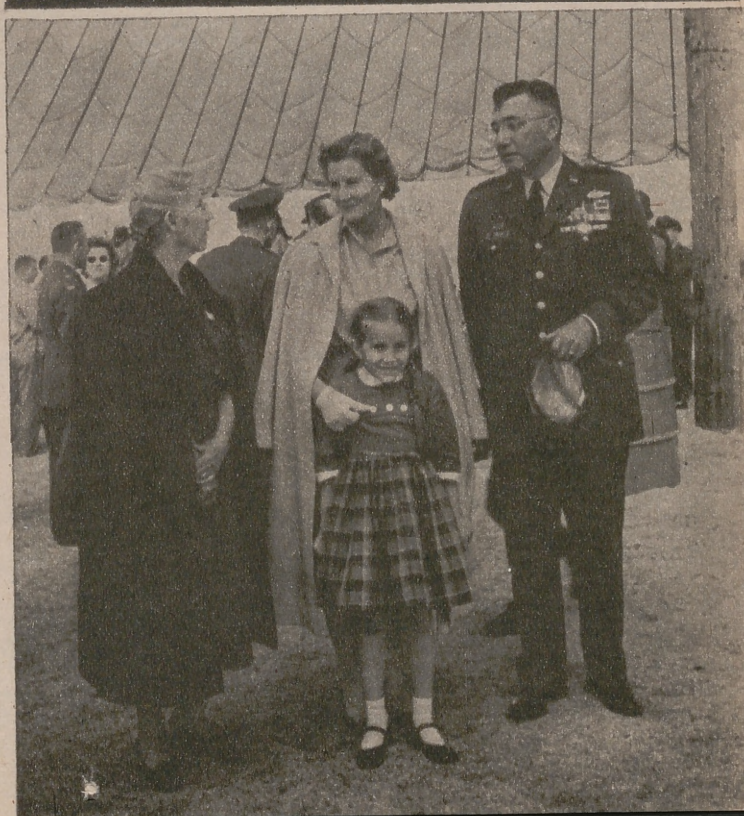
en la hermosísima ciudad del Mississippi!

HOMENAJE URBANÍSTICO A LOS ESPAÑOLES

El actual consul de España en Nueva Orleans, don José Luis

Aparicio y Aparicio, está empeñado en realizar una gran tarea hispánica. Desea reconstruir muchos de los nombres españoles de calles de Nueva Orleans que han sufrido transformación al francés por olvido, desidia o

Otro héroe del Ejército norteamericano: el general Ginés López Pérez, natural de Cuevas de Almanzora (Almería), retratado con su hija y su madre, también de Almanzora



ignorancia. También quiere regalar a la catedral —que, como se sabe, fue construida bajo los auspicios del gobernador don Andrés Almoraster y Rojas— la vidriera que le corresponde para darle un aire más español.

De todos modos, España no está totalmente olvidada en la toponimia de Nueva Orleans. Encontramos numerosas calles que llevan nombres de personalidades o ciudades españolas.

Así, en la zona residencial cercana al lago de Pontchartrian y no lejos del cementerio de Greenwood, uno de los ciento y pico de cementerios que están enclavados dentro del casco de Nueva Orleans, se encuentra —y las vimos en nuestros paseos por la ciudad— las calles de López, Ulloa, Hidalgo, Navarro y Pontalba.

¡Nombres españoles de calles de Nueva Orleans! No muchos, ciertamente, para lo que a España debe la vieja ciudad en la desembocadura del Mississippi. Yo pude anotar unas cuantas, y ahí van la de Cádiz, cercana al puerto, como la de Río Vista, en una revuelta del Mississippi; General Díaz, Loyola, no lejos de la calle Saint Charles, en donde estaba nuestro hotel, del mismo nombre, y en la cual está situada la iglesia de los jesuitas. López, en la zona comercial; Ponce de León, cercana al hipódromo, en el barrio aristocrático moderno. Y relativamente próximas entre sí, las de Verbena, Esteban Miró, Bernardo Gálvez (estos dos españoles ayudaron con dinero y armas a la causa de la independencia americana). Y otras con nombres de Santos conservando su ortografía española: Calle de San José, San Mateo, Santa Ana, Santa Rosa, Santa Rita, todas ellas enclavadas en el corazón del mal llainado "Barrio Francés".

Son miles los nuevorlinos de estos días que veneran el nombre de don Rodolfo Matas, médico español de pura cepa que falleció en Nueva Orleans no hace muchos meses. ¡Uno de los mejores médicos que tuvo la ciudad del Mississippi en estos últimos años!

LOS ANGELES, LA CIUDAD AMERICANA QUE MAS HABLA ESPAÑOL

Ciertamente, donde más oí hablar en español fue en las calles de Nueva York. Pero entre los marinos del «Juan Sebastián Elcano» que había desembarcado aquella noche y la inmensa población hispanoamericana no tenía nada de particular que constantemente oyera expresiones y palabras en nuestro idioma por la Quinta, Sexta y Séptima Avenidas, entre las calles 55 y 42, por las que deambulé más frecuentemente.

Pero Los Angeles es diferente.

No voy a descubrirles a ustedes la belleza arquitectónica de las viejas Misiones fundadas por los frailes, encabezados por Junípero Serra, pero sí me gustaría darles la misma impresión que yo sentí de encontrarme de repente un poco en España al re-

correr algunas plazas y lugares de la más fantástica y grande ciudad del mundo, ésta, Los Angeles, con sus cinco millones de habitantes y sus dos millones y medio de automóviles; con calles, como la Olympic Boulevard, de más de 110 kilómetros de longitud, y la famosísima Sunset Boulevard, de otros tantos.

Si en Nueva Orleans vimos numerosas tiendas donde decían que se hablaba español... y «tejano», excuso decirles la profusión de establecimientos de Los Angeles y el mismo Hollywood —pero, ¿dónde empieza Hollywood y se acaba Los Angeles?— que ofrecían a su clientela de habla española la facilidad de hacer sus pedidos en el hermoso idioma de Cervantes.

Claro que en Los Angeles no tuve tanto tiempo para recorrer sus interminables calles como en Nueva Orleans; por eso sólo pude captar algún aspecto de su españolismo. Así, en el «downtown»—ciudad baja o, más bien, barrio comercial populoso—vi la famosa calle de Olivera, con sus ladrillos rojos, de la época española. Y casas con sabor colonial, de la época de nuestro dominio.

¡Cuántas tiendas y establecimientos conservan nombres españoles! La Paloma Azul, La Fondita, Tienda Nueva, Casa La Golondrina, Rincón de Casa Pepe y así otras por el estilo.

Nada menos que seiscientos mil californianos hablan español correctamente. Y otros tantos lo estudian con afán porque ahora lo español está de moda en todos los Estados Unidos.

VINO ESPAÑOL A TRES MIL METROS DE ALTURA SOBRE LA RUTA DE CORONADO

El día de nuestro vuelo de Nueva Orleans a Colorado Springs fue una jornada muy hispánica. Precisamente volábamos sobre el río Colorado, descubierta por Hernando de Alarcón en 1540, y sobre aquellos vastísimos territorios que recorrió ese formidable caminante que fue Francisco Vázquez de Coronado, el primer hombre blanco que contempló el fantástico espectáculo del Gran Cañón del Colorado, cuando el cabo Harris y el sargento Gaddis, nuestros dos «azafatos», empezaron a servírnos unas copas de vino de Jerez.

—¿Jerez a tres mil metros de altura? ¡Hombre, qué idea más estúpida, sobrevolando viejos territorios hispánicos!

—El jerez lo regala Guillermo Luca de Tena, director de «A B C» de Sevilla, que lo ha traído desde la ciudad hispalense. Y es un obsequio en honor de Vicente Cebrián, que celebra hoy su cumpleaños.

Brindamos, pues, sobre el río Colorado. Y, en reciprocidad, para corresponder a los americanos, a quienes debíamos la oportunidad de ver desde el aire aquellas tierras que recorrieron Coronado, Alarcón, Castaño de Sosa, Juan de Oñate, Francisco Sánchez Chamuscado, descubri-

dores y colonizadores de Tejas, Nuevo Méjico y Colorado, que estábamos volando (bueno, que sobrevolamos a lo largo de las seis horas que duró el viaje), felicitamos a Cebrián al modo americano, cantando aquello de

Happy birthday to You...

y también eso de

For He's a jolly good fellow

Como los capitanes Lemmon y Hollowell, nuestros pilotos, no podían beber alcohol durante sus horas de vuelo, para no perder la extraordinaria oportunidad de libar jerez se quedaron con una de las botellas que les ofreció Luca de Tena, "Well done, boys...!"

CABOT LODGE RECUERDA LA GESTA DE LOS ESPAÑOLES EN EE. UU.

La calle principal del auténtico pueblo de Las Vegas está dedicada al Capitán. C. Fremont, un explorador americano del siglo XIX que recorrió Nevada, Utah y Colorado sobre sus caballo. Pero tampoco se han olvidado de los españoles, y allí tiene una calle Juan de Oñate, fundador de la segunda ciudad situada dentro de los Estados Unidos. Y otra callejuela está bautizada con el nombre de un Fray Marcos, que no cabe duda fue español.

Así pudimos ir recogiendo testimonios de la admiración que hacia España sienten los Estados Unidos.

Pero el broche dorado a esta cadena de admiraciones hacia España lo cerró el embajador de los Estados Unidos en la Organización de las Naciones Unidas, Henry Cabot Lodge. Lodge, en la comida con que don José María Félix de Lequerica nos obsequió en el comedor de Delegados del enorme edificio de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York, tuvo palabras muy emocionadas para España. Recordó cómo nuestra Patria había ayudado a la independencia de Norteamérica cuando los colonos luchaban contra Inglaterra en el siglo XVIII. Y citó a esos seres portentosos que colonizaron las tierras de Norteamérica: desde fray Juípero Serra a Vázquez de Coronado, Menéndez de Avilés, Vicente Zaldívar, Villalbrán y tantos otros.

Así, desde Washington a Nueva York, pasando por Carolina del Norte, Florida, Nueva Orleans, Colorado, California y Nebraska, pudimos ir recogiendo pruebas fehacientes de cómo España suscita admiración en el pueblo norteamericano. De cómo lo español está en primera línea en muchos aspectos de la vida norteamericana (con gran éxito se estaba proyectando en Nueva Orleans los días que estuvimos allí «El último cuplé», con este mismo título) y cómo siempre España está considerada como uno de los países más lealmente amigos de los Estados Unidos.

Waldo DE MIER



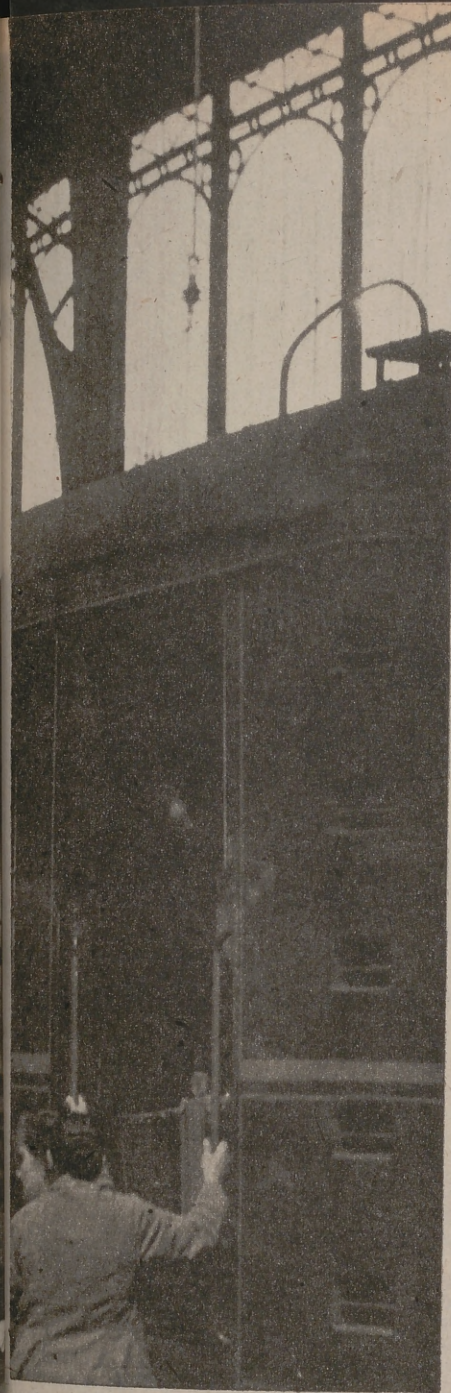
MADRID, CITA DE 50 PROVINCIAS

UNA VISITA DIARIA DE MAS
DE CIEN MIL PERSONAS

EL TRABAJO, LOS NEGOCIOS, LAS COMPRAS,
LAS DIVERSIONES Y LOS VIAJES DE NOVIOS

A Madrid llegan o salen todos los días cerca de cien mil personas. Una veintea parte de su población total está compuesta por gentes que no viven en Madrid, que han llegado a ella por razones de trabajo, de negocios, de familia, de diversiones o, simplemente, de curiosidad.

El mayor contingente de llegados de otros lugares—pueblos o provincias—lo hace por ferrocarril. Más de cincuenta trenes diarios entran o salen en las tres estaciones madrileñas —Atocha, Príncipe Pío y Delicias— y proporcionan a la capital, en concepto de no residentes, una cifra diaria que se aproxima muy bien a las quince mil personas. Quince mil hombres y mujeres —niños también cuando viaja la familia entera—que descienden del vagón



El mayor contingente de visitantes llega por ferrocarril. Más de cincuenta trenes entran o salen en las tres estaciones madrileñas. Después, la visita obligada a la ciudad en autocares. O a pie, para descubrir más de cerca la vida en las calles

con la ilusión de conocer, por vez primera la ciudad, de volver a recorrerla por segunda, tercera o enésima vez, de saludar a los familiares, a los amigos, a todos aquellos que en la mayoría de las ocasiones saben de su llegada. Por tren, principalmente, llegan los que vienen de puntos lejanos: Cataluña, Andalucía, Galicia, Asturias, Santander... Los trenes expresos, los rápidos y los correos son los encargados de transportar o recoger a la capital de España nuevos o conocidos viajeros de las extremas regiones españolas. En los trenes cortos, los viajeros tienen otro matiz. Son gentes que viven cerca de la capital —pueblos o provincias limítrofes— y, generalmente, el viaje de estas personas no es tan prolongado como el de los primeros.

El segundo gran contingente de llegados a la capital está en las líneas de autobuses interurbanos. De Madrid hay autobuses a un gran número de provincias espa-

ñolas. Son los coches de línea a Valencia, a Alicante, a León, a Salamanca... Pero el mayor volumen, en este tráfico, lo proporcionan los autobuses de pueblos cercanos, relativamente claro es, a la capital. Ellos traen y llevan a la gran mayoría de los que vienen a comprar, al médico, al fútbol o al teatro. Las paradas de los autobuses de línea están diseminadas por la ciudad. Pero hay calles típicas —Drumen, Alenza, Paseo de María Cristina...— bien conocidas por los usuarios del motor de explosión en régimen de viaje colectivo.

Porque los del motor de explosión en régimen de viaje individual son los de los automóviles particulares, las motocicletas y, si se incluye la bicicleta como motor humano, también los de las bicicletas. A pesar, como es lógico, de las naturales limitaciones de capacidad de un vehículo automóvil de turismo por muy espacioso que sea a Madrid llegan o se

marchan diariamente, y en épocas normales, unas cinco mil personas por término medio, utilizando esta clase de medios de locomoción. Cinco mil personas que representan, aproximadamente, la décima parte de los que, en junto, lo han verificado por los medios anteriormente reseñados.

Por último, el avión. Barajas es uno de los primeros aeropuertos transoceánicos del continente europeo. Por su situación y por la calidad de sus pistas de aterrizaje. Incluyendo en nuestras cifras los que llegan no sólo del extranjero, sino también por las líneas españolas, en Barajas, por término medio descienden unas mil o mil quinientas personas según días e intensidad de tráfico.

El resto, hasta llegar a esa cifra de cien mil, está constituido por la gran masa trabajadora que se dirige todos los días a Madrid, desde localidades cercanas a sus respectivas ocupaciones.

TRABAJADORES DIARIOS Y TRABAJADORES SEMANALES

Consideremos en primer lugar, los que vienen a Madrid a trabajar.

Trabajar, se trabaja de muchas maneras. Pero el gran censo de la población flotante madrileña, de esta población que vive en Madrid sin pertenecer a Madrid, con carácter estable o con signo mudable, es el de los obreros, especialistas u operarios de todas clases que, teniendo su residencia en pueblos cercanos a la capital, llegan a ésta, generalmente en las primeras horas de la mañana, y se dirigen a sus ocupaciones habituales.

Para sus desplazamientos utilizan el tren, los autobuses de línea, los autobuses de las empresas, las motocicletas y, en último término, las bicicletas.

Aunque pudiera parecer lo contrario—es decir, que la tendencia





sea vivir en la ciudad, en la capital, e irse a trabajar a las cercanías—en los últimos tiempos ha habido muchas personas que han realizado lo contrario: vivir en lo próximo para trabajar en Madrid. Pueblos como Pozuelo, Aravaca, Getafe, el mismo Alcalá de Henares, cuentan entre sus vecinos a cierto número de personas que poseyendo o viviendo en su casco, marchan todos los días al trabajo en la capital.

Este censo de trabajadores—fábricas, comercios u oficinas—es prácticamente constante. Y no funciona como es lógico, los domingos. Por lo menos en lo que al trabajo se refiere. Que si se trata de venir a los partidos de fútbol, a los cinematógrafos o a las corridas de toros, eso ya es otra cosa.

El segundo capítulo de la actividad laboral está constituido por los que a Madrid vienen en lo que todo el mundo entiende por viaje de negocios. Resolver o consultar asuntos en centros oficiales, en empresas privadas, gestionar suministros, realizar compras de materias primas, contratar personal técnico o especialista...; todo esto son facetas de las innumerables que posee el llamado, y bien denominado, viaje de negocios.

Generalmente, los que llegan a Madrid con este objetivo lo hacen por avión o por tren. El automóvil también es empleado, pero no por aquellos que han de recorrer grandes distancias. Cataluña-Madrid, Galicia-Madrid etc.—en corto espacio de tiempo.

Respecto a los viajes de negocios, las investigaciones efectua-

das han revelado como días de llegada, principalmente, los martes. Los martes y los miércoles son, salvo los asuntos imperiosos, los días de mayor intensidad en estas actividades. Y los días menores, los lunes y los sábados. Generalmente se aprovecha la proximidad del festivo para no abandonar los lugares familiares. Aunque, naturalmente, los temas urgentes toman, en todos los casos, el mando absoluto.

LA ECONOMIA DE LA CASA Y LA VIGILANCIA DE LA SALUD

Si la población trabajadora no residente en la capital viene a constituir un 50 por 100 aproximadamente de esta flotante población diaria de Madrid, los hombres de negocios—no sólo grandes gerentes, sino modestos representantes o gestores—totalizan, poco más o menos, el 10 por 100.

° Pues bien, la segunda importante partida—un 30 por 100 aproximadamente en total—está constituida por el gran grupo de personas que velan por su economía particular o por su propia salud física. Nos referimos a los que vienen a comprar y a los que vienen al médico.

En ambos casos, el punto de origen no es lejano. La provincia o las provincias limítrofes.

Los que vienen de compras suelen salir temprano por la mañana, de sus localidades para regresar no muy tarde tampoco. El grueso de compras—telas, utensilios domésticos, etc.—se suele rea-

lizar por la mañana, procurando quedar ahí finalizado el objetivo viajero para disponer, si es posible, de un par de horas que dedicar a la cafetería, al espectáculo o simplemente a pasear por la capital. Por la mañana, pues, compran los forasteros. Y sus lugares de hacerlo, con gran mayoría, están en los grandes almacenes.

Los médicos, por desgracia para el enfermo, son también otro de los motivos de venida a la ciudad. Las consultas públicas, las consultas privadas, cuentan entre sus asistentes a hombres y mujeres llegados en el mismo día, de otras localidades con el fin de realizarse una radiografía, un reconocimiento y también en ciertos casos una operación.

En los primeros supuestos, el regreso suele hacerse el mismo día; en los segundos, el regreso, como es natural, no tiene lugar hasta que la curación, éxito deseable, no ha ocurrido del todo.

LOS NOVIOS, PERDIDOS ENTRE LA GENTE

Entre la gente que camina, lenta o apresuradamente, por la calle de Alcalá, por la Gran Vía que contempla los altos edificios de la plaza de España, la iluminada fuente de Neptuno, o de la misma Cibele, las rosas floridas y pomposas del Retiro, del parque del Oeste o de los jardines de Sabatini, es difícil distinguirlos, Y, sin embargo, están ahí, entre ellos, precisamente en estos lugares con preferencia. Al principio un observador superficial no los distinguirá, pero si agudiza el



Madrid, capital de España, ofrece el contraste más variado, más pintoresco y más interesante. Una ciudad acogedora y atractiva

espíritu, si se detiene en la observación, los reconocerá. Y los reconocerá por la forma de mirarse, de caminar, de detenerse. Porque ellos son los novios, las parejas de novios que llegan todos los días a Madrid.

Madrid es para los recién casados de las cincuenta provincias españolas uno de los puntos favoritos en el viaje nupcial. Si Palma de Mallorca está en el programa de los esposos de la capital de España—y también, claro, es de otras innumerables parejas—, lo que debe ser destacado es que esta ciudad madrileña tiene un lugar preferente en los pensamientos de los que se casan.

Y ello es así por varios motivos. El primero, si alguno de los desposados no conoce la capital, porque hay ocasión de conocerla. Pero, sobre todo, porque el recién casado aspira a pasar inadvertido entre la gente, a que no se le note que acaba de matrimoniar, a que nadie les pueda reconocer en el nuevo estado que acaban de inaugurar. Después, porque en Madrid hay entretenimientos para todos los gustos, comodidades para todas las preferencias, diversiones para todas las elecciones.

Los meses de mayor intensidad de esposos que realizan su viaje de novios a Madrid son los de mayo—concretamente, en su segunda mitad, coincidiendo en su totalidad con las fiestas de San Isidro—y los de septiembre y octubre, siguiendo la lógica ley campesina.

DIVERSIONES. CAPITULO DOMINICAL

Y para final, aunque muchos lo tengan en el principio, las diversiones.

Los que llegan a Madrid con el único y exclusivo fin de asistir a un espectáculo son muchos. Ahora bien, hay que hacer la distinción entre días festivos y fechas corrientes o laborales.

Empecemos por las segundas.

Los que pudiéramos llamar usuarios de los espectáculos madrileños en días no festivos o dominicales y que no viven en Madrid tienen su domicilio, como puede comprenderse, en lugares no muy distantes a la capital. El teatro, desde luego, ocupa el primer lugar en la elección de estos viajeros. Y es comprensible, porque las películas cinematográficas, más tarde o más temprano, llegan a todas las salas de proyección y hoy es rarísimo el pueblo de cualquier región que no disponga de sala de proyección u otro procedimiento análogo para que sus vecinos puedan contemplar las hazañas de Gregory Peck o las exquisiteces artísticas de Lola Flores o Sara Montiel.

Son, sin embargo, en los domingos cuando mayor cantidad de personas de las cercanías y aun de distantes puntos se dan cita en Madrid. Un motivo importante está en los partidos de fútbol. De los 200.000 espectadores que en los domingos tienen en Madrid aproximadamente los encuentros de fútbol de todas las Divisiones y categorías, unos 25.000 por lo menos han llegado

ese mismo día y exclusivamente de fuera.

En segundo lugar, los conocimientos. Es decir, muchos viajeros que llegan a Madrid los domingos por la mañana o a la hora del mediodía, después de la comida, y vienen a saludar a sus amistades, a reuniones sociales a ver a la novia. Porque el capítulo de relaciones entre jóvenes—muchachas y muchachos de distintos sitios de residencia—es un capítulo que también ha de tenerse en cuenta.

Y después, en los domingos, teatros y cines, carreras de caballos y cualquier anuncio de cualquier espectáculo. Espectadores cercanos o espectadores lejanos, que de todo hay, estarán presentes en estas diversiones de la capital.

Y ya de cara al verano, como faceta especial, el turismo. Esta vez los viajeros, los visitantes, no son de España; vienen de lejanos países, algunos situados precisamente en la perpendicular debajo de nuestros pies. Pero llegan a Madrid, la visitan, la contemplan y la recuerdan.

Ahora bien, nadie como estas 100.000 personas diarias que entran o salen de Madrid y que viven en cualquier rincón de España. Porque ellas estructuran formalmente ese apelativo perfecto de que Madrid es capital de España. Una capital constituida precisamente por españoles de todas las provincias. Este es su mejor y más legítimo orgullo.

José María DELEYTO



PROFIDÉN, es
"como de casa"

Son ya muchos años haciendo «más sanas nuestras sonrisas». PROFIDÉN es el buen consejero de higiene dental de la familia ¡Y que bien vá!

La Crema Dental Científica PROFIDÉN, además de limpiar los dientes maravillosamente sin dañarlos, mantiene las encías sanas y sonrosadas y presta a la boca un sabor fresco y agradable.

Para PROFIDÉN una cosa es sagrada:
 La salud de la boca de sus consumidores

**CUANTO MAS ENSAYE,
 MAS Y MAS PREFERIRA**

PROFIDÉN

**LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.
 INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS**



PROFIDÉN, es
"como de casa"

...y desde muy niña es mi dentífrico predilecto. Gracias a él consigo una perfecta higiene dental y sonrío siempre segura de mostrar unos dientes sanos y limpios

La Crema Dental Científica PROFIDÉN, además de limpiar los dientes maravillosamente sin dañarlos, mantiene las encías sanas y sonrosadas y presta a la boca un sabor fresco y agradable.

Para PROFIDÉN una cosa es sagrada:
 La salud de la boca de sus consumidores

**CUANTO MAS ENSAYE,
 MAS Y MAS PREFERIRA**

PROFIDÉN

**LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.
 INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS**



El investigador M. Perrin examina un bloque de uranio procedente del Alto Karanga

ALTO COMISARIO DEL ATOMO

M. FRANCIS PERRIN, MENSAJERO DE LA CIVILIZACION NUCLEAR

«ES PRECISO MANTENER EL EQUILIBRIO ENTRE LA INVESTIGACION Y LAS APLICACIONES INDUSTRIALES», NOS DICE EL SABIO FRANCÉS

⌋ A misma barba en arco que presidió en Ginebra, en el mes de septiembre pasado, la II Conferencia para la Utilización Pacífica de la Energía Atómica es la que vemos ahora en esta conversación, que transcurre en

una de las habitaciones del hotel Velázquez, de Madrid.

M. Francis Perrin, Alto Comisario francés para la Energía Atómica, es un hombre delgado, de mediana estatura y de ojos claros y vivos. A primera vista

tiene un aspecto un tanto metafísico. Por su aspecto y sus modales, tiene todo el aire de un sabio correcto y tímido. Pero su absoluta sencillez y naturalidad hacen resaltar todavía más la valía de ese investigador de



Tres gestos del Alto Comisario del Atomo durante su estancia en nuestra capital

las ciencias físicas, que se nos aparece también como un humanista adornado de ese don de gentes de un hombre que ha presidido convenciones y asambleas de carácter internacional.

Nació en París en 1901, en un ambiente científico, ya que su padre obtuvo el Premio Nóbel de Física por sus estudios sobre el átomo. Y en el laboratorio de aquel ilustre investigador fue criado Francis, entre centrifugadoras y microscopios.

CUANDO LA PRIMERA FISION

Su preparación académica es también de Ciencias Físicas, en las que se encamina a la investigación.

En 1939 entra en la investigación atómica, en el momento en que se descubre la fisión del uranio, y pronto forma parte del equipo francés de Frederic Jolieu. Este equipo de investigadores es el primero en concebir lo que sería la energía atómica industrial. Estamos en la primavera de 1939.

Con la guerra se interrumpen los trabajos de muchos investigadores y el equipo Jolieu se desparra.

En 1941 Francis Perrin pasa por España, como uno más de tantos evadidos que atraviesan nuestro país. Va a los Estados Unidos, donde formará parte del claustro de profesores de la Universidad de Columbia.

Cuando, después de la liberación de Francia, el general De Gaulle crea el Comisariado para la Energía Atómica, M. Perrin vuelve a su país.

UN SABIO EN FAMILIA

Los años de posguerra son de

intenso trabajo de investigación. Ha habido la retención de sabios nucleares y hasta el secuestro de fórmulas e investigadores. En periódicos se habla, cada vez más, de la fuerza nuclear. El tema comienza a estar de moda.

De la investigación a la vida familiar: M. Francis Perrin tiene dos hijos y una hija. El primogénito es físico nuclear y el segundo es bioquímico. La hija termina ahora sus estudios de Medicina en la Facultad de París. Los tres están casados y cada uno tiene un hijo. Tiene, pues, M. Perrin tres nietos.

Este es el hombre. Su tema especial, la electrónica.

Prácticamente, es la primera visita que hace a España, aunque, como ya dijimos, pasó por nuestro país durante la segunda guerra mundial, en el año 1941.

Nos cuenta que aunque su estancia obedece a una invitación de la Junta de Energía Nuclear, su visita no es exclusivamente técnica, sino que también quiere hacer contacto humano con la cultura y la civilización de nuestro país. Ha hecho ya una primera visita al Museo del Prado y, cuando hablamos con él, acaba de regresar de Toledo.

LOS PELIGROS DE CONSECUENCIAS BIOLÓGICAS

Habla con entusiasmo de los tesoros de arte de nuestro país. Magnífico el Museo del Prado. Impresionantes los tesoros de Toledo.

Su primera visita técnica ha sido para las instalaciones de la Moncloa.

—Es un conjunto muy completo.

La expresión es sincera, ya que M. Perrin no es hombre que diga una cosa por otra.

—¿Puede hablarse de una verdadera civilización nuclear?

La energía atómica es simbólica de toda una serie de avances, por eso se puede hablar de una edad atómica, pero quizá sea la electrónica el verdadero símbolo de esta época. Se puede hablar, pues, de una civilización nuclear englobada en una civilización electrónica.

—¿Cree que, en esa civilización nuclear, el empleo generalizado de la energía atómica puede tener algunas consecuencias biológicas?

—La energía atómica se desarrolla con una gran conciencia por los responsables de su progreso. Está prohibido arrojar a los ríos los residuos de las centrales nucleares, y si se infringiera esa prohibición entonces sí se podrían producir consecuencias biológicas.

SIN ALTERACIONES CLIMÁTICAS

Se ha estudiado el echar los grandes residuos en los océanos después de ser guardado. —esos residuos— en grande; recipientes, que se vaciarían en periodos fijos,

Por otra parte, está bien establecido el procedimiento de que la industria nuclear no contamine la atmósfera. A no ser que ocurra un accidente.

Existe una creencia bastante generalizada, de que las explosiones nucleares tienen consecuencias climáticas. Resulta interesante saber la opinión tan autorizada del señor Perrin sobre este punto.



Francis Perrin presenta a la Reina Federica de Grecia la escafandra que utilizan contra las radiaciones atómicas en los laboratorios atómicos franceses

—El clima general del mundo no cambia a consecuencia de una explosión atómica. Ciertamente que hay una influencia local en el clima, pero parece que estas explosiones no tienen una influencia climática general. Pero las explosiones nucleares dispersan una gran cantidad de partículas atómicas que caen lentamente sobre todo el mundo. La más peligrosa de esas partículas es la del «radiostroncium».

En todo el mundo se puede comprobar una cierta influencia en la leche y cuyo origen hay que buscarlo en las explosiones nucleares. También influyen estas explosiones en la difusión del cáncer, aunque en una proporción muy inferior al producido por los cigarrillos.

—Pero, como existen diversos tipos de explosiones, algunas serán más expansivas...

—Las aéreas, naturalmente. Las subterráneas no tienen dispersión a gran distancia.

RIESGO CATASTROFICO DE CONTAMINAR LA ATMOSFERA

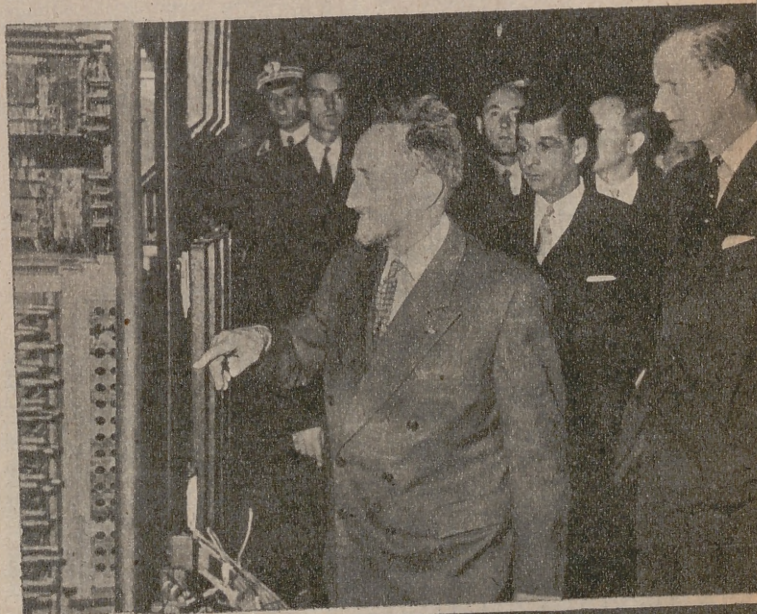
Es deseable que se llegue a un convenio internacional para prohibir las explosiones nucleares aéreas.

Nuestro interlocutor parece meditar sobre los problemas sanitarios que crea la contaminación de la atmósfera. A veces esa contaminación puede ocurrir catastróficamente. En Gran Bretaña,

hace año y medio, hubo un accidente en Windscale, con proyección sobre la comarca de una serie de materias eléctricas que no dañaban a los hombres, pero que, al caer en la hierba, contaminaron la leche durante algunas semanas. Pero fue, por suerte, un accidente localizado.

Hace solamente unas semanas se inauguró la primera planta comercial atómica de Francia. Se trata de la primera central nuclear puesta en funcionamiento en el vecino país.

—Nuestra primera central nuclear ha entrado en funcionamiento el 22 de abril en el cen-



Con el príncipe Felipe de Edimburgo, en la visita de éste a la pila atómica de Saclay

tro de Marcoule, en el valle del Ródano. Produce ya una energía neta de 20.000 kilovatios, que son enviados a la red general de distribución. Pronto los kilovatios serán 30.000, y un segundo reactor idéntico al primero debe entrar en funcionamiento en septiembre. Al final de este año tendremos una central de 60.000 kilovatios.

El Comisariado Francés para la Energía Atómica es un organismo vivo y de gestión, que afronta, actualmente, varios problemas.

—El principal es el de mantener un justo equilibrio entre las investigaciones fundamentales y la preparación de la investigación industrial.

EL PROBLEMA DE LA ESCASEZ DE ENERGÍA

—El avance nuclear pacífico exige una ayuda entre las naciones, ¿puede señalarnos algunos puntos de colaboración posible entre Francia y España?

—Las relaciones técnicas entre los dos países existen ya desde hace tiempo, tanto en las tareas de la prospección como en las del tratamiento del mineral. Ahora es necesario desarrollar estas relaciones en la industria electrónica especializada para la industria atómica.

M. Perrin presidió, en el mes de septiembre pasado, la II Conferencia Internacional para la Utilización Pacífica de la Energía Nuclear.

En las dos conferencias de Ginebra se han podido constatar grandes avances. Este ya es un buen resultado en el plano de la técnica. En cuanto a la ayuda que la utilización pacífica de la energía nuclear pueda suponer para la industrialización pacífica de los países subdesarrollados es una cosa todavía algo remota, ya que en muchos de aquellos países falta la tradición industrial y, por tanto, un número importante de hombres técnicos bien preparados.

Pero la energía nuclear, en su aplicación pacífica, viene a resolver un importante problema de falta de energía en dos zonas muy

industrializadas, como son las del occidente Europeo y la del Japón, que son los ámbitos que reclaman más urgentemente el recurso nuclear.

M. Francis Perrin habla pausadamente, después de meditar unos instantes. Nos da la impresión completa de su gran dominio del tema, sobre el que habla cautamente, con mesura, como corresponde a un hombre bien templado por la ciencia.

UNA SUPERPRODUCCIÓN DE URANIO

—¿Cree, M. Perrin, que España es un país privilegiado para que se realicen en él prospecciones de minerales radiactivos?

—Ya se han encontrado en España varios yacimientos de uranio aprovechable y posiblemente surjan muchos más. Geológicamente España y Francia son muy semejantes por lo que muchas de las experiencias francesas en materia de prospección son aprovechables aquí. Pero tengamos en cuenta que si bien el encontrar uranio supone una cierta independencia económica para el país que lo tiene también es verdad que el mundo entra en una superproducción de uranio a la que es preciso dar salida en la etapa iniciada de la aplicación industrial de la energía nuclear.

M. Francis Perrin ha venido a nuestro país invitado por la Junta de Energía Nuclear, cuyas realizaciones y trabajos ya conocía por los contactos de nuestra Junta con el Comisariado francés y por las memorias y trabajos que los equipos españoles de investigación nuclear presentaron en Ginebra.

Nos dice que los equipos españoles de investigación nuclear forman un conjunto muy coherente. En cuanto a las prospecciones y explotaciones en nuestro país habla del positivo interés de los yacimientos de Cáceres, Badajoz y Béjar, por ser de carácter filoniano y de los trabajos más intensos que se han llevado a efecto en Hornachuelos (Córdoba) y Andújar (Jaén).

M. Perrin demuestra conocer lo que pudiéramos llamar nues-

tra actual geografía del uranio e incluso del torio, cuyos yacimientos se encuentran concentrados, principalmente, en Galicia (Baleares y Finisterre) mientras el berilio en pegmatitas se encuentra, principalmente en la provincia de Pontevedra y también en las de Córdoba y Jaén.

CON UNA ACTITUD ACTIVA

El programa de minuciosas prospecciones, que tiene establecido la Junta de Energía Nuclear, se lleva a efecto según los planes establecidos y parece que las reservas españolas de minerales de interés nuclear pueden cubrir el programa de necesidades nucleares durante algunos años.

Pero es preciso que esa actitud activa que tienen los equipos de investigadores llegue a núcleos importantes de hombres de empresa, ya que no hay que tener un papel pasivo en la aceptación de las centrales atómicas: «Creeo que éste es también el punto de vista de la Junta de Energía Nuclear», añade M. Perrin.

Hay todo un ciclo de explotación completa que funciona en España, desde hace tiempo. La prospección, la explotación de las minas de minerales de interés nuclear, la purificación y preparación de uranio metálico puro. Hay toda una serie de talleres de enlace que intervienen en este proceso.

Ahora es preciso que en España, como en otros muchos países del mundo libre, se logre el desarrollo autóctono de los laboratorios y centrales más que dedicarse a comprar las centrales atómicas prefabricadas en los Estados Unidos. Porque solamente así, con el desarrollo autóctono es posible que un gran número de industrias, de gran calidad, sean desarrolladas por la energía atómica.

EN UNA NUEVA ERA

Con el fomento de la investigación debe acelerarse el proceso de la utilización pacífica de la energía nuclear. Una investigación que debe ayudarse con la provisión de instrumentales y material, con los servicios e instalaciones necesarios; con el intercambio de información científica y técnica, para evitar de esta manera la dispersión de fuerzas, así como con el intercambio de técnicos entre unos países y otros.

Los buenos deseos de «Atomos para la paz» deben ayudarse con un espíritu pacífico de colaboración entre las naciones y los bloques.

Es la civilización de la electrónica dentro de la cual se incluye la civilización nuclear. Una civilización que debe ser para la paz y la cultura.


Esa civilización nuclear de la que M. Francis Perrin —Alto Comisario francés para la Energía Atómica— con su sencillez naturalísima y su modestia de sabio, mensajero de pocas palabras en estos días en que es huésped de los equipos españoles de nuestro avance en las aplicaciones de esa gran fuerza atómica al servicio del hombre.

F. COSTA TORRO

(Fotos de Manuel Mora.)



El sabio francés en un momento de la entrevista con nuestro redactor



El autobús, personaje central de las VI Jornadas Literarias, rueda en busca de las tierras del Sur. Castilla va quedando atrás

JORNADAS LITERARIAS POR LA PROVINCIA DE CADIZ

BREVE DIARIO DESDE LA BUTACA DEL AUTOBUS

EL autobús nos esperaba al principio de la Cuesta de Moyano, ante las primeras casetas de los libreros de viejo. Y Gaspar Gómez de la Serna, también nos esperaba, dispuesto a pasarnos lista, como en las otras Jornadas, como en años anteriores.

Eran las seis y media en punto de la mañana, ¡las seis y media en todos los relojes! Los jornalistas veteranos se cambiaban saludos, recuerdos, augurios. Jornadas por La Mancha, por la Alta Extremadura, por la Rioja, por el Maestrazgo, por Murcia...

- Estas serán las más alegres...
- Serán las de menos castillos...
- Las más agotadoras...
- Las de menos retablos...
- Las de mejor coñac...

Gaspar Gómez de la Serna dio la orden de partida. El motor del autobús carburó la cazalla del

arranque y cuando el ruido del embrague anunció que marchábamos en directa, una voz inocente alzó la primera bola del viaje:

—¡Falta Eusebio García Luengo!

Pero, no. Mi buen amigo Eusebio, nuestro admirado Eusebio, estaba. Estaba muy tranquilo, ocupando ese asiento que sólo él sabe encontrar; ese asiento que ni da a la ventana ni al transportín, ese asiento estrictamente neutral que en los cafés, en los parques, en los banquetes señala el sitio de la duda perfecta y de la perfecta humildad.

—¡Falta Eusebio García Luengo!

Los veteranos soltaron la risa. Los novatos alzaron la cabeza. Y Eusebio García Luengo se limitó a encogerse de hombros, en silencio, como siempre que oye una

rotunda negativa o una rotunda afirmación. Quizá pensaba que hasta Cádiz había 691 kilómetros de carretera si es que la guía no miente, porque la verdad, la pura verdad, ¿quién garantiza a Eusebio que no se haya equivocado el tipo que los midió?

Fue en estos momentos cuando Isabel, la azafata, pasó repartiendo caramelos.

—¿Limón, naranja, menta?

Antonio Castro Villacañas que iba a mi lado, murmuró:

—Me gustaría saber qué caramelo elige Eusebio, para coger uno igual.

—Hay quien daría media vida por verle rellenar una quiniela de fútbol...

El humo de los puros de Luis Antonio de Vega y de Díaz Carriñate se mezclaba con el de los cigarrillos que habían encendido casi todos. Y cuando las coillitas

se apagaron en los ceniceros, Madrid quedaba muy atrás rodeado de sus murallas de viviendas en construcción, únicas murallas con las que está conforme la ilusión y la esperanza de José María de Quinto...

Es en Santa Elena donde hacemos el primer alto en la marcha. Café. Copas. Y otra vez al autobús.

Despeñaperros. Una carretera bien señalizada; un paisaje de áspera belleza, estropeado por una valla anunciadora enclavada en el centro; un estupendo parador. Más café. Más copas. Y de nuevo al automób. Juan Pérez Creus nos enseña desde las ventanillas su pueblo. Pueblos cada vez más blancos. Y llegamos a Córdoba. Primeras postales y primer almuerzo. Algunos planean una visita a la catedral para el día que regresemos. Ahora no hay tiempo. Es preciso seguir el horario previsto. Y con el horario

cumplido entramos en Jerez. Reparto de libros, de programas, de botellines. Todos pensamos en que hemos traído una maleta demasiado pequeña. Las autoridades provinciales nos dan la bienvenida. José María Pemán saluda, habla con todos. Merendamos en El Bosque y un rápido paseo por la Feria.

Castro Arines interroga a un gitanillo:

—¿Podría decirnos dónde estamos?

El gitanillo le mira sin pestañear. La pregunta hecha en sonoro castellano le huele a lacón gallego. Y contesta:

—¡En Jerez! ¡Casi na!

Y con la anécdota que Castro Arines cuenta y la alegría de encontrarnos a Gerardo Diego, llegamos a Cádiz casi a media noche, con más ganas de acostarnos que de cenar. Pero nadie perdonó la cena.

ALFAJOR EN MEDINA SIDONIA. VINO DE HONOR EN ALCALA DE LOS GAZULES. CORRIDA DE TOROS EN JEREZ Y AL ALBA, EN SANLUCAR

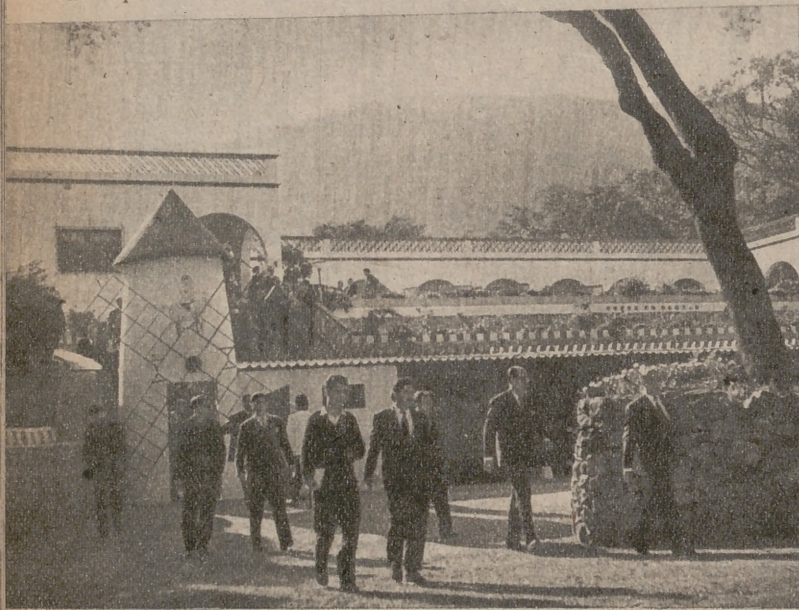
Medina Sidonia es como un trasatlántico encaramado en una alta colina. Sus vecinos tienen el privilegio de poder hacer jabón sin pagar ningún impuesto. Tienen privilegios muy curiosos, firmados por Alfonso X el Sabio, Sancho IV, Fernando IV, Alfonso XI, Pedro I, Enrique II, Juan I, Enrique III, Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos.

Sin embargo, Medina Sidonia se conforma con ser como es: acogedora, señorial, tranquila. Y con el alfajor. ¿Cómo se hace el alfajor? Veamos el «Recetario práctico de guisados y dulces, Medina Sidonia. Año de 1786.» Al folio 60 de este libro, dice: «Para labrar el alfajor, prepararás: Un azumbre de miel blanca. Tres medios de avellanas y una libra de almendras, todo ello tostado y tronzado. Onza y media de canela en polvo. Dos onzas de matahuva, cuatro adarmes de clavo y otros cuatro de cilandro; todo tostado y molido. Una libra de ajonjolí tostado. Ocho libras de polvo de moler, sacado de rosquillas de pan sin sal ni levadura, muy cocidos en el horno. Con media libra de azúcar harás almíbar: luego agregarás la miel, y cuando esté subida de punto, le echarás los avíos, tres puñados de harina cernida y polvo de moler. Muévelo todo para que quede bien mezclado. Háganse los bollos en caliente, báñense en almíbar, cúbranse de azúcar fina con alguna canela y empapélese. En cada libra de bollos deben entrar de ocho a doce para que sean lucidos. La dificultad y el secreto del alfajor está en el punto de la miel: para conocerlo dan las recetas muchas reglas, pero como ninguna es cierta, no las apunto y digo que la práctica es aquí la maestra, como en todo.»

Luis Antonio de Vega, el autor de la mejor guía culinaria española venía comiendo alfajores cuando descubrió que en el Ayuntamiento de Medina los regalaban a sus visitantes. Pero ni Espladiú se atrevió a negarle la primacía del descubrimiento y la compra. Y Espladiú, con Clavo y Juan Guillermo, se fueron después a dibujar. Dibujaron más tarde en Alcalá de los Gazules, ciudad que parece tener las casas unas encima de otras, antigua Lascuta romana, que acuñó monedas bilingües 189 años antes de Jesucristo.

También en el Ayuntamiento de Alcalá nos ofrecieron un vino de honor. ¿Y quién no hace honores a esos vinos? De modo que cuando llegamos al Santuario de la Virgen de los Santos, la fe y la humildad de los exvotos sirvieron para lavarnos el cerebro.

Seguidamente, al autobús. No podremos detenernos en el Monasterio de la Cartuja, ni llegar a tiempo al desfile por el Real de la Feria jerezana. Es tarde. El almuerzo que nos ofrece el Ayuntamiento de Jerez, nos espera. Nos hará compañía en el almuerzo la oficialidad de dos cruceros y dos destructores de la



Los periodistas visitan en Tarifa el Mesón de Sancho



En Jerez, José María Pemán da la bienvenida a los participantes de las VI Jornadas Literarias



Al aire y al sol, las danzas de Andalucía, interpretadas por bellas muchachas del pueblo de Jimena

Escuadra itauana actualmente anclados en Cádiz.

Angeles Villarta habla en francés con uno de los oficiales. Otro oficial interviene en la conversación. Nos invita a visitar su barco. Hablamos de literatura italiana contemporánea. El oficial dice que en la biblioteca de su barco hay más de un centenar de libros de autores españoles. Nos cuenta cosas de Pavese, de Malaparte, de Pratolini. Y como para disculpar cualquier asomo de pedantería, dice que los marinos leen algo más que los infantes y los aviadores, porque el mar ofrece más soledad y más tiempo libre...

Desde el banquete, a la plaza de toros. Una corrida sin más particular que el espontáneo que se lanzó al último toro dándole unos capotazos impresionantes en medio del ruedo, antes que le sacaran a la fuerza (al espontáneo, claro; al toro hubo que seguir toreándole).

Cenamos en Sanlúcar. El límite de la cena y de la actuación de los «cantaos» era el alba:

*Alba de Sanlúcar,
recuerdo de Antonio
Machado y la luna...*

EN ARCOS, DONDE VIVIO LA PICARA MOLINERA.— LOS BORDADOS Y TRENZADOS DE UBRIQUE.— GRAZALEMA Y SU PINSAPO.—VERSOS DE RILKE EN EL MESÓN DEL PUENTE, DE RONDA

«Llano Persi, viajero del XIX,

escribió aterrizado que había visto al ganado pastar por encima de las casas de Arcos». Lo leemos en la guía y ninguno se sorprende. Arcos de la Frontera nos cura de sorpresas en cuanto aparece en el horizonte. Nuño, Castillo Puche, Ruiz Ayúcar y Mariano Tudela preparan sus cámaras fotográficas. Hay que cerrar al máximo el diafragma y colocar un filtro amarillo ante el objetivo. La mañana es resplandeciente y su luz rebota en las encaledas paredes. Recorremos y escalamos las calles. El poeta Antonio Murciano, orgulloso de su tierra natal, nos habla de otros poetas de Arcos, de los libros que han publicado, de las revistas. José María Pemán nos dice que estamos sobre nidos de buitres y nos enseña allá abajo el Molino de San Antón donde vivió la Pícara Molinera. Por una carretera paralela al río pasa una larga reata de mulos. Los paisajes son vistos como desde un avión. Hay casas de tres pisos y tres entradas por tres calles distintas. Cuando volvemos al autobús, releemos en la guía: «La impresión es aún mayor cuando vemos volar, al atardecer, entre los sonos de las campanas de bronce de sus iglesias, cuyas torres fueron antes atalayas de guerra, el centenar de buitres gigantes que todavía conviven con las gentes y las casas del pueblo en los recovecos de la peña. En la provincia se dice que el arcense es el único hombre que ve volar los buitres por debajo de sí.»

Desde Arcos nos vamos a Ubrique. Es un pueblo laborioso y encantador. Aquí no hay obreros parados. Hasta las muchachas trabajan en sus numerosos talleres de marroquinería. Y fueron ellas, las muchachas, con el bordado y trenzado microscópico de las petacas y carteras quienes dieron a Ubrique esa fama mundial e indiscutible. Ubrique es un ejemplo de lo que vale la artesanía española; sus trabajos en piel se exportan hasta a los más lejanos países.

Almorzamos en el claustro del antiguo convento de capuchinos, y tras del café y el habano, la industria de Ubrique nos obsequia con un práctico recuerdo. Muchas gracias.

Luego hacemos una breve visita a un taller. Algunos no resisten la tentación de comprar estuches y carteras. Y con el olor a tanino, a cuero y a sol subimos al autobús.

En Villaluenga del Rosario el poeta Pérez Clotet nos tiene preparada una pausa de bebida y cordialidad. Castro Arines y Mariano Tudela comprueban que es un pueblo formado por gallegos y se retratan al lado de una gran roca. Hay prisa. Prisa por llegar a Grazalema, por llegar de día a Ronda. Estas Jornadas son una continua lucha entre el tiempo y el espacio. Son muchos los luga-

res a visitar y muchísimos los kilómetros a recorrer.

En Grazalema aún crece el pinsapo, árbol extinguido en Europa, y que debe aquí su supervivencia al hecho curioso de que Grazalema goza de clima cálido, siendo a la vez una de las ciudades donde más llueve en España. La visita a Grazalema es brevísima. Sólo unos momentos para recoger el periódico que edita con multicopista y para decir adiós a la muchacha bonita que lo escribe.

Llegamos a Ronda con las últimas luces del día. Rafael Azcona, Fernando Guillermo de Castro, Mariano Tudela y yo escuchamos de un limpiabotas algunas historias de suicidas. El puente de Ronda ejerce, con sus noventa metros de altura, un trágico atractivo. Pero esta noche, en el aposento alzado sobre el arco principal, y que hasta hace unos años servía de cárcel, va a ser inaugurado un mesón: el «Mesón del Puente». Somos, entre periodistas, autoridades e invitados locales, cerca de doscientas personas las que cenamos en el parador. Una angosta escalera tallada en la dura piedra es el camino de entrada. Nos dicen que tienen solicitado un funicular y que la propaganda del parador, mejor dicho, mesón, ya ha comenzado. Nosotros somos el comienzo. El local está decorado con severa sencillez. Tiene la misma puerta enrejada que cuando servía de prisión, una amplia chimenea y antiguos hierros forjados. La cena termina de madrugada y el cante sigue. Nuño y Ramón Nieto se muestran conformes con la decoración, con la cena y con el cantaor. La tertulia se anima... Pero es preciso dormir. En cuanto amanezca, otra vez al camino. Y antes de abandonar Ronda debemos un homenaje a Rilke. También él se asomó a estos precipicios y contempló las crestas de la serranía...

Es Salvador Jiménez quien lee

unos versos de Rilke horas después.

GIBRALTAR, A GOLPE DE INSTANTANEA. — «LAS TAPADAS», DE TARIFA. EN CÁDIZ, «CHIRIGOTAS»

El autobús vuelve a la provincia de Cádiz. Los periodistas que pasaron la noche en vela desca-bezan un sueño. El camino se va haciendo más apacible. Cruzamos pueblecitos maravillosos. La misa se celebra en el Santuario de Nuestra Señora de los Angeles. Clavo y Juan Guillermo hacen un apunte del convento y el paisaje que lo rodea.

Pasa del mediodía cuando llegamos a San Roque. Homenaje a Cadalso al pie de su tumba. José Domingo de Mena lo ofrece sin disimular su emoción. En el archivo de la iglesia están guardados los documentos de Gibraltar. De ese Gibraltar que veremos dentro de unos instantes, a golpe de instantánea, desde el autobús, mientras vamos hacia el parador de Sancho. Y mientras los ingleses disfrutan de su fin de semana acampados en ambos lados de la carretera, bajo la lona de sus tiendas, levanto tranquilamente el periódico.

Sopla el levante cuando las chicas de la Sección Femenina de Tarifa danzan «las tapadas». Elena Soriano toma notas. Los fotógrafos enfilan sus cámaras. Aplausos, felicitaciones, despedidas. Sí, señores; y otra vez al autobús. El tiempo va ganando nuestro terreno. Pasamos de largo por Algeciras. Nos detenemos unos minutos en Tarifa. José María de Quinto mira fijamente hacia el castillo de Guzmán el Bueno y me pone una mano compasiva sobre el hombro. No hacen falta palabras.

Y otra vez al autobús. El tiempo nos ha derrotado. Veier de la Frontera será en nuestro recuerdo como una de esas muchachas guapas que apenas entrevistas alzan el brazo y nos dicen adiós.

Ya de nuevo en Cádiz asistimos a la cena que nos ofrece el Ayuntamiento. A las danzas de la Sección Femenina. A la actuación de las famosas «chirigotas» que suelen amenizar el carnaval gaditano, y cuyas coplas, llenas de ironía y fresco humor, son una auténtica prueba de poesía social.

CÁDIZ, TRES MIL AÑOS CUMPLIDOS, QUÍMICAMENTE PURA...

Hoy hemos tenido media mañana libre para andar por Cádiz. Los más y los menos han alquilado un coche de caballos y han recorrido la ciudad. Angeles Villarta visita el mercado, pregunta precios y habla con la gente que vende y compra. Luis Antonio de Vega fuma un inmenso puro y observa los puestos de las pescaderías. Ramón Solís invita a Gerardo Diego, a Núñez Alonso y a mí a que visitemos la casa de un señor. De un señor de Cádiz.

—Tiene, que yo sepa, un par de cuadros de Zurbarán —dice Solís a Gerardo Diego, para animarle. Y Gerardo Diego no necesita oír más. No. ¡No estropearé el recuerdo de nuestra visita tratando de contar cómo eran los cuadros de Zurbarán, cómo eran los otros cuadros, cómo era la casa, y qué señor es el señor! Sólo diré que Gerardo Diego volvió a ver los cuadros, para despedirse... El autobús, el dichoso autobús, apretaba nuestro tiempo con más tensión aún de la que yo quisiera para apretar este apresurado diario. No hay tiempo. No hay espacio. Falta visitar las bodegas Terry, el homenaje a Muñoz Seca, la finca donde Alvaro Domecq nos ofrecerá una fiesta campera. Y hay que llegar a Jerez para asistir a la cena ofrecida por la Junta Oficial de la Fiesta de la Vendimia.

Es imposible hacer un resumen completo de unas Jornadas Literarias a través de cualquier provincia española. Por eso cada periodista se compromete a escribir más tarde un capítulo del libro que se editará después. Cádiz tendrá su libro, como lo tuvo el Maestrazgo y la Alta Extremadura. Ahora sería en vano ponerse a tamizar las impresiones y los recuerdos de cada día, de cada instante, y traerlos a la fugaz crónica del periódico. Gaspar Gómez de la Serna lo sabe muy bien. Ha capitaneado las Jornadas; ha sido muchas veces viajero solitario; ha escrito muchísimas páginas de caminos y posadas.

«Cómo es la blancura de Cádiz, la blancura del Puerto de Santa María? «Cádiz es una ciudad químicamente pura, sin campo ni suburbios...», nos dirá Ramón Solís.

Y Pemán nos dirá en sus versos:

«... lazo de humanidad y de
[armonía,
claro de gracia y múltiple de
[acento,
abierto a todo el viento
y a toda la ironía...»

Y la guía nos dirá que es la ciudad de los tres mil años bien



Sobre el abismo de la vieja Ronda, el homenaje de periodistas y escritores a Rilke

cumplidos. Pero cada escritor, cada artista, cada visitante, hallará un matiz particular. Y habrá quien tenga ojos dulces para las salinas, ojos quietos para los campos, ojos turbios para las bodegas. Y en el Puerto de Santa María buscará las huellas de Juan Ramón, de Alberti... Y por algo así surgirán las discusiones en el autobús, y Manolo Alcántara se enzarzará en una polémica con Ruiz Ayúcar a propósito del queso y de los versos, de Villalón y de la poesía.

¡Ay, el autobús! A lo largo de kilómetros y kilómetros de carretera, cada par de asientos se ha convertido en un reducto de compañerismo, en una alianza indestructible. Pero basta cambiar de sitio para que las polémicas tomen nuevos giros. El ambulante archipiélago de las butacas del autobús es una asamblea llena de fumarolas y volcans retóricos. Su anecdotario sería cosa de nunca acabar, de jamás quedar bien con nadie. Las coplas de Juan Pérez Creus, las teorías de Fernando Guillermo de Castro, los libros raros que va leyendo Baeza, la alegría de Eugenia Serrano...

Vamos de regreso, camino de Jerez. El asiento de Eusebio García Luengo está vacío. Nos dicen que ha encontrado otro asiento aun más neutral en el coche de Javier Clavo, entre éste y Juan Guillermo. Falta también Antonio Castro Villacañas: va en el coche de Luis Ponce de León. Y en el de José María Jové marcha, carretera adelante, Francisco García Pavón... Y Dámaso Santos se fue a dar conferencias a Murcia y Alcoy...

Cuando llegamos a Jerez estamos rendidos de cansancio y de sueño. Surge el problema de la descarga de las maletas, y aquí Ramón Nieto, Mellano Peraile, Tudela, Sordo y De Castro comprueban la insolidaridad del prójimo.

Estamos a punto de darnos por vencidos y tumbarnos a dormir en cualquier parte. Y he aquí que en estos momentos aparece Manuel Mur Oti y nos lanza una arenga sobre las dificultades del rodeje de «Duelo en la cañada», película escrita y dirigida por él mismo, y que mostrará una Andalucía totalmente nueva, tan nueva que ni los propios andaluces la reconocerán.

—¡La verdad! ¡Una Andalucía de verdad! —exclama Mur Oti. Y añade:

—Yo, que soy el único hombre capaz de resistir cualquier jornada literaria, yo os aseguro que diré la verdad de Andalucía! ¡No escribais nada! ¡No os molestéis en pensar! ¡Os emplazo para el estreno de mi película en el mejor cine de Madrid!

CORDOBA, EL AUTOBUS Y, A CASA

El epílogo de estas notas se cierra en Córdoba, con una escapada a la catedral. Somos un pequeño grupo de fugitivos del postre y del café. Carlos Soldevila nos acompaña como un joven más. Hago una fotografía a Gerardo Diego en la calle de Góngora. Y volvemos al autobús. Ahora, el deseo común es llegar



El autobús da vista a Arcos de la Frontera. Bajo las casas, en las rocas, anidan los buitres

a casa lo más pronto posible, poner en orden los recuerdos y los apuntes y, sobre todo, descansar. El libro de las VI Jornadas Literarias por la provincia de Cádiz es posible ya. Cuando aparez-

ca, será la limpia prosa de Gaspar Gómez de la Serna quien os lo presente, abriendo un prólogo generoso, entrañable, madrugador y seguro como todo lo suyo. Manuel PILARES



El recorrido a las famosas bodegas del Puerto de Santa María no podía faltar en la agenda de los excursionistas

UN MUNDO SILENCIOSO, UN MUNDO MEJOR



Está comprobado que los ruidos en las grandes urbes producen muchas sorderas y conduce a la locura

DOSCIENTOS SESENTA FISICOS, INGENIEROS, AUDIOLOGOS, NEUROLOGOS Y OTROS ESPECIALISTAS EN EL I COLOQUIO INTERNACIONAL DEL RUIDO

UN ENEMIGO PUBLICO EN LA CALLE Y EN LA CASA

DOSCIENTOS sesenta ingenieros, audiólogos, físicos y otros especialistas, se reunieron en París con motivo del I Coloquio Internacional del Ruido. De este primer cambio de impresiones ha nacido, con firmeza, el vocablo de «ruidancia», para expresar el grado de escándalo callejero de las explosiones en el campo de batalla o el de los ruidos

los talleres de metalurgia o serrerías. Que esta palabreja de la ruidancia no es una camelancia que se han inventado los científicos para pasar alegremente una semana en un simpático París primaverales, lo testifica la creciente preocupación del mundo entero por el agobiante problema de los ruidos, que orquestizan demoníacamente todos los actos, mínimos

o excelsos, que realizamos de día o de noche. Desde niños todos conocemos la flauta encantada del mago Hamelin. Tal leyenda, que en la infancia creíamos a ojos cerrados, modernas investigaciones en el campo de los sonidos están demostrando que no es un cuento más. En los laboratorios ultrasónicos se han matado ratas y ra-

tones en unos segundos por la acción de los supersonidos. En la época actual, a los hombres les está sucediendo la misma tragedia que a los ratones de Hamelin. Encantados por el irresistible influjo de la civilización, de la maquinaria y de la técnica, vienen siendo víctimas de su inarmónica sinfonía de ruidos. Ya ha quedado suficientemente demostrado que los ruidos son

una fuente inagotable de males. Los ruidos no afectan sólo al oído, sino también a la presión sanguínea y al sistema muscular. La presión arterial se desequilibra, las contracciones del estómago se hacen espasmódicas, el ritmo cardíaco y la respiración se modifica. En suma, el ruido actúa sobre la respiración, los latidos del corazón, la digestión y las asociaciones neuromusculares. Los ruidos intensos determinan reacciones generales no específicas que interesan al sistema neurovegetativo y endocrino y producen enfermedades.

Los alardes acústicos de nuestra civilización técnica son los culpables de muchas úlceras de estómago, de bastante inapetencias, de no pocas enfermedades del corazón, de frecuentes ataques y depresiones nerviosas, de agotadores insomnios. Los ruidos producen muchas sorderas y conducen a la locura a las personas predispuestas, provocándoles complejos de persecución. En algunas

ocasiones son hasta responsables de la muerte.

Una encuesta norteamericana ha demostrado que los niños criados en los barrios ruidosos alcanzan un desarrollo intelectual un 20 por 100 inferior que el normal, también más deficiente que el de los criados en barrios tranquilos.

Aquellos de servidumbre de la corte y alabanza de la aldea, no está en ningún momento mejor aplicado que aquí. Todo esto sucede en las grandes ciudades, en las urbes ruidosas, en donde vivimos y trabajamos amenizados por la radio a toda potencia del vecino, el pregón del vendedor ambulante que vocea su mercancía, la copla de la chacha de enfrente, los petardos de los gamberros de la calle, el lamento desconsolado de un niño, el ruido del ascensor, el runrún de la aspiradora, de la batidora y de la fregadora, el estridente chirrido de los desvencijados tranvías, los motores de un taller próximo, la perforadora que taladra el pavi-

mento de la vía pública siempre en obras, el confuso y trepidante rumor que se eleva de la calle, en que se mezclan gritos, risas, frenazos de autobuses y coches, y el escape libre de millares de motocicletas con matrícula blanca y verde... Esto es: el bronco alarido del infierno desbocado sobre la tierra.

340.000 SONIDOS DISTINTOS

Para que el oído humano pueda «oir» un sonido, deben cumplirse dos requisitos: que el sistema auditivo funcione a la perfección y que el sonido se halle comprendido dentro de unos límites o umbrales propios. Los que por su frecuencia o intensidad, se encuentren por debajo del umbral auditivo, corresponderán a sonidos que el oído no percibirá. En cambio, los muy fuertes o intensos que sobrepasan el límite superior corresponderán a sonidos que se «oirán con dolor». El hombre sólo percibirá aquellos sonidos o ruidos comprendidos en el área limitada por esos dos umbrales: el que produce la «sensación auditiva» y el que origina la «sensación dolorosa».

Dentro del área auditiva, limitada por un lado por el silencio y por otro por el dolor, el oído humano puede diferenciar 340.000 sonidos distintos. Pero las 24.000 cuerdas auditivas del oído tienen mayor sensibilidad para los sonidos comprendidos entre las 2.000 y las 5.000 vibraciones por segundo con un punto máximo en las 2.700, que es el *summum* de audibilidad. Y justamente la palabra y la música ocupan esta zona de máxima pureza con sus vibraciones. Por encima y por debajo se desata y desbarra el agrio imperio de los ruidos.

La unidad del nivel sonoro es el decibel, que mide una relación matemática. Pues bien, todos estos sonidos (palabras y música) se sitúan por debajo de los 80 decibeles, que es la medida sonora del ruido máximo soportable, sin riesgo ni molestia por el oído humano. Coincide con el estruendo que hacen las aguas que se desplomán en las cataratas del Niágara.

Pero en la vida de las grandes e industriales ciudades, en los campos de batalla y en las fábricas donde se produce febrilmente, las personas se ven muchas veces obligadas a soportar ruidos superiores, que, en parte, son lo que ya he referido, y cuya potencia ha sido medida en decibeles.

El nivel sonoro de una vivienda en calma viene a estar situado entre los 20 y 30 decibeles; una conversación normal adquiere comúnmente una intensidad de 40 a 60 decibeles, y un discurso 60 decibeles. Los ruidos de una oficina y de una calle un poco alejada del centro oscilan entre los 40 y 60 decibeles. Al incrementarse el tráfico, con automóviles en marcha, frenazos rápidos y arrancadas de autobuses, camiones y tranvías, el nivel sonoro sube de 60 a 80 y 90 decibeles.

Una calle ruidosa de Madrid (la Gran Vía), una estación de Metro, un tren que pasa, representan 100 decibeles de ruido. Un



Los tubos de escape. Otro de los escándalos callejeros considerado como uno de los enemigos de la salud

atardecer en la Puerta del Sol o en la Plaza de Cataluña, de 80 a 90 decibeles. Una mejora sensible ha representado la prohibición del cláxon, cuyo enmudecimiento reduce los ruidos callejeros en 10 ó 15 decibeles, pero todavía no se ha suprimido el ruido de una moto a las dos de la madrugada, subiendo por la cuesta de Atocha en Madrid o por la calle de Balmes en Barcelona, escándalo nocturno que despierta a millares de durmientes.

Para luchar contra esto existe una solución: el empleo obligatorio del silenciador en los motores de explosión, que, en todo caso, beneficia a todos, incluso a los motoristas ya que según la Federación Francesa de Motociclismo un buen silenciador apenas quita potencia a los motores de cuatro tiempos, y en cuanto a los motores de dos tiempos, aumenta ligeramente su potencia y disminuye su consumo.

En la calle todavía hay otros ruidos, como son el de las perforadoras que levantan el pavimento, las que alcanzan un nivel sonoro de 100 a 115 decibeles. Los aparatos de radio y sus amplificadores que a veces llegan a una potencia sonora que pasa de los 120 decibeles. Y sobre el cielo pasan raudos los aviones de hélice y a reacción, incumpliendo con frecuencia las ordenanzas de volar lo suficientemente altos para no molestar con sus zumbidos los oídos de los ciudadanos a los que hacen sufrir intensidades sonoras de 100 a 120 decibeles.

Los aviones a reacción son culpables de un grave descenso registrado en la producción de huevos en las granjas que están instaladas en las proximidades de importantes bases aéreas italianas. El ruido que de día y de noche hacen esos aviones ha acabado por trastornar a las gallinas de las granjas próximas. Lo peor es que los huevos que se destinan a las incubadoras resulta estériles. Como es lógico, muchos mas sufren los aviadores. La fatiga de los preparadores de los motores de aviación es consecuencia de las alteraciones que los ruidos y las vibraciones originan en el sistema endocrino.

Existe un nivel sonoro crítico, hacia los 160 decibeles, más allá del cual la cantidad de energía puesta en acción por el movimiento vibratorio viene a ser el fenómeno predominante y acarrea la muerte rápida del animal. La frecuencia parece quedar en segundo término, apareciendo lo mismo sonido audible que con ultrasonidos de baja frecuencia.

Por encima del nivel crítico existe, tanto en el hombre como en el animal una mezcla de fenómenos emotivos provocados por ruidos insólitos, pero no peligrosos en sí mismos, y fenómenos mecánicos o térmicos en relación estrecha con el movimiento vibratorio. Estas vibraciones se transmiten al esqueleto a través de los miembros y acentúan el daño sobre el organismo del oído. Por eso, para librarse de tanto ruido molesto y nocivo, no basta siempre con taponarse los oídos con algodón empapado en aceite de oliva, por que las vibraciones acústicas se perciben por todo el cuerpo y, so-



El llanto de los niños, así como los aparatos de radio a gran volumen, determinan reacciones que van contra el equilibrio del sistema nervioso

bre todo, por los pies, como ha demostrado el japonés Izí, transmitiéndose, como ya he dicho, por el esqueleto. Por lo tanto, si los ruidos no cesan, si los ruidos continúan aumentando, es muy probable que a los hombres les suceda lo que a las ratas de Hamelin.

EL SONIDO SILENCIOSO DE HAMELIN

La flauta de Hamelin, además de emitir sus armoniosos y cautivadores sonos, indudablemente emitiría también los llamados «sonidos silenciosos». Por su doble cualidad, de no poderse oír y de ser unos raticidas inexorables, dieron fama de mágicos tanto al instrumento musical como al flautista.

En la Física moderna se ha bautizado con el nombre paradójico de «sonido silencioso» (pero no absurdo) a un tipo de sonido de graduación tan mínima que el oído humano no llega a percibir. Los sonidos silenciosos o ultrasonidos, como se les conoce mejor, son iguales a los demás. Es decir, están constituidos por vibraciones clásicas de la materia, pero

necesitan un soporte, la materia precisamente, para propagarse.

La nota más baja del piano tiene 27 vibraciones por segundo. Y el hombre es capaz de oír hasta 17.000; los perros, 25.000 y 40.000 las langostas. Los murciélagos superan tales record acústicos, pues sus superorejas les permiten orientarse en la más completa oscuridad recogiendo las señales de tan misteriosas ondas, a la elevadísima frecuencia de 70.000 vibraciones por segundo.

Estos sonidos silenciosos son una arma de dos filos, lo mismo que muchas drogas, como la digital, el estrofantó y la estricnina, que lo mismo matan a un sano que curan a un enfermo. Dejando a un lado el aspecto terapéutico de los ultrasonidos, subrayaré aquí el hecho de que basta aplicarlo durante algunos minutos a ciertos animales como ratas (las famosas ratas de Hamelin), conejos y cobayas (que son de la misma familia) para causarle la muerte. Una de sus particularidades más curiosas es la que los animales de piel abundante, como los que se utilizan para hacer los abrigos de las damas, son

particularmente sensibles a su influencia. Al contacto con su piel, la energía sónica se transforma en calor y la bestezuela muere por coagulación inmediata de sus proteínas.

Sasonov, después de mantener durante cinco meses varias cobayas dentro de fábricas en las que el ruido era muy intenso, descubrió en las mismas alteraciones graves de la cóclea, con destrucción del órgano de Corti y degeneración de la neurona periférica. Dicho en palabras más profanas: Sasonov vio que sus conejillos de India enfermaban del oído y se quedaban sordos.

Esta experiencia nos introduce científicamente en el ruidoso y confuso mundo de las fábricas, en donde el ruido ensordecedor es la nota predominante.

EN LA FRAGUA DE VULCANO

Cuando una persona penetra en un ambiente excesivamente ruidoso, tal como el que reina en algunos talleres de metalurgia, telares, serrerías o astilleros, y permanece en él durante cierto tiempo la sensación ruidosa le produce un malestar que, pasados quince a treinta minutos, llega a desencadenar zumbidos en oídos, con sensación dolorosa en algunos casos, llegando incluso a provocar en el que lo sufre una sensación de laxitud física e intelectual que puede terminar con una sensación de malestar indefinible. Todo esto es debido al traumatismo sonoro producido por el ruido de las máquinas. Estas molestias, si el sujeto se ve obligado a permanecer en el ambiente de ruido, van cediendo con lentitud y al cabo de pocas semanas se habitúa por adaptación física y psíquica al ruido.

Se observa una mayor frecuencia de los traumatismos acústicos producidos por el ruido de las armas y de las fábricas. La detonación de un arma de pequeño o mediano calibre y el ruido de una máquina superiores a los decibelios pueden lesionar al mismo nivel las pestañas vibrátiles de las fibras nerviosas acústicas del oído interno. El disparo de un cañón a dos o tres metros alcanza un nivel acústico de 120 decibelios. Este es el más alto nivel sonoro que puede soportar el oído humano. Se observa, según la importancia del trauma provocado por una detonación o por un ruido intenso una hipocausia o deficiencia auditiva que sólo afecta a los tonos agudos. Esta afección puede curar espontáneamente o hacerse crónica. En caso de repetición prolongada de fuertes presiones acústicas se observa que la disminución de la agudeza auditiva tiende a englobar igualmente

los tonos de intensidad media, en tanto que los tonos agudos ya no se captan. Hasta el presente las medidas terapéuticas destinadas a conseguir la regeneración de las células auditivas lesionadas y de las fibras nerviosas correspondientes no alcanza resultados francamente positivos. Es posible utilizar la vitamina A, al menos en los casos recientes, ya que dicha vitamina participa en el metabolismo de los órganos de Corti del oído.

Otra forma del trauma está representada por lesiones producidas por la detonación de un arma de grueso calibre (ya citada) o por la explosión al aire libre de granadas, bombas, minas, etc. Se originan extensas lesiones a nivel del oído medio y una sordera de transmisión muy grave. Por otra parte, los desgarros de ciertas membranas delicadas del oído interno tienen por consecuencia una pérdida grave y definitiva de la percepción acústica.

El nivel sonoro soportado por los obreros y diferentes industrias y empleos es a veces elevadísimo, máxime cuando se trata de operarios que pasan gran parte de su jornada diaria en ambientes ruidosos que oscilan entre los 90 y 110 decibelios, como son empleados de ferrocarriles normales y subterráneos, caldererías, astilleros, serrerías, telefonistas, radiotelegrafistas, aquellos que manejan máquinas perforadoras y remachadoras o los que trabajan en los barcos de pruebas de motores de explosión o reactores.

Respecto a las máquinas-herramientas, recordaremos que el martillo pilón de estampar provoca un ruido de la intensidad de 130 decibelios; las remachadoras alcanzan los 115 a 130 decibelios. El martillo neumático y las perforadoras de túneles o galerías oscilan entre los 105 y 115.

La experiencia demuestra que los ruidos continuos son mejor tolerados y menos peligrosos que los discontinuos, y ello se explica porque en los continuos la función de protección encomendada a los músculos de la cadena oscilar se relajan después de los 45" de exposición al ruido, por adaptación de la corteza cerebral al ruido continuo. Sin embargo, en el ruido discontinuo si la excitación sonora no se sostiene hasta los 45" se producirá un ciclo completo de tensión y relajación, y hay un período de latencia durante el cual la cóclea no está protegida. Si el ritmo de los estímulos pasa de los 15 a 20 por segundo, se producirá la tetanización de los músculos oscilares, y si la acción sonora interminante persiste, tras la tetanización vendrá la relajación total muscular, dejando el órgano auditivo exento de protección.

Las vibraciones transmitidas por el suelo del taller, y con mayor motivo si son varias las máquinas que funcionan con gran intensidad sonora en la misma nave, contribuyen al aumento de la agresión auditiva.

PREVENGAMOS LAS SORDERAS PROFESIONALES

La Compañía Telefónica Western Union, después de «insonorizar» sus salas de transmisión, ha

comprobado una disminución de errores del 75 por 100, una economía de 20 francos por mensaje y una amortización de los gastos de «insonorización» en menos de tres meses. Y se calcula que el ruido hace perder a los industriales franceses unos 1.000 millones de horas de trabajo al año, es decir, unos 200.000 millones de francos de pérdida.

Weston y Adams realizaron investigaciones en industrias ruidosas, tal como es la fabricación de tejidos, y vieron cómo el rendimiento se puede elevar hasta un 80 por 100 si se consigue reducir el ruido en un 50 por 100; igualmente probaron que no hay realmente tal hábito a esa clase de ruidos, porque incluso en los obreros antiguos, en los que podría existir ese hábito, también se consiguió las referidas mejoras.

Eliminando previamente aquellos productores que por su mayor edad pudieran padecer alguna forma de sordera no profesional, la exploración de los trabajadores ocupados en talleres de industria pesada y por ello expuestos a ruidos más o menos fuertes, ha permitido descubrir en todos ellos, sin excepción, un defecto de la audición, esto es, una forma de sordera audiométrica comprobable, advirtiéndose una evidente relación entre el grado del defecto del oído, de una parte, y las horas de trabajo en el taller y la intensidad del ruido en éste, de otra. Además, se observaron serias disminuciones de audición en los lugares de trabajo en que el ruido se elevaba a 105-108 fones.

Un 40 por 100 de los trabajadores aquejaban también zumbidos pasajeros. Sin embargo, no eran en ningún caso tan intensos como para llegar a producir trastornos del sueño. Esto quiere decir que la maquinaria ruidosa es una máquina sujeta a un desgaste superfluo y nocivo del sistema auditivo.

Existen, según Kayter, dos niveles de ruido que pueden tomarse en dos sentidos diferentes como dinteles de seguridad: uno cuando el ruido enmarca la comunicación verbal o conversación, y otro cuando el ruido perjudica la función auditiva. El segundo es más largo que el primero, lo que complica la prevención. Hay diferencias individuales y distintas reacciones a ambos fenómenos. Cuando el ruido es intenso, instantáneamente se tiende a simplificar el vocabulario del trabajo, como transmisión de órdenes, advertencias, etc.

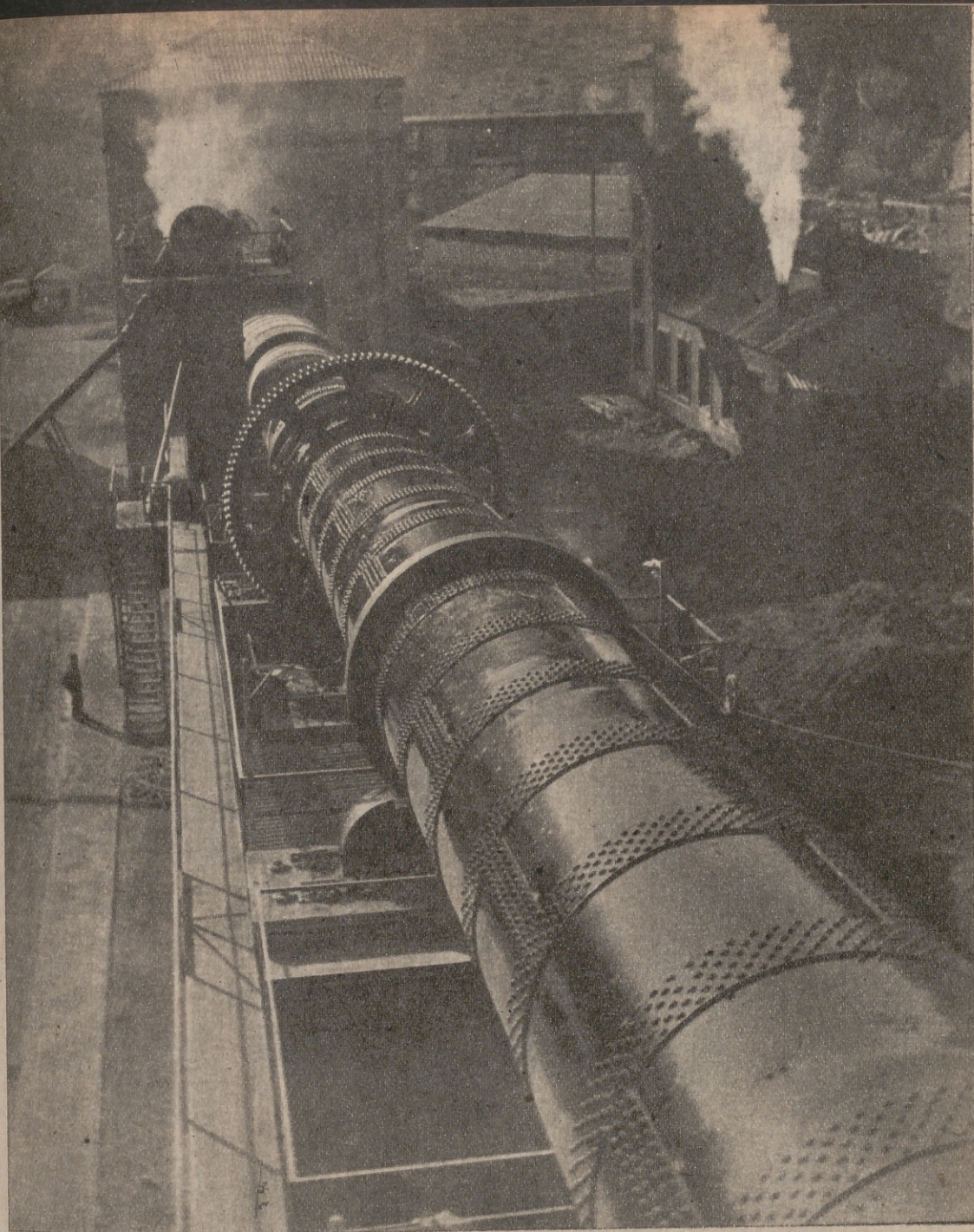
Los efectos del ruido se manifiestan por la elevación pasajera al principio del Lumbrai de audición, generalmente en forma de lagunas en las frecuencias de tonos altos, entre 2.000 a 6.000 ciclos por segundo. El grado de sordera tiene relación con la intensidad del ambiente ruidoso y con el tiempo de permanencia en el mismo, pareciendo ser, por tanto, un fenómeno de fatiga. El tiempo que se requiere para el normal restablecimiento de la función auditiva es proporcional a la intensidad y duración del estímulo, si bien llega a momento en que la recuperación está muy retardada. Muchos de estos fenómenos dependen del grado de vulnerabilidad del aparato acústico, distinto para cada persona.

SUSCRIBASE A

"EL ESPAÑOL"

Tres meses 38 ptas.
Seis meses 75 »
Un año 150 »

Administración: Pinar, 5
MADRID



Los ambientes más aptos para provocar la sordera son aquellos en que los ruidos de los grandes talleres contribuyen al aumento de la agresión auditiva

Los ambientes de trabajo más aptos para provocar la sordera profesional se encuentran entre los que se desarrollan en compartimentos cerrados o difíciles de ventilar, en los que originan atmósferas pulvulentas (minas, fábricas de cemento, etc.), en los que determinan cambios bruscos de temperatura, como sufren los horneros del pan o los fogoneros del tren. Entre todos los mecanismos productores de sordera el más importante es el ruido, del que ya hemos hablado al principio de este artículo. Otro trabajo típico productor de sordera es el de las operadoras de teléfonos, tanto por el constante ruido de fondo como con los agudos zumbidos de timbre y chasquidos y los que provocan las averías de líneas o aparatos que son agra-

vados por el absoluto cerramiento del auricular sobre la oreja.

Como quiera que el grado de vulnerabilidad del oído es distinto para cada persona, es muy conveniente en las industrias en las que existe el riesgo de ocasiónar sorderas la conveniencia de un examen previo del trabajador para conocer su estado y propensión a la sordera. Este permite seleccionar a los productores y facilitar en caso necesario la discriminación si la enfermedad, en caso de producirse, ha sido o no adquirida a consecuencia del trabajo. De aquí la enorme importancia que tiene el valorar el estado de cada oído por medio de las pruebas audiométricas al hacer la selección de individuos que se van a dedicar a una profesión donde existe un ambiente de ruido.

Las medidas que se deben adoptar para proteger al obrero en estas industrias peligrosas son las ya mencionada selección del trabajador, la preservación individual del mismo, la adecuada disposición de los locales de trabajo, el fraccionamiento de la jornada, la alternación de la labor en locales ruidosos y en locales silentes para el descanso del oído, y el debido acondicionamiento de los locales de trabajo, con sistemas de amortiguación tanto para los ruidos en sí como para los efectos de resonancia. Todas estas medidas deben adoptarse sin demora porque la sordera profesional, una vez adquirida, su tratamiento carece de eficacia.

Dr. Octavio APARICIO



HACIA LA GUERRA DE MELILLA CON UN GITANO

NOVELA por José ALFONSO

CUENTO veintidós años y estoy haciendo el servicio militar. Soy «cuota» de dos mil petetas y me falta poco para licenciarme. Cursa el otoño de 1921 y me hallo en la bella población de Cartagena, incorporado al bizarro Cuerpo de Artillería. El coronel del regimiento es pariente de mi madre y me ha «rebajado» de servicio e instrucción. Quiere mi tío hacerme oficial de complemento, pero yo le he dicho que nones. Sólo me interesa la buena vida cómoda, sin «formar» ni «marcar el paso», hospedado en el hotel Universal. Mido 1,75 de talla y una cantidad de centímetros bastante airosa en mi perímetro torácico. Tengo el pelo rubio y ondulado y visto muy chic. Además soy hijo de familia rica y llevo siempre una cartera como un acordeón. A mi tío el coronel, con la excusa de mis estudios, lo he engañado como a un mogol, que es casi decir como a un chino. Estoy a punto de acabar la carrera de Derecho y mi tío cree que me mato a estudiar en mi confortable habitación del hotel—por eso me ha «rebajado» de todo—, pero yo no doy un

golpe visual por los derroteros de Justinianos y Papinianos. No leo más que novelas en los escasos ratos que cultivo la mente.

En Cartagena se pasa bien y no pienso más que en divertirme. Hasta he hecho novia. Se llama Marita. Es una guayabo garbosa, muy guapa, morena, con mucha sal y metidita en carnes. Por la mañana, al filo del mediodía, paseamos por la calle Mayor. O nos vamos en una «motora» al Chalelet si hace buen tiempo. Por la tarde deambulamos por el muelle o nos metemos en el cine. Acompañados, claro es, por su madre o una tía, que nos vigila como un turco. No obstante, nuestro romanticismo, toreando más que Belmonte, siempre capea algún momento grato. Y lo voy pasando estupendo y tal. Después de cenar, viudo de novia, me enfrasco en las salas de juego y en los cabarets. Marita ignora este desdoblamiento mío.

Con mi tío el coronel no tengo más obligación que asistir a misa, pegado a su persona, todos los domingos. Y luego, comer en su casa. Mi ma-

dre, que es una señora muy católica, no de deja de recomendarle a mi tío en todas sus cartas: «Que no falte Javier a misa ningún domingo. Y que la oiga a tu lado para mayor seguridad. Es un buen muchacho, pero está muy dejado de la mano de Dios.» Pero me obliga «manu militari», a oír a su lado la misa todos los días festivos. Mi tío tiene prestantia militar, tipo gallardo y una barba gris muy decorativa. Posee «energía prusiana» para mando, pero sólo es enérgico en apariencia. En el fondo, en vez de corazón, alberga un flan. Es un hombre muy bueno, al que todos adoran.

La guerra de Melilla está en pleno apogeo. Dicen que los moros han entrado ya en Nador. Vienen los barcos abarrotados de heridos a la Península. Yo, con mi «dolce far niente»—la buena vida, mi Marita y el juego—, no me entero de nada. Como si viviera en el planeta Saturno. Algunos barcos descargan la carne joven y doliente en Cartagena. Y hay ráfagas de indignación y de pánico. Pero yo sigo en las regiones interplanetarias. Hasta que una mañana estalla una noticia bomba. ¡Piden tres baterías para Melilla! Corroboro la nueva fatal en el Cuerpo de guardia del regimiento. Mi nombre—Javier López— está en la lista de los expedicionarios. Noto de repente una sensación desagradable y observo que el estómago se me afloja. Un nombre terrorífico se me incrusta en la mente—¡Melilla!—y todo lo veo negro en mi torno. Ya es para mí una obsesión. Lo repito cerebralmente con pausa—¡Melilla!, ¡Melilla!—y siento sudores fríos correr por mi frente. Es el peligro que se cierne en lo más dulce y sonriente demi existencia. ¡Adiós rosadas ilusiones! ¡Adiós realidades tan sabrosas! Se me sube ahora el estómago a la garganta. Pienso en mis padres y en mi bella Marita. Acudo a ver al coronel. Me abraza enternecido y emocionado. Mi tía—una dama toda candeal y azúcar—me besa y llora. Van a telegrafiar a casa, pues nos las guillaremos en seguida. Hay gran revuelo en la población y las gentes marchan presurosas por las calles. En el hotel «no me pasa» la comida. ¡Y yo que me tenía por un valiente! Marita llora junto a mí cuando voy a comunicarle tan infausta nueva. Parece una Dolorosa piramidal. En un descuido consigo darle un beso.

—No me olvides, Javier. Escríbeme todos los días—me suplica sollozante.

—No temas. Te tendré al corriente de mi suerte—le prometo.

—¡Chiquillo, cómo te quiero ya!

—¡Corazón! ¡Ignoraba que te amaba tanto!

Después de cenar, un grupo de expedicionarios armamos una zaragata de miedo en el Triánón y en el Molinete. Los artilleros tenemos más categoría que los «pipis» y hay ramalazos de historismos en las tanguistas. Ruedan mesas, botellas y vasos. Llegan mis padres al día siguiente en un coche. Otra vez los besos y los llantos, pero ahora muy distintos. Mi padre, propietario en gran escala, me pone unos cuantos billetes de mil pesetas en la mano.

—Cuando te estableces en Melilla te abriré una cuenta corriente en alguna entidad bancaria—me brinda con trémolos en la voz.

En estos trances es cuando los padres se humanizan, se nos ponen más comprensivos. Nos regatean a veces la tela por una minucia y ahora se arruinarían por nosotros. El sentimentalismo les afloja la cartera. Mi madre no cesa de gimotear.

—¡Javierito mío! ¡Quiero tener todos los días noticias de ti!

—No te preocupes, mamá. Te escribiré en todos los correos.

Mis tíos no dejan tampoco de besotearme. El coronel ha llamado al comandante jefe de la expedición. Es un señor de estatura regular, rostro afeitado a la americana y con aspecto de buena persona. Saludos y presentaciones. Le dice mi tío con cierto énfasis:

—¡Comandante Peláez! No olvide que marcha con usted un hijo mío—y me señala a mí.

Nueva escena de suspiros y lloros a cargo de mis tíos y padres. Yo tengo la garganta en un puro nudo. Y los ojos muy tiernos.

—¡Mi coronel!—habla el comandante jefe—, su sobrino Javier será para mí como otro hijo más. Yo me consuelo ante esta prodigalidad caliente de paternidades nominales. Se va aproximando

do la hora. Hay un solemne tedéum en el templo del Carmen. Damas piadosas nos imponen medallas y escapularios y nos obsequian con tabaco y cajitas de turrón. Desfilamos, entre músicas toteras y aplausos atronadores, por las «ruas». Diviso a mi novia en un balcón y le digo adiós con la mano. Con un pañuelo se enjuga las lágrimas. ¡Si pudiera Marita venir conmigo! Hace una mañana espléndida, y el buen sol cartagenero nos quiere también despedir. Los vítores a la Artillería suenan estrepitosos. El pasodoble de «La banderita», después de brizar las dulces anatomías de las vicetiples del Martín, nos insufla ahora un jacarandoso patriotismo. ¡Rara dualidad y poder de la música! «La banderita» es nuestra «Marcha de Cádiz». He aminorado algo mi susto y parece que me invade cierta tranquilidad. Formamos en la explanada fronteriza al cuartel. El





gentio no cesa de aclamarnos. Pasa lista a los expedicionarios un capitán.

—¡Pedro Jiménez!—vocea.

—¡Lucas!—responde el nombrado, aireando con brio su segundo apellido, con arreglo a las ordenanzas de la Artillería.

—¡Andrés Cintas!—sigue el capitán.

—¡Alarcón!—remata gallardo el interfecto.

Y así hasta doscientos diez «individuos» que integran las tres baterías expedicionarias. Mi tío el coronel pronuncia una sentida arenga que hace titilar las lágrimas en todos los ojos y aprieta todos los corazones. Su figura arrogante y venerable es vitoreada con entusiasmo. De nuevo las lágrimas, los besos y los abrazos fuertes para mí. Presento a Marita, que está muy cerca, a mis padres. Y éstos la besan llorando, como si besaran una hija. Yo le endigo a Marita, aprovechando el momento, mi beso más puro. A mi lado forma un gitano llamado Montoya, un tío rayando los cuarenta diciembre. Es un prófugo incorporado a mi quinta. Un prójimo alto y negro como un tizón. Junto al mosquetón portea la guitarra. La parienta hipa compungida a su vera y tres o cuatro churumbes se le suben al calé por las piernas y los brazos.

—¡La fin del mundo ha llegao, jos míos!—les dice.

—Y entre tantos lloros estallan unas risotadas alegres. Otra vez el pasodoble de «Las corsarias» y nuestro desfile marcial, entre apoteósicas ovaciones y vivas, camino de la estación. A mi lado canta el gitano por bajines.

*A los pocos çhan quedao
en Nador me los destacan.
¡Ay, qué palo que te han dao,
Brigada Disciplinaria!*

—No seas cenizo, tú—le advierto—. Canta otras cosas más alegres.

—A ver si te gusta esto más, Javierito.

*En Almería
yo vi cambiar un burro
por un tranvía.*

Y reímos de buena gana los que andamos cerca de él.

La guitarra de Montoya es una esponja que recoge preocupaciones y penas. Ya estamos en el tren—línea de Granada—, entre un barullo infernal de risas y canciones. Las botellas de vino y aguardiente son también otras esponjas que van enjugando nuestros pesares. Con gran jaleo de voces cantamos una cosa que está ahora en camalelo.

*La novia que yo tenta
se fue a Alemania y no volvió.*

Le sorbería los sesos algún cabeza cuadrada. Se disiparon los ceños pensativos. Hemos dejado en la estación a los seres amados y vamos hacia la aventura. La guerra de Melilla se ha hecho antipopular. Las hecatombes de Annual y Monte-Arruit fomentan las campañas disolventes de los extremistas. Y el comunismo comienza a cercar la moral de las tropas. Cultiva también el descontento y las protestas en la población civil. A nuestro paso por los claros y rientes pueblos andaluces oímos gritos en los andenes de las estaciones:

—¡Muchachos, sublevaros!

—¡Os llevan ar mataero!

Nuestros capitanes empuñan las pistolas más de una vez. Cortan los incidentes el tren, que parte pronto, y... las coplas de Montoya que nos introducen en un mundo de jaleito. Ya no pensamos en nada. Vamos inconscientes, insensibles artificialmente alegres y un poquitín calamocenos. ¿Cómo le han llegado al calé tan rápidas las canciones que se cantan en Melilla? ¿Con qué presteza esta raza gitana asimila el folklore que lleva su acento! Gargantea Montoya ahora:

*¡Viva la Caballería!
¡Viva Primo de Rivera,
que en los llanos de Dar-Drio (!)*



*se batió como una fiera
después de encontrarse herio!*

El teniente coronel don Fernando Primo de Rivera pereció en Monte-Arruit, tras batirse bizarramente en las llanuras del Garet, en aquellas famosas cargas de la Caballería de Alcántara. Su nombre, con el de González Tablas, Sanjurjo, Millán Astray y Franco, anda ya en coplas populares. Son los héroes del romancero nuevo. Y altos exponentes del valor de una raza. El gitano es inagotable. Con su tipo de sepulturero—negro como el alma de un usurero judío—se marca sobre las tablas sucias del compartimento un zapateado imponente. Se le jalea a modo, con palmas de «colmao».

—¡Ahí estás tú, moro Muza!

—¡Eres grande, Faraón!

Yo me encargo de que no falte el bebestible, reponiendo líquido graduado en todas las estaciones. Me asaltan a ratos relámpagos de pensamientos. ¿Qué será de nosotros? Pero esto es muy complicado y difícil de explicar. Evoco las venerables figuras de mis padres y de mis tíos, la dulce imagen de Marita—¿habrá otra Marita en Melilla?—, mi sibirítica vida en el hotel y en los centros alegres de Cartagena... Durante unos segundos bailan estas evocaciones una danza en el parquet de mi cerebro. Pero, oído al parche. Va a cantar otra vez el calé. Ya pespuntea la guitarra:

*Las camisas que dejé
por Zeluán y Nador
se han venido ellas solitas.
¡No te causa admiración!*

Las carcajadas explotan juveniles. ¿Qué autolocomoción llevarían las tales camisas? Mis compañeros de batería celebran la copla porque ellos, en los dormitorios del cuartel, sabrán ya de ciertos bichejos que en Africa pueden llegar a tractores de prendas. Yo desconozco aún este «clima». Mi persona limpia, tan lavada y aseada, durmiendo sobre magníficos almohadones y colcho-

nes de pluma, entrará pronto en las zonas de la suciedad. Yo, Javier López, hijo de familia rica, futuro abogado, seré en breve pasto de la repugnante «miseria animada». Menos mal que mi vulgar apellido no sufrirá mucho desdoro con la invasión. Si al menos fuera un López de Hoyos, un López de Ayala o un López de Carvajal..., sería otra cosa. Pero mi segundo apellido, Martínez, es tan ratonero como el primero. Los López y los Martínez son los Pérez, con un peldaño más. Nada grande puedo hacer con mi López a cuestas. Ni siquiera otro chocolate como el celeberrimo de don Matías.

Sigue la bullanga en el tren. En leves paréntesis de claridad mental me preocupa mi suerte. Fumo, arreo y divago. Si no me «embosca» el comandante en oficinas ignoro lo que será de mí. He patinado sobre la mill y no sé una palabra de instrucción. La técnica de la artillería se me antoja caldeo puro. Ni siquiera he oído el disparo de un cañón. De «teórica» no sé tampoco una palabra. Mi tío me «rebajó» de todo. Desde la jura de la bandera sólo asistí, por mero compromiso, a una sesión de «teórica». Se explicaban las «obligaciones del sargento de semana». ¡Valiente cosa! No hace un caso de las suyas y se va a preocupar de las de los demás. Visité con mi tío una vez los fuertes. ¡Qué panorama tan estupendo se contemplaba desde la batería 14, emplazada en un acantilado, junto al «Mare Nostrum»! Más que un soldado era yo un turista. Y así me voy bandeando por ahora en la mill. ¡Cómo si fuera un turista de Marte!

Llegamos a Granada bastante cansados. Música en la estación. Desfilamos por las calles céntricas formados en «columna de pelotones». Mala postura para contemplar las bellezas de la Alhambra que se adivina, más que se ve, rebozada de verdes en lo alto. Otra ración de «banderita» aprobada por el entusiasmo de la multitud. Montoya lleva el paso cambiado, algo en la mili de una capital imponente. Nuestro capitán, un chiquillo imberbe recién salido de la Academia, muy virguero de uniforme, se da cuenta y se le echa encima al cañí.

—¡Cambia ese paso, pedazo de atún!

No está el léxico a la altura de su exterior. Rien alocadas unas jovencitas que presencian el desfile y se fijan en el lindo oficial.

—¡Huy, qué capitán más guapo!

—¡Qué jovencillo es!

Montoya, choteado, aún les dice de refilón a las muchachas.

—¡Y os jase gracia esa carcomanía?

Se alborota un momento el cotarro por la salida del calé y se pierden las risas y las muchachas a lo largo de la calle. Rancho extraordinario en nuestro honor. Oratoria de carril llena de latiguitos, en unos discursos patrióticos al final. Nuestro comandante jefe cumple airoso con su ración de palabra. Y otra vez todos al tren. Ahora, con rumbo a Málaga, donde embarcaremos. Se recurre al guirigay de canciones bajo un paisaje delicioso que apenas podemos saborear. Va cayendo la tarde. Montoya sigue animando los espíritus decaídos. No cesan de rodar las botellas de vinazo y aguardiente. La atmósfera del vagón, por el humo, se hace irrespirable. Yo llevo sembrado de tabaco al gitano cuya boca y nariz parecen dos chimeneas de los Altos Hornos. Se detiene el convoy más de la cuenta en una de las estaciones.

—¡Arrea ya, trenero!

—¡Tira p' delante, ladrón!

Son los pipros al maquinista. Parte el convoy con lentitud. Por fin llegamos a Málaga, ya de noche. Aquí no hay desfiles aparatosos. Un barco de carga nos espera en el muelle. ¡Qué poco le dice esta nave prosaica a nuestro brillante y guerrero atuendo! No podemos regodearnos con las bellezas ópticas de una tierra tan admirada. El Parque y la Caleta se confunden en una mancha oscura. Nos desprendemos, ya sobre cubierta, del macuto, del correa y del mosquetón. Un leve rancho frío y de nuevo las canciones. Montoya taceo por todo lo alto, marcándose y cantando una «soleá».

*¡Mala puñalá le den
a una botella sin vino
y a una casa sin mujén!*

—¡Eso es bailar, rubio!

—¡Qué pecho tienes pa un ladrillaso!

Siguen durante un rato el «bailoteo», el cante y los madrigales de los jaleadores. Se nota cierta humedad y yo busco un cobijo al lado de las máquinas. El barco parece inmóvil, pero ha salido ya del puerto. Nos dicen que no hay «mar de fondo» y que llevaremos un viaje feliz. ¿Pero se puede emplear esta palabra, feliz, camino de Melilla? El cansancio va rindiendo poco a poco a mis compañeros de armas. Unos minutos más y todos duermen y roncan. Yo cabeceo también. De madrugada contemplamos desde la borda un espectáculo maravilloso. Un sol rojizo, como las tierras que vamos a pisar, preside una hermosa escenografía de la Naturaleza. Ya tenemos encima el cabo de Tres Forcas. El encienito y ancho Gurugú se nos ofrece con su leyenda siniestra, como una incógnita. ¿Qué sorpresas nos reservará? Quizá sea uno de nuestros primeros «objetivos». Lo miramos con precaución, sintiendo cierto hormiguillo táurico —¡los toros y las guerras no traen parejas emocionales?— recorrerlos la sangre. Nos infunde miedo su historia. ¡Un monte tan bello y majestuoso! Dobra el Morro nuestro barco.

Gentío en el muelle ante nuestro arribo. Se nos espera con ansiedad. La morisma está farruca, muy cerca de la plaza, y hay que barrerla a «pildorazos». Le pregunta a Montoya, guasivo, uno de la Legión:

—¿Eres de «cota», moreno?

—¡Choteó ensima?—se le encara el gitano—. ¡Asín pames unas calenturas que te puedan freir patatas en la espada!

Y se arma el gran bollo de risas. A los sonos de la música, desfiliamos hacia la Comandancia. Aquí no hay «banderita», sino «Los voluntarios», del maestro Giménez. No sé por qué, este pasodoble me parece alemán. Grupos de paisanos se estacionan en las aceras y nos vitorean con fervor. Veo las primeras chilabas de «moros amigos» entre la muchedumbre. Soslayamos el típico barrio del Manlete. Al cruzar por la Plaza de España contemplo la espaciosa calle de Alfonso XIII y la arboleda del Parque Hernández. Melilla, de tan triste historia, es una ciudad alegre, bella y blanca. Los

músicos van echando los bofes y nosotros andamos bastante aspeados. Es mucha tela dos días seguidos de viaje, sin parar. Cruzamos sobre el puente el poético río del Oro —poético sólo el nombre— sin agua apenas, con el cauce lleno de suciedades. Antaño dicen que arrastraba pepitas auríferas. Hemos llegado a deshora. Rozamos el barrio del Tesorillo. Un cielo casi blanco con un sol cegador. Enfilamos la calle de Polavieja y salimos por fin a la Comandancia. Formación espectacular. Pasa revista el coronel y viene luego un arenga bélica. Es la tercera que llevamos mastrada en dos días. Rompemos filas y divagamos por la anchurosa explanada del cuartel, palenque de futuras instrucciones y de pesados servicios «policías». Otra formación para darnos un buen cal y medio chusco a cada uno, por si queremos hacer sopas. Montoya y yo hacemos nuestra primera incursión a la cantina. Pido dos copas de coñac. Hay dos hermanos, altos y morenos, al frente del negocio. La soldadesca, siempre gráfica y zumbona, les ha puesto dos motes de escama. ¡El Vivillo y el Pernaes! Son dos buenos retratos en un minuto. Un veterano que conversa con nosotros, le define así.

—¡Los tiras contras un espejo y se quedan caídos!

Apoya el juicio otro veterano, también radiólogo de almas.

—¡Hacen gárgaras con un armón!

Por lo visto, la coraza cutánea de los dos cantineros debe de ser de antología. Pernaes y Vivillo nombrados por estos motes, acuden esgrimidos sonrisas cuando los llaman los parroquianos. Tiene gracia el asunto. Se oye al azar.

—¡Pernaes, trae un vaso de aguardiente!

—¡Vivillo! Echa pacá unas sardinas en conserva!

De pronto, vocea un estreñido de metales.

—¡Pernaes! Dame una cajetilla de tabaco. Yo te la pagaré cuando cobre las «sobras».

Pero este capítulo tan difícil —créditos de la soldadesca— lo torea el Pernaes como dios.

—No le fio una gorda ni a mi pare. Luego cobráis las «sobras» y os marcháis de juerga al barrio del Real.

—No seas gañote, que no tengo un cigarro.

—Te fumas la punta de una escoba

Llamo al Vivillo y le pido dos perdices para mí y para Montoya. Dos café, dos coñacs y dos cigarrillos puros. He fraternizado con el gitano y le debo esta reparación por la constante euforia, en que me tiene sumergido. Lo que me sobran a mí, precisamente, son cuartos.

—¡Javierito, tú eres mi pare!—se enternece el faraón.

—¿Otro padre más?—pienso yo—. A mi lado no pasarás tú penas.

Cuando trae la cuenta el Vivillo, a Montoya le parece exagerada. Sale en defensa de mis intereses y le suelta al cantinero:

—Tú y el Pernaes no debíais de estar en Melilla.

—¿Dónde quieres que estemos?—pregunta el Vivillo curioso.

—En Seuta. ¡Pero en el penal!

El Vivillo no acusa en su faz el menor impacto de incomodo. Despega sonriente con mis patetas en la mano.

—Si esto es regalo, «paisas»—nos dice sobre la marcha.

A los pocos minutos se oye en la explanada la voz de un sargento:

—¡A formar!

Y después, ya formados:

—¡Numeración sucesiva! ¡Numerarse! ¡No quiero ver más que una fila de botones!

—Se oyen ciertos rumores bajos.

—¡Silencio!—grita el sargento con mal café—. ¡Al que oiga le pego una patada que le hago un nudo en el aire!

Y porque uno de filas vuelve la cabeza:

—¡No tuersas la jeta, lechuso! ¡Si te doy un guantazo te desencuaderno!

Se contienen las risas. Aunque los modos antiguos de estas «clases» quieren ser graciosos en sus conminaciones, si alguno suelta el trapo se le carga también. En la mili no hay originalidad. Se repite el mismo vocabulario desde los tiempos del general Prim.

—¡Oído a la pisada!—nos vocea nuestro capitán, que entra en escena hecho un cromo—. ¡Por pelotones, derecha! ¡Marchen!

Y ordena unos movimientos tácticos. En la mili

no conviene parar, y hemos de estar activos siempre. No se consiente el amodorramiento. Después de darnos un buen tute en la instrucción de cañón hay una sorpresa. Nosotros, artilleros de plaza, vamos a lidiar con material de montaña. Se nota el pánico en todos los rostros. Disparar piezas del 30—y más—desde los fuertes era tanto como torear desde la barrera. Manipular con cañones del 7,5 es acortar las distancias mucho, hacer el Belmonte y hallarse en mitad del fregado. Esto motiva en nosotros ciertas inquietudes, mas no hay otro remedio que apachucarse con lo que salga. Nuestro jefe no quiere operar con viejos morteros del año de la nanita. Mañana llegarán al parque, destinados para nosotros. flamantes cañones «Schneider» del 7,5, recién salidos de los «hornos» de Trubia. En la explanada hay una de estas piezas, y nuestro joven capitán nos explica su mecanismo ce por be. Yo oigo los términos de «reja», «cureña», «espoleta», «goniómetro», etc., como si fuera checoslovaco puro. Se distribuye el personal en cinco individuos por cañón, a cuyo frente irá un cabo. Lo de «cuatro soldados y un cabo» ha sufrido un leve aumento con esta modalidad. Oigo hablar de «apuntadores», «artificieros», «telemetristas», «sirvientes de cierre»..., en una jerga que se me figura el sánscrito. Y, como me pasa en muchas cosas, no me entero de nada. ¡Me quedo «in albis»! Yo no pienso más que en Marita. Por eso, al acabar la instrucción, me meto en la cantina, y en una mesa chapada de hojalata, llena de pingue y comida por las moscas, empiezo una carta así: «¡Marita de mi corazón!» Lleno las cuatro carillas del pliego con ternezas. Cuando acabo quiero escribir a mis padres. Pero lo dejaré para otro día. Además ya sabrán de nuestro arribo antes de llegar mi carta. Lo habrán leído en el «A B C».

Salgo a la explanada. Charlan y pasean mis compañeros. Aunque aparentan tranquilidad se nota en los rostros preocupación. ¿Cuándo iremos al «campo»? Esto, que en España representa la salud y la alegría, aquí puede ser el pase a la necrópolis. Nadie sabe nada de nada. ¿Haremos instrucción unos días más? ¿Saldremos pitando en un momento imprevisto? Los veteranos que están en la plaza, relevados del frente, nos dicen que la cosa está climatérica. Medio Gurugú se halla todavía en poder de los jametes. Y les oigo hablar de Sidi-Guariach, Cabrerizas, Sidi-Hamet-El Hach, la Segunda Caseta...; nombres que traen a mi mente la guerra de 1903, seguida por mí, siendo un muchacho, en las ilustradas páginas de «Nuevo Mundo». Me acuerdo del valeroso batallón de Las Navas, del fatídico barranco del Lobo, del general Marina, con su barba de algodón y uniforme de rayadillo. Estos uniformes han desaparecido ya, pero no las barbas respetables y bíblicas. El general Cabanillas luce ahora la misma barba de algodón del general Marina. Todo parece y todo revive igual con el rodar del tiempo.

El tiempo marcha como una tortuga. Los nervios jóvenes se destemplan. Viene, por fin, el rancho, que es bueno. Paella, naranjas y vino. Las moscas flotan en las sartenes, pero no hay que hacer dengues ni ascos. ¡Todo es química!, al decir de un oabo que se lo habrá oído a algún «cota». Yo me dirijo a la cantina y me sirve el Pernaes unos huevos fritos y unas lonjas de jamón. Después, otra perdiz, ahora en escabeche. Le pido el mejor vino, café, puro y coñac. Trabajan bien mis jugos gástricos y estoy inmerso en la euforia. ¡Melilla, por ahora, es un paraíso!

—¿Dónde te has dejao al carbonero?—me pregunta el Pernaes.

—Estará tumbado en el «pluma»—contesto yo.

—Ese tío tié más conchas que un galápagos.

—No debe andar mal de cutis.

—En cambio, tú se ve que eres un «cota».

—Eso parece.

—Y que tiés «pasta» para parar un tren.

—Así, así.

—¿Eres bilbaíno?

—No, manchego.

Ser bilbaíno es también en Melilla sinónimo de apalear los cuartos. Algunos vascos de «cuotas» han puesto aquí cartel de riqueza.

—Con «tela»—filosofa el Pernaes—hasta en el infierno se pasará bien.

—No he llegado aún ahí, pero estoy en el vestíbulo.

—Mas el Pernaes no taña mi sutileza. Tenemos

«paseo» hoy y todo el mundo se larga a Meilla hasta que el cañón de Camellos marque la hora de retreta con un zambombazo. Hay optimismo en los artilleros. Nada como una buena comida para alzar los ánimos. Además todos traen pesetas frescas de casa. Ya no se oyen lamentos en sus bocas como «Soy más desgraciado que el postigo de San Rafael», o «Tengo menos suerte que el Arco de la Caridad», con que en Cartagena asociaban sus estados psíquicos a la arquitectura vernácula. El gitano viene pegado a mí. Le suelto una «sábana» de 100 pesetas para que le gire a la parienta. Y le doy a él otro billete para «sus gastos».

—¡Javierito, jo mío, tú eres mi pare!—y me abraza con alborozo.

—¿Hijo y padre a la vez?—le interrogo zumbón.

—Sí, señó. ¡Eres una cosa mu grande!

Y tras una pausa entre mi risa:

—¡Permita Undebé que vivas más que un to-rero retirao! ¡Y que hasta los escusaos de tu casa jechen flores!

—Bueno, hombre. Ya te he dicho que me has simpatizado y que a mi lado no tendrás penas. Vamos a ver ahora cómo pasamos bien la tarde. Coge la guitarra y nos marchamos a una taberna del Barrio del Real.



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

PAISAJE E INDUSTRIA

Por Sylvia CROWE



ESTA nuestro industrialismo a ultranza destrozando el paisaje? ¿Constituye éste algo inseparable de nuestra existencia y necesario para ella? He aquí dos de las cuestiones fundamentales que tiene hoy planteadas el hombre moderno y que desde hace algún tiempo preocupa seriamente a artistas y hombres de ciencia. La primera edad industrial penetró sin escrúpulos en la Naturaleza y derrochó muchos de sus bienes, cuya posesión se nos mostró después como preciosa. El hombre además es mucho más complejo de lo que puede suponerse y su vida no se desenvuelve adecuadamente dentro de unas condiciones primarias y fundamentales. La estética es mucho más importante de lo que podría hacer creer un examen superficial y su papel en nuestro diario quehacer es también esencial. Estos problemas y otros muchos más son los que Sylvia Crowe estudia en nuestro libro de esta semana (*'The Landscape of Power'*), en el cual, a través de breves páginas, se enfrenta con el descuido que ha manifestado la Humanidad a este respecto. Todas las exigencias que plantea la vida industrializada no implican necesariamente una destrucción de nuestro ambiente natural, estima S. Crowe. Lo que ocurre es que el ritmo desmedido de nuestro progreso ha hecho a los hombres olvidarse de la necesidad de adecuar toda obra humana a la naturaleza en que vive. Y como demostración de su tesis, la autora considera uno tras otro todos los grandes procesos que tienen influencia sobre el paisaje: centrales de energía nuclear, presas y centrales eléctricas, líneas de transmisión, almacenamiento y conducción del petróleo, aeropuertos, etc., estimando las particularidades de cada uno de ellos, mostrando los errores cometidos y dando soluciones.

CROWE (Sylvia): *'The Landscape of Power'*.
'The Architectural Press'. Londres, 1958.

COMO consecuencia de las construcciones gigantescas y de las líneas de tracción, el paisaje de las Islas Británicas se enfrenta hoy con la mayor crisis de su historia. La progresiva tala de bosques; el cercamiento de grandes extensiones de campo libre y el explosivo desarrollo urbano del pasado siglo, cosas todas ellas que en las zonas afectadas han originado cambios enormes, no pueden, sin embargo, parangonarse con los efectos producidos por la invasión sin precedentes que significa el establecimiento de las desconocidas centrales eléctricas, los planes hidroeléctricos y los aeropuertos.

LA NUEVA EDAD INDUSTRIAL

Y su diferencia no es sólo de carácter cuanti-

tativo, en el sentido de que hayan dejado sentir sus consecuencias en un número mayor de cosas que sus predecesores, sino que en el sentido de que ellas se han extendido por todo el país, mientras que la desolación causada por la primera revolución industrial se limitó sólo a determinadas zonas.

La expansión industrial que originó en el siglo XIX el ferrocarril y las cuencas carboníferas se desenvuelve hoy desmedida a través de las carreteras y las líneas de tracción. La vida rural, que hasta hace poco menos de un siglo, era principalmente estática y estaba enraizada en el suelo, ha experimentado ahora un continuo movimiento y una creciente mecanización.

El tráfico concentrado entonces en los ferrocarriles no sólo se apodera hoy de las carreteras, si no que aprovecha extensas zonas de terreno para aeropuertos, los cuales a su vez exigen la elevación sobre las colinas de diversas torres de radar y otros medios de ayuda para la navegación aérea.

Como las nuevas sedes de energía, fisión nuclear, agua y petróleo, se encuentran ampliamente distribuidas por todas las Islas Británicas, el modelo cambiante de energía dentro del paisaje no tiene relación alguna con el viejo mapa industrial de Inglaterra. El nuevo mapa consiste en inmensas construcciones de refinerías petrolíferas, reactores nucleares y centrales de energía, y, dependientes de ellas, el gran conjunto de torres enrejadas de las líneas eléctricas, cuya masa forma una red que se extiende por todo el país, alcanzando incluso las zonas rurales más apartadas.

Nuestra generación censura crudamente a los industriales del siglo XIX por haber destruido tantos paisajes y por habernos dejado un legado de millares de acres de terrenos feos y abandonados, pero todo esto no va a ser nada en comparación con la pesadilla que le vamos a legar nosotros a nuestros descendientes si no tomamos medidas que concilien nuestras exigencias de energía con las necesidades del paisaje en que vivimos.

El paisaje del siglo XVIII era un auténtico reflejo de su economía, basada en la agricultura, en una sociedad agrupada alrededor del núcleo de la pequeña ciudad y la aldea, y de los cultivos, cuyos modelos eran las mansiones de la aristocracia terrateniente, propietaria de sus parques.

Inevitablemente el paisaje debe cambiar si reflejan la vida nacional, y por ello debe ahora dar idea de la creciente mecanización de nuestra economía, la mayor difusión de la riqueza y de un exacto conocimiento de la comunidad y de la movilidad cada vez mayor de la población. Ahora bien, mientras que estos cambios se han producido gradualmente durante el último siglo y medio, en estos momentos su ritmo se ha hecho tan intenso que sus efectos influyen no solamente sobre el arte y el paisaje, sino que constituyen un problema para toda la civilización.

tudes del ambiente rural. Las redes de hierro son una barrera más que se agrega a las que ya ponen las máquinas entre el hombre y su medio ambiente.

Existen dos tipos de edificios para el paisaje: el humanizado y el elemental. Todos los edificios cubiertos de alguna manera pertenecen a la primera clase. Y en la segunda se incluyen los puentes funcionales, las centrales eléctricas, las presas y las carreteras, que se adaptan al paisaje. Los edificios funcionales acentúan o contrarrestan el ritmo ambiental porque resaltan el valor humano y generalmente introducen líneas verticales y rectangulares, en contraste con las líneas suaves de la Naturaleza.

Las estructuras elementales rompen algunas veces la unidad del paisaje, pero no es necesario que ocurra así. Sus líneas pueden completar el ritmo e incluirse en el todo ambiental.

Las nuevas estructuras de las máquinas destinadas a la difusión del pensamiento representan una fase reciente de la evolución y que no puede dejar de ser reflejada por el paisaje. Ahora bien, puesto que no son toda la vida no deben de tener un papel predominante, y el paisaje, que encarna el lado orgánico de la vida, debe permanecer intacto.

Mientras que el hombre acepte las máquinas de la mente como algo que amplía y enriquece su vida, no se le debe permitir minimizar otros aspectos tradicionales de la naturaleza humana. Nuestro peligro actual radica en que las viejas experiencias sean desplazadas por otras nuevas, en muchos casos mucho menos ricas y vivas. Señalemos la tendencia a sustituir la imagen por la realidad. Las personalidades de la radio se han hecho más importantes que nuestra familia, y el reino del paisaje, la propia tierra ambiental de uno, es sacrificada por imágenes registradas o por fugaces visiones de todo el mundo. No podemos saber todavía dónde nos llevarán estas provisionales excursiones mentales. Sólo podemos saber que actualmente, aunque en algún sentido nos hayan producido algún enriquecimiento, nos han ocasionado una vida desequilibrada y precaria y que constituirán un peligro si nos permiten desasirnos de la comunidad orgánica terrenal. Por mucho que la mente humana se entregue a fantasías, sus pies deben permanecer enraizados en el suelo y no olvidar nunca que habita un cuerpo físico. Mientras este encadenamiento permanezca firme, las audacias de la mente humana serán geniales. De no ser así todo se convertirá en locura. Las enrejadas estructuras de los postes telegráficos y las líneas de transmisión sugieren la idea del andamiaje, ligereza, audacia y provisionalidad. Quizás ellas sean el símbolo de nuestra necesidad de apuntalar las nuevas ideas que evolucionan mucho más rápidamente que nuestra capacidad para consolidarlas y ponerlas a prueba. Es como si los hombres trataran de establecer una red de referencia sobre el paisaje, intentando así interpretarlo bajo una nueva dimensión, y mantener su significado en una tierra extraña.

Los artistas habían anunciado anticipadamente esta necesidad. Paul Klee había utilizado estas líneas para orientar a la mente en su nueva exploración. Nash colocó sus paisajes tras estructuras lineales, y los de Ben Nicholson son también composiciones lineales.

Redes de referencia pueden verse también en la arquitectura. Al salir de la nueva estación ferroviaria de Colonia, la gran fachada de la catedral es vista a través de la cuadrícula de la portada de cristales de la estación. Y lejos de disminuir la riqueza y la majestad del trabajo gótico lo revela con nuevo realce. ¿Conseguiríamos los mismos resultados si nuestros paisajes deshumanizados los viésemos a través de las estructuras de estas redes emparrilladas?

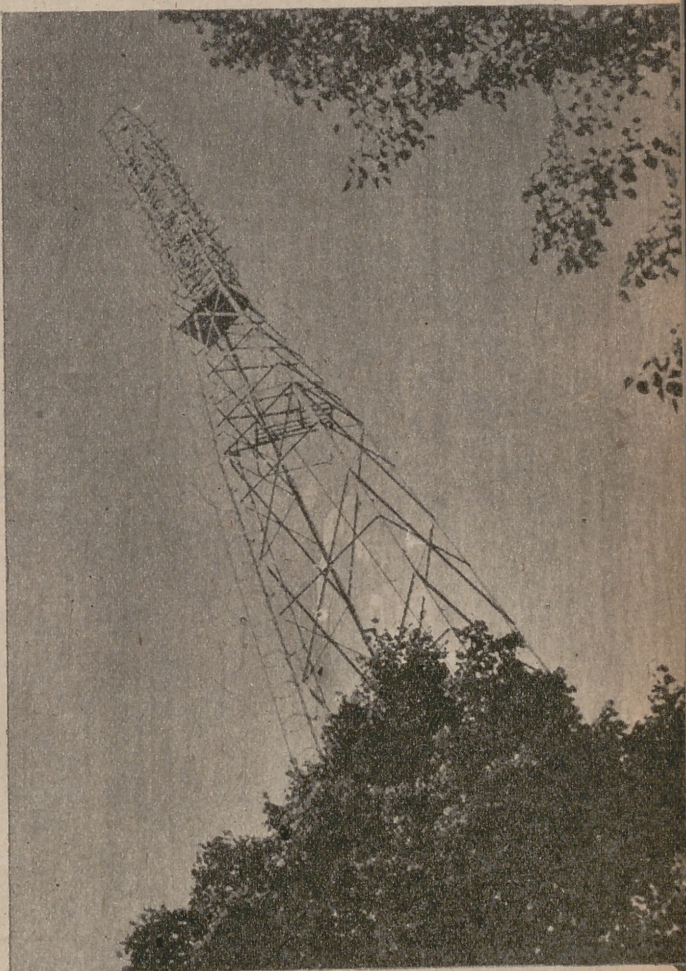
La simplificación y el refinamiento del dibujo de cualquier enrejado, tanto en la ciudad como en el campo, es una necesidad acuciante, sobre todo en aquellos lugares donde las estructuras aéreas pueden aceptarse. Claro es que existe una diferencia entre la cuadrícula de Colonia y las torres emparrilladas del campo. En el escenario urbano la impresión de mirar a través de una cuadrícula incrementa el realce y da nuevas perspectivas a la visión, como los atractivos de un patio español aumentan cuando se miran a través de una reja. En el campo esta interposición nos sustrae del sentimiento de contacto e identificación con la Naturaleza, que es una de las vir-

LA ENERGIA HIDROELECTRICA Y SU CLAVE

La energía hidroeléctrica es la única fuente de energía que ha realizado una contribución positiva al paisaje. Si la contribución es superada por el daño que causa, ello se debe en parte a su emplazamiento y al cariño que se experimente por la zona en que se construye.

Las presas son seguramente las más magníficas de todas las estructuras ingenieriles. En su más hermosa expresión dan al paisaje la grandeza impersonal de un glaciar o de un conjunto de rocas. Ahora bien, todas las estructuras relacionadas con la Empresa hidroeléctrica, sus torres, alambres y transformadores pueden llevar también la decoración industrial y restar grandeza a la presa. En una zona pequeña estos aspectos industriales son capaces de acabar con el carácter agreste, pero en las grandes extensiones, tales como las de las tierras altas escocesas, apenas si dejan sentir su influencia, sino que, por el contrario, las presas y los nuevos lagos que se forman constituyen un incremento constructivo y magnífico al conjunto.

La esencia de la naturaleza eléctrica la distingue radialmente de la solidez terrestre que nosotros adjudicamos a la energía del vapor. La electricidad es algo que pertenece más bien al aire, que circula a través de flexibles hilos o a través de la atmósfera, sin medios visibles de transporte. ¿Es inevitable que la difundida transmisión de la electricidad transforme los ambientes que rodean los lugares de donde nosotros la hacemos surgir? En muchos aspectos la transformación no ha significado más que ganancias. La electrifica-



Las torres emparrilladas de nuestras construcciones semejan a andamios para nuevas ideas

ción ha hecho mucho por mantener limpias las ciudades y las industrias, y en general su trabajo es muy silencioso. Visualmente sus resultados han sido menos afortunados, pero si se logran dominar los cambios introducidos no habrá medio de excluir los beneficios de la electricidad de ninguna parte del país. Se necesita tanto para la agricultura como para la industria. El radar y la televisión, una vez descubiertos, tienen ya un papel indispensable en la vida nacional. La cuestión está en qué paisajes son más afectados adversamente por las transmisiones eléctricas; cómo puede superarse esto por medio de la instalación y el dibujo de los modelos y cuántas posibilidades técnicas existen de ocultar o hacer subterráneas estas instalaciones.

Las instalaciones eléctricas constituyen quizá el más difícil de todos los problemas actuales relativos al paisaje, ya que por su naturaleza debe extenderse a todo el país y no puede ser localizado nada más que dentro de límites muy reducidos. Las siguientes cifras dan una idea del alcance del problema.

Solamente en 1957 había 7.000 millas de líneas de alto voltaje sostenidas por 30.000 torres enredadas, cifras que esperan doblarse en los próximos diez años.

EL PROBLEMA DE LAS TRANSMISIONES ELÉCTRICAS

Una completa solución desde el punto de vista estético sería colocar todo el sistema de transmisiones bajo tierra. Su coste en las actuales circunstancias sería enorme. De acuerdo con el tipo de terreno y el voltaje de la línea, el colocar todo el tinglado subterráneamente costaría de dos a seis veces más que el trazado aéreo. No obstante, si el ocultamiento de todas estas líneas fuese considerado como una necesidad de la vida civilizada, no hay duda de que la sencillez técnica encontraría el medio de reducir su coste y de hacerlo prácticamente posible. Actualmente su imposibilidad de realización, excepto en raros casos, es aceptado, y las facilidades dadas por el desarrollo intensivo de las transmisiones de alto voltaje hacen que el problema de los cables subterráneos sea extremadamente difícil.

Las nuevas instalaciones han aumentado también el número de estaciones de transformación, tanto las pequeñas como las grandes, y las posibilidades de colocar todo esto subterráneamente deberían ser consideradas como un asunto urgente antes de que el país se vea cubierto con estos campos de lanzas.

No hay duda de que si se descubriese que resulta ventajoso técnicamente colocar los cables bajo tierra, algo se haría, como ya hemos dicho, para que todo este procedimiento se generalizase. No obstante, mientras no ocurra así hay que aceptar la realidad del paisaje emparrillado.

Una cuestión muy discutida es la de si las líneas de transmisión deben seguir la dirección de las carreteras. Naturalmente en esto no debe tenerse criterio fijo, sino adaptarse a las circunstancias. Cuando la carretera está en cierto modo urbanizada es conveniente colocar las instalaciones a lo largo de la misma, pero, si se trata de campo a través, lo mejor será alejar ésta de la ruta, por si las circunstancias aconsejasen el trazado de ampliaciones o de nuevas orientaciones. También es aconsejable seguir el curso de las vías ferroviarias en aquellos casos en los que se haya optado por la electrificación aérea.

El lugar de la red en el paisaje humanizado es quizá más difícil de colocar que en el agreste. No hay duda de que aquella cambia el carácter de un paisaje basado en la agricultura. Si no destruye por completo su ambiente, lo transforma radicalmente. Aquellos que están acostumbrados al viejo paisaje consideran que las líneas de transmisión son algo incompatible con el mismo. Ahora bien, hay que reconocer que éste representa una nueva dimensión en el mismo y en la vida humana y que, por tanto, tiene su puesto allí. Es muy posible que las nuevas generaciones acepten esta imposición sobre el medio natural, representativo del esfuerzo cósmico cotidiano del hombre, como ya se ha aceptado el fondo acústico de un ruido perpetuo. De todos modos, siempre quedará por deslindar la distinción entre de si esta superestructura debe aplicarse también al paisaje agreste.

La consecuencia final es la de que todas las construcciones humanas deben ser capaces de ser

asimiladas por la escena humana. Naturalmente este criterio no tiene una aplicación absoluta. Ciertos lugares exigen una exclusión total de los productos de la edad de la máquina.

Otro problema, entre muchos, es el de la colocación de las torres, es decir, si éstas deben alzarse entre edificaciones o simplemente aisladas. En esta cuestión debe siempre tenerse en cuenta el ambiente y tampoco se puede adoptar un criterio invariable, aunque no debe olvidarse que la torre no debe nunca empequeñecer lo que la rodea, sobre todo si esto es digno de realizarse.

CONCLUSIONES

Si aceptamos que un buen paisaje constituye una importante parte de nuestras normas de vida como una buena casa, el transporte rápido y cualquier otro de los beneficios que pretendemos conseguir, ¿cómo conseguiremos asegurarnos que éstos no nos falle?

Nada podremos hacer si no aceptamos como algo indiscutible el punto de vista de que el medio ambiente que rodea nuestras ciudades es algo con lo que hay que contar si no se quiere que nuestras pretensiones para una vida civilizada resulten inútiles. A lo largo de este libro se demuestra que los pasos necesarios para salvar a nuestro paisaje son, de una manera técnica, relativamente simples.

Estos pasos se podrían resumir de siguiente modo: coordinación entre usuarios del terreno, colaboración entre científicos y artistas, en el más amplio sentido, reconocimiento de que el propósito cívico tiene su contrapartida en el propósito ambiental y la determinación de incluir los planes parciales en un plan nacional, considerando así el paisaje desde unas bases mucho más extensas que las que pueden marcar los proyectistas locales.

La primera condición economizará la cantidad de terreno destinada a cada uso y permitirá dar oportunidades que relacionen una estructura con la otra. Aunando necesidades para el trazado de carreteras y cercas y combinando recursos que permitan hacer colaborar al paisaje con las estructuras industriales que se edifiquen, se conseguirá constituir un todo unido funcional y estéticamente.

La perspectiva de totalidad y de bienestar que se desprende de las tierras densamente pobladas de Holanda y de las de Dinamarca, progresivamente desarrolladas, se debe en gran parte a esta adecuación conjunta de diferentes finalidades; cultivos y bosques se desenvuelven íntimamente relacionados con las construcciones urbanas e industriales.

La colaboración entre científicos y artistas es necesaria en ciertos casos para enfrentarse con las revolucionarias circunstancias actuales. El científico debe explicar al artista los puntos esenciales de la estructura y el artista debe exigir al científico que le resuelva ciertos problemas que ayuden a la evolución de un buen proyecto. Teniendo en cuenta la rápida evolución de las invenciones, es natural que no se haya logrado encontrar todavía las formas más exactas y apropiadas.

El tercer punto, el reconocimiento de que la arquitectura ambiental es un arte y una ciencia positiva, que debe aplicarse a la totalidad del conjunto, dará entrada a una concepción creadora que se impondrá sobre la actual creencia de que unos cuantos proyectos parciales, combinados con unas cuantas medidas protectoras, son suficientes para salvar el paisaje.

La escasez de tierras en las ciudades es una idea estimulante para carreteras de tráfico doble, garajes subterráneos y edificios altos. La misma sencillez se necesita en la mayor parte de las zonas industrializadas del país. Particularmente hay que estudiar las posibilidades de establecer estructuras subterráneas, libertando la superficie de los terrenos para emplearla en otros usos industriales o para dedicarla a terrenos verdes o campos de deportes. Existe ya la realidad de los depósitos subterráneos de carburantes.

Los obstáculos para conseguir estos fines son más administrativos que físicos. Pueden ser superados, indudablemente, pero, aunque requieren la intervención del Gobierno, ninguno de éstos dará los pasos necesarios si no recibe la petición pública.

DANIEL SUEIRO, UN ESCRITOR DE HOY EN LA LINEA DE LA SINCERIDAD

«LA REBUSCA Y OTRAS DESGRACIAS»: EN DOCE CUENTOS, UNA VENTANA ABIERTA A LA VIDA

LA mañana, en esta última hora, es clara. La gente va y viene, o se para en la barra de los aguaduchos a tomar cualquier cosa, casi al lado del asfalto, que empieza ya, por mayo, a despedir cierto calor negro. La gente de la barra de los aguachos o de las cafeterías tiene algo de común, tiene un aspecto que de algún modo es más o menos el mismo o parecido. Son la gente de la compañía de al lado, de ese edificio enorme que tiene encima una estatua. Daniel está aquí como podía estar en otro sitio; a Daniel Sueiro se le nota algo extraño y distinto que no puede decirse exactamente en qué consiste. Hay quien dice que Sueiro tiene pinta y talante de escritor inglés. Puede que sea cierto. Pero más allá, unos metros más arriba del mismo paseo grande, Daniel Sueiro seguiría con ese algo distinto. En el café de escritores a Daniel Sueiro podría tomársele por un escritor o por un deportista, por un hombre convaleciente o enfermo, o quizá por un estudiante venido de fuera. Daniel vino de Galicia no hace muchos años. Los justos para probar su firma como una de las más agudas y serias que pasan por los periódicos, y para poner su nombre entre los primeros de los escritores de la última hornada. Cuando Daniel Sueiro llegó de Galicia no era más que un estudiante, pero un estudiante que tenía que ver quizá más con sus propios textos que con los textos de la Facultad. Un estudiante que leía escribía y dibujaba, y aún tenía tiempo de meterse entre las gentes como Horacio, Demetrio, Martínez o Felipe, y compartir, en silencio, sus destinos vulgares y tristes como la misma vida.

Daniel Sueiro, en la mañana, a la salida del periódico, está con un grupo de amigos. Uno es experto o profesor de sociología; otro, director de escena, el tercero, sin oficio reconocido. Se habla de literatura, y Daniel calla. También se habla de teatro y quizá de la angustia del hombre, y de los estamentos sociales. Daniel Sueiro calla y mira como si estuviera más acá o más allá de estas cosas. Luego, cuando se habla de uno, Daniel Sueiro tomó la palabra.

—Ese es un gran tipo. Yo creo que hace bien, que...

Y siguió. Se hablaba ya de alguien de carne y hueso. A Daniel Sueiro, se ve a la legua, le importan más las cosas de los hom-





Ante los micrófonos de la radio, el joven escritor da sus opiniones sobre la actual literatura



Con su mujer, Daniel Suevo viaja por las costas del Norte de Africa

bres, las pequeñas o grandes cosas de los hombres de cada día que aquellas otras. Luego, de las cosas pequeñas y hondas él se remonta hasta esas sus ideas que, cuando las lleva a los periódicos le hacen ser uno de nuestros mejores articulistas.

PREMIOS «JUVENTUD» Y «CAFÉ GIJÓN»

En Santiago de Compostela, en sus años de estudiante de Derecho, Daniel Suevo escribe y dibuja para las revistas universitarias. Por Madrid comienzan a aparecer sus primeros trabajos. Artículos en los que hay ya esa sutil magia, esa fina manera de entender y de encararse como los hechos y los problemas. En el semanario «Juventud» su nombre se va haciendo destacar junto a los de la generación inmediatamente anterior. Sus artículos de entonces reflejan como los de ahora esa grandísima comprensión para lo que le rodea, que le hace preocuparse por todo y por todos. Daniel Suevo por entonces llevaba ya escritas algunas, si no muchas cuartillas.

—Escribía desde los catorce o quince años, o aún antes. Empecé a escribir como todo el mundo, creo yo, sin saber bien por qué. Uno de los títulos que me acuerdo de entonces era «Un burgués gordo».

Llegó Daniel Suevo a Madrid, La pensión, compartida con otro compañero; la pensión de ventana estrecha y libros apladados por los rincones. Las mañanas en la Universitaria. Y los folios, «La rebusca» es un cuento de este tiempo. «La rebusca» es un cuento grande, perfecto, formidable. Esto es más o menos lo que dicen los compañeros a los que Daniel Suevo lee los folios de «La rebusca». Un cuento, que ya, desde el empuce, tiene bien prendida la calidad. «La rebusca» empieza así:

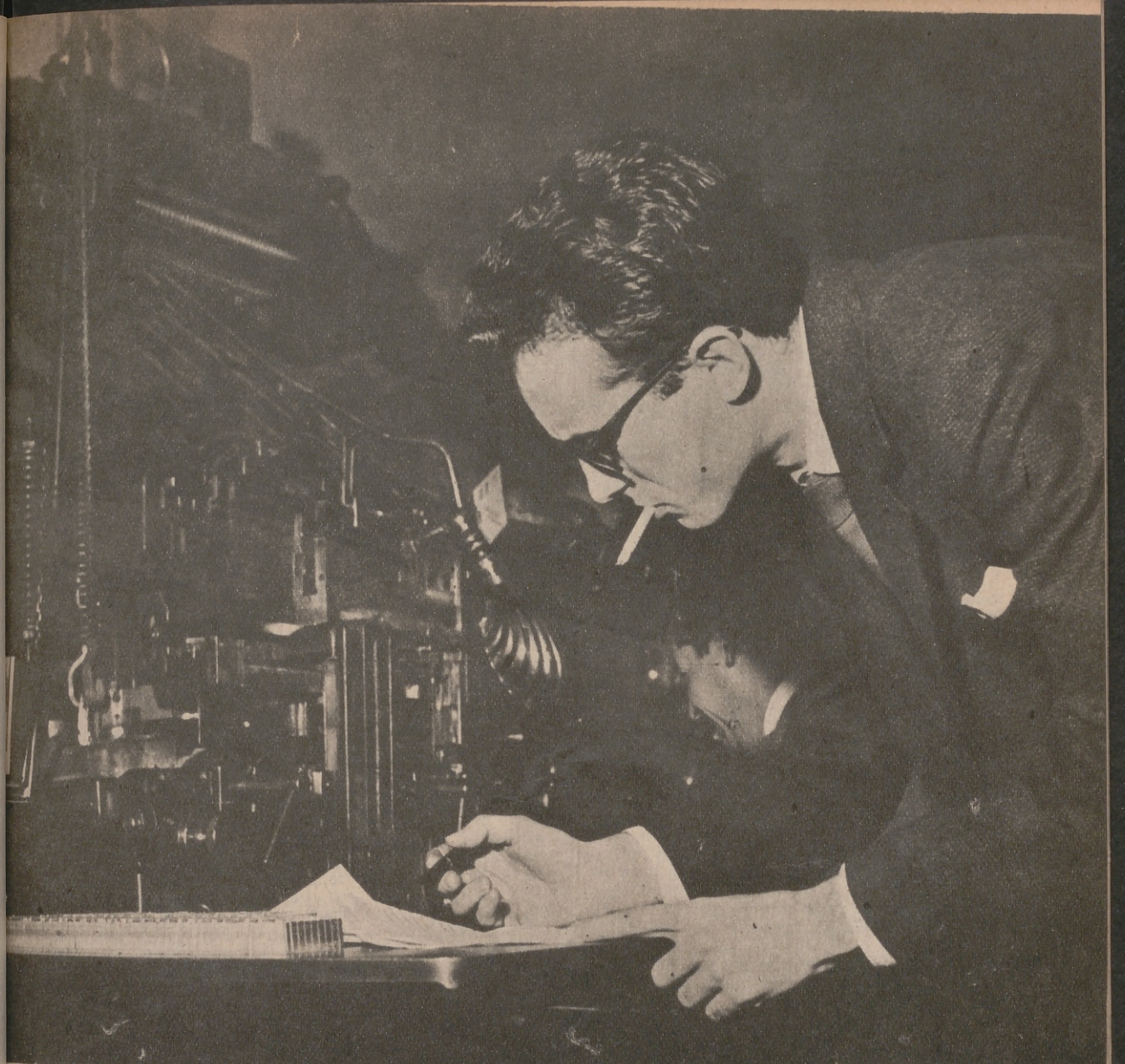
«En Tierra de Barros y en otras tierras, hombres, mujeres, muchachos y niños como estos recogen de la tierra los sobrantes y residuos de las cosechas: Esto se llama espiguelo, soutelo o rebusca, pero los leguleyos dicen «dius usus inocui». Cambian los granos de trigo por pan, El pan lo comen.»

Aquel año, 1956, el Jurado del concurso «Juventud» no tuvo problemas. «La rebusca» fue elegido premio «Juventud» unánimemente. En este cuento, al que los críticos luego sacarían ilustres ascendencias —Steinbeck, Faulkner, Cela...— estaba ya todo el imponente narrador que día a día confirmaría Suevo.

—Por entonces entré en «La Hora». Me llamaron cuando aparecí en esta su última época. Y lo que es más importante, por entonces me casé.

El Premio «Juventud» no era sino el primer reconocimiento a su talento de narrador y a su claro espléndido estilo. Un año después, «La carpa» ganaba otro Premio. El «Café Gijón» de novela corta. Y más o menos por el mismo tiempo «La herencia» era premiada también en Salamanca.

Daniel Suevo era ya nombre y fama en los medios literarios. Su firma se buscaba en los semanarios o periódicos «Arriba», «La Hora», «El Español», «Pueblo».



Desde hace años, el autor de «La rebusca y otras desgracias» alterna su dedicación literaria con la labor del periodismo diario

LA NOVELA Y EL CINE

«La carpa» es una narración intensa y limpia. Un trozo de la vida de unos hombres de teatro que ruedan con sus trastos por las secas carreteras de Castilla. Las vidas, miseria, caricatura, arte, trajín, de unos cómicos de la legua. Y entre todo, todo mismo, esa levedad triste, ese trasfondo, que siempre encierra la prosa de Sueiro.

«La carpa», además, dirían los entendidos, encierra un buen guión de cine. Daniel Sueiro con Mario Camus se puso a la obra. Y surgió «Fin de Fiesta». Uno de los premios del Sindicato del Espectáculo. El guión ha venido a parar después a manos de los hombres del cine y rodando, por sus propios méritos, hasta Fellini, el famoso director italiano. Fellini anda interesado en ese mundo de «Fin de Fiesta», que quizá muy pronto veamos en la pantalla, realizada por el hombre de «La Strada».

—El cine, aparte de que me gusta como espectador corriente, me interesa mucho. Ya sé que el cine es menos puro en cuanto a

creación que la literatura, por ejemplo. Pero hay cosas en cine extraordinarias, que uno piensa no se hubieran podido expresar de otra manera que por este medio.

Además de «Fin de Fiesta», Sueiro ha escrito para el cine «Los golfos», también con Camus y Carlos Saura.

—Claro que es distinto escribir un guión que una novela. Pero escribir un buen guión no es fácil ni mucho menos. Las películas, en principio creo yo que dependen de lo que sea el guión. Y hay muy pocas películas buenas. Hacen falta buenos escritores cinematográficos.

De repente, Daniel hace un giro en la conversación, sale por algún sitio que puede tener mucho o nada que ver con lo que venía hablando.

—Hay por ahí muy buen cine, cine sueco, cine ruso...

Uno piensa que esto es un recuerdo de viajeros. Meses atrás Daniel Sueiro anduvo por tierras de Europa. El va, luego cuenta, si le place, algo de lo que ha visto. Cuenta, simplemente, o comenta, como aquellas sus impresiones de Francfort o de la carretera de

Francfort o de la pácífica Suiza. El extranjero y España, claro. Por ahí ha ido, por algunos caminos; los del Sur, de sol y de caballos. Y los del Norte, los de su tierra, de verdes montes, de vacas gordas, de meigas que algo tienen que ver, sin duda, con la literatura. Luego le pasa esto, que aparece en la charla por uno de estos sitios, por un recuerdo cualquiera de alguno de sus viajes.

«ME CANSA MAS HABLAR QUE ESCRIBIR»

—Viajar es importante para un escritor o para todo el mundo. Pero para escribir, lo mismo da viajar o no viajar.

A Daniel Sueiro le gusta estar entre la gente. Entre cierta clase de gente, por lo menos. Le gusta estar muy cerca del viejo que va solo por la calle o de la mujer que vende hierbas y pipas en una cesta. O del viejo que va a veces feo o su vestido partido, o de la mujer que no merece la pena. Pasamos por la Castellana. El sol zumbonea con un runrún que es casi de verano. Los altavoces de la tómbola que

cantan números y canciones algo pasadas, ponen silencio en la conversación.

—Venite a casa a comer y a charlar.

Y a beber tanto como las dos cosas. Porque en casa de Daniel siempre se encuentra la bebida justa, la bebida apetecible en cada hora. La cerveza o la ginebra, el whisky o el vino tinto.

La música, la infantil y trasnochada música de los altavoces de la tómbola se ha quedado atrás. Pero el silencio sigue, apenas roto por la pequeña palabra indiferente para a go. Sueiro gusta de pasear ni de prisa ni muy despacio con la misma medida con que sueñen hacer todas las cosas; de pasear en silencio.

—A mí me cansa más hablar que escribir.

Lo dice con un pequeño gesto de enfado, como una muestra de lo cansado que es explicarse. Y añade.

—Yo me callo porque tengo mucho que escribir.

Es difícil decir donde justamente acaba y donde empieza la ironía en la conversación de Sueiro. A veces hay que adivinar la más allá de las palabras, muy por detrás de sus gafas gordas, en un como hilillo brillante de su mirada. Cuando la conversación se muere, con Daniel Sueiro siempre se piensa que bien muerta está. A veces él añade a go que puede referirse a la literatura, al periodismo o a cualquier otra cosa.

—Yo no sé para qué hablar tanto para repetir siempre los mismos lugares comunes.

«LA REBUSCA Y OTRAS DESGRACIAS»

En los escaparates de las librerías hay desde hace algún tiempo un libro con el nombre y la estampa de Daniel Sueiro. El libro

se llama «La rebusca y otras desgracias». Un título que es como una muestra de la literatura de este escritor de veintisiete años. Las otras desgracias que acompañan en el tomo a la familia del espiguelo han salido de sus manos no hace mucho. Las hemos ido viendo aquí o allá, en una revista o en un diario. Las otras desgracias se llaman «Los cómplices», y «Felipe el marciano», y «La cansera», y «El maestro», y «El egoísta»... En total, doce cuentos. Doce cuentos en los que «iba él a la rebusca y ha cosechado alguna de aquellas experiencias de dolor que llenan los hondos vacíos de los que esperan bien y los que esperan mal».

Doce cuentos que son también como «una ventana abierta a la verdad o una ventana abierta hacia dentro, como un espejo».

—Yo creo cuando escribo en serio que me reflejo, que pongo mucho de mí mismo.

El libro tiene muy poco tiempo de vida; está, como las películas, recién estrenado. Un libro en la calle es algo muy importante, algo que merece siempre a felicitación.

—Pues mira, no estoy contento. Yo no sé, como va está escrito parece que importa menos.

TRABAJO Y COLECCIONES

Daniel Sueiro dedica la tarde a escribir. Dedicla la tarde a la literatura. Por la mañana, la redacción o el paseo. Su cuarto de trabajo no es grande ni pequeño. Es un cuarto más bien opaco. Un cuarto en el que no hay resquicio para otra cosa que no sean los libros o las letras. Para la charla, Daniel Sueiro tiene otra habitación inmensa, en la que ahora, por mor de los niños, en vez de libros y botellas hay y perros de trapo, osos y tranvías, inútiles y pequeñas canastas medio rotas. Es la habitación de la mesa de cristal, del cuadro de Sáez, de los jarrones incas de las interminables y, sin embargo, cortas horas en el diván gris y largo.

En el cuarto de trabajo hay muchas cosas. A uno lo que más le destaca son los cuatro poemas de la pared. Cuatro poemas con su cristal y su marco negro y fino. De ellos uno sólo recuerda aquel que empieza. «Oh, joven doloroso, joven triste...». Y de los nombres, los de Machado y Ridruejo. La estantería está bien repleta de libros. Todavía faltan muchos, algunos andan por casa de los amigos. No es de todos modos una biblioteca imponente, una biblioteca de erudito. Los lomos enseñan todo lo que anda en boca y manos de un escritor de hoy. Aparte los clásicos y los 98, los Steinbeck, Faulkner, Kafka, Sartre, Camus, Pratolini, Mann, Hamsun, Hesse, Cela, Aldecoa... Y aparte de la literatura, filosofía. Tratados filosóficos, ensayos de diversas épocas.

—Yo leo poco y leo de todo. Me cansa y me divierte menos leer que escribir. Sí, yo creo que escribo más que leo.

Aparte de los libros, los poemas, la gran pantalla, están los ceniceros y los cartones de las marcas de cerveza. Hay ceniceros de todo el mundo, o por lo menos

de toda Europa, Ceniceros de Avila y de Darmstadt, ceniceros de Oranse y de Bruselas, de Ginebra o de Bonn, de Tarragona y de Lougres. Ceniceros de formas simples redondos, exagonales o cuadrados, y ceniceros de extrañas proporciones y raros contornos. Ceniceros en los que se lee «calle de la Sierpe», y otros en los que es imposible deletrear su procedencia.

—Todavía tengo pocos. Me quedo con los que puedo sean de donde sean, y aunque sean repetidos. Es un deporte muy peligroso: es un robo.

Sobre la mesa, en una carpeta más bien usada, aunque no vieja, tiene Daniel los folios de una novela larga, «Fuera de cuenta».

—Explicar la novela es muy difícil. Estas cosas hasta que no se leen no puede enterarse nadie de ellas. ¿Cómo te diría yo? Si esta novela tiene una tesis es la de la negación... Quizá la presente a algún concurso. Los concursos literarios son un camino fácil para los jóvenes. Y el dinero hace falta siempre. Sí, seguro que la voy a mandar a un concurso.

LITERATURA Y LITERATURA SOCIAL

También por mor de los niños, hay que beber con los brazos en alto. Los vasos son largos como un tubo, y los niños ancan a por ellos. Esta tarde Daniel Sueiro no trabaja.

—Yo creo que la vida es todo, y que es más importante que la literatura. Los amigos..., en fin, esto, tomarse una copa, son cosas muy importantes. A mí me gustaría tener todo el día libre para escribir, poder dedicarme a escribir lo que yo quiero. Espero que lo pueda hacer alguna vez y aparte de la literatura, sin tener que hacer nada más, estas cosas de la amistad o la charla...

De literatura, precisamente. Daniel habla poco. Pero esta tarde —a eso estaba uno—había que decir algo.

—Sigo pensando que es muy difícil citar los mejores nombres de nuestros escritores. Además, cada uno tiene razón por su parte. También sigo pensando que no está claro ese gran momento por el que dicen que atraviesa nuestra novela; quizá es que todavía la gente es joven.

Daniel Sueiro bebe, apoyado el codo en la rodilla, los zapatos a la altura de la mesa. Tiene en la frente una arruga vertical justo hacia la mitad de las gafas. Hablamos de la gente de hoy, y a Daniel Sueiro le cuesta trabajo citar nombres.

—Yo personalmente no estoy unido a nadie, a ningún grupo literario ni a ninguna persona. Le tengo respeto a unos cuantos nombres que no son precisamente los que más salen en los periódicos.

Con los nombres se barajan ideas, tendencias literarias.

—A mí me interesa mucho la literatura de los hombres jóvenes; yo de estar con algo es con esta manera de entender la literatura, social y realista.

Manuel MORALES



Sueiro, miembro de un Jurado literario, en las votaciones, entre F. Sáez y López Pacheco



ENTRE BURGOS Y SANTANDER, EL TUNEL MAS LARGO DE ESPAÑA

En el mapa, el trayecto de los 63 kilómetros que faltan para terminar la construcción del ferrocarril Santander-Mediterráneo.—1: Estación de Santelices, inmediata a Ciudad-Dosante, punto de partida de este tramo.—2: Túnel de la Engaña, de 6,944 metros, que acaba de ser abierto.—3: Túnel del Pandillo, de un kilómetro.—4: Túnel de Brenilla, de 1,400 metros.—5: Túnel de la Braguia, de 2,100 metros, que separa la divisoria del río Pas del río Pisuéña.—6: Estación de Villacarriedo.—7: Sarón, estación.—8 y 9: Trayecto de 21 kilómetros cuya explanación está totalmente realizada.



El Director general de Ferrocarriles y las primeras autoridades burgalesas y santanderinas, durante el acto inaugural del túnel de la Engaña, del ferrocarril Burgos-Santander-Mediterráneo, el mayor de los túneles españoles

UN PASO ADELANTE EN EL PROYECTO DEL FERROCARRIL DE MAR A MAR

¿MAS ferrocarriles? ¿Y por qué no? La noticia de la perforación del túnel de la Engaña—el más largo de todos los túneles españoles—nos brinda la oportunidad de un comentario en torno de este tema ferroviario; singularmente de la ansiada culminación del proyecto del ferrocarril Santander-Mediterráneo. O, si se prefiere, también como se llamara antaño—aunque el itinerario no sea el mismo—, del «Ferrocarril del Meridiano», porque la esperanza de

la realización del camino de hierro Santander-Burgos es el sueño dorado de tres generaciones de españoles interesados en la obra, de diversas provincias castellanas y aragonesas, por lo que se va a ver en seguida. A la postre, el primer ferrocarril citado, Santander-Mediterráneo, es una «línea férrea de mar a mar». El otro, el llamado del «Meridiano», unirá Santander a Madrid según el más corto itinerario. Cosas distintas, desde luego, pero muy relacionadas entre sí. Porque el

primer ferrocarril citado, el de «mar a mar», en realidad está construido y en servicio hace mucho tiempo, salvo que muere en Ciudad-Dosante, localidad burgalesa, sin culminar—extraña y absurdamente—su itinerario completo, para morir así, sin honra ni provecho, al pie de las Sierras Cantábricas y montes de la Engaña. Unir a Santander con el tramo—ya en servicio en suelo burgalés—del ferrocarril Santander-Mediterráneo significa, pues, resolver a una dos grandes proyectos y dos grandes ilusiones. Dejar definitivamente unido el gran puerto cantábrico citado, el mejor, por sus condiciones naturales, de todo el interior, con el Mediterráneo, por Burgos, Soria y Calatayud, y dejar unido al mismo tiempo también el puerto santanderino con Madrid por el camino más breve. Santander y Valencia son, en efecto, las dos salidas más cortas al mar de la capital española; una resulta ser así, naturalmente, la puerta madrileña en el Cantábrico; la otra en el Mediterráneo. Toda otra solución es contranatura, artificiosa, más cara y, por tanto, mala.

SIETE KILOMETROS DE LARGO

El túnel de la Engaña era el gran obstáculo natural que se alzaba para culminar este ideal. La Castilla del mar—la Montaña—se separa de la Castilla del interior—la de la meseta—por la masa ingente de las sierras Cantábricas, que si se elevan poco sobre esta altiplanicie, caen rápidas e intrincadas, entre verdes praderas, arroyos cantarines y selvas tupidas, hacia el mar. El túnel de la Engaña tiene casi exactamente siete kilómetros de longitud. ¡Siete kilómetros horadados ya en la serranía brava, con una boca en Burgos y la otra en Santander! Hay en el mundo túneles aún más largos. Es exacto. El Simplón tiene 19.803 metros; el Vernio, 18.507, y el San Gotardo, 15.003. He aquí las obras de fábrica alpinas más importantes de los caminos de hierro. En los Estados Unidos, el túnel de Cascada mide 12.500 metros. En Nueva Zelanda, el de Otira, 8.650. Y, en fin, en Argentina, para hablar sólo de los colosos, el Transandino tiene 8.100 metros.

La gran enemiga de la red ferroviaria española—y de las comunicaciones peninsulares en general—es nuestra topografía. Para 18.000 kilómetros que tenemos, poco más o menos, de caminos de hierro, trozos perfectamente horizontales sólo existen a lo largo de 2.650 kilómetros, mientras que otros 10.168 de vía ancha están tendidos en rampa. Para el mismo ancho de vía hay 8.641 kilómetros en línea recta y 4.177 en curva. Semejante servidumbre topográfica en nuestra red ferroviaria—que la hace costosa en construcción, débil de rendimiento y cara en explotación—se traduce asimismo en la existencia de 3.801 puentes y 871 túneles, con una longitud total de 249 kilómetros, equivalente, aproximadamente, a la distancia que separa a Madrid de Burgos.

La construcción del túnel de la Engaña no ha sido empresa fácil. Ni por las turbulencias de nuestra política ni por las circunstancias técnicas de la obra. Se perforaron 3.100 metros desde la zona Norte y 3.476 desde la Sur. En total, 6.976, justamente la longitud del túnel. Han debido construirse poblados especiales, en plena montaña, para los trabajadores—unos seiscientos trabajan actualmente—y se han invertido en la obra 250.000 toneladas de hormigón. Ha costado la perforación «300 millones» de pesetas y alrededor de seis años de tarea, en la que han alternado dos Empresas; la última—la llamada Portolés—ha superado felizmente la obra. La construcción ha costado la vida, en accidente, a diez obreros; otros dos accidentados han quedado inútiles y, en fin, no han faltado los lesionados de rigor en tan magnos empeños. Pero la terminación de esta obra augura un magnífico epílogo. Santander queda apenas a 31 kilómetros, de cuya distancia la explanación del ferrocarril se ha realizado a lo largo de 21 kilómetros. Resta aún por medio mucho por hacer. Pero, sin duda, se ha vencido decididamente no sólo lo mayor, sino la más grave dificultad de la obra. ¡El anhelo castellano-aragonés del gran ferrocarril está próximo a su satisfacción, al fin! Un anhelo mantenido vivo de abuelos a nietos y de importantes y legítimos intereses castellanos y aragoneses.

LA IDEA SANTANDER-MEDITERRANEO

La verdad es que no hay grandeza sin historia. Historia no le podía faltar, ni ciertamente le falta, al ferrocarril de Santander a Burgos. Allá a finales del siglo XIX, cuando Santander era el gran puerto castellano por el que se embarcaban las harinas de Castilla para Ultramar—construido poco antes el ferrocarril Santander-Alar, que luego se convertiría en el Santander-Madrid, por Palencia, Venta de Baños, Valladolid—, una cuestión de tarifas de esta línea provocó el primer movimiento en la Montaña para construir un nuevo ferrocarril directo de Santander a Burgos. Este ferrocarril, prolongado con el proyectado, y aún no terminado, de Burgos a Madrid, siguiendo casi un círculo máximo—de aquí el nombre de «Meridiano» que se le dio—, acortaría el trayecto actual de Madrid a Santander, de 512 kilómetros, al menos en un 20 por 100, esto es, alrededor de 100 kilómetros, lo que, sin duda, no era despreciable. Los estudios comenzaron en seguida. Un Sindicato constituido al efecto encomendó los proyectos del caso al ingeniero señor Riera, allá hacia 1889. Burgos quedaría de este modo de Santander a 164 kilómetros. El camino de hierro proyectado seguía un itinerario distinto al actual previsto, ya que ascendía a la meseta por el valle del río Asón, cerca ya de Vizcaya, y pasaba a aquélla por el puerto de Los Tornos (793 metros). Pocos años después una ley aprobaba la concesión. Pero en seguida estalló la guerra de

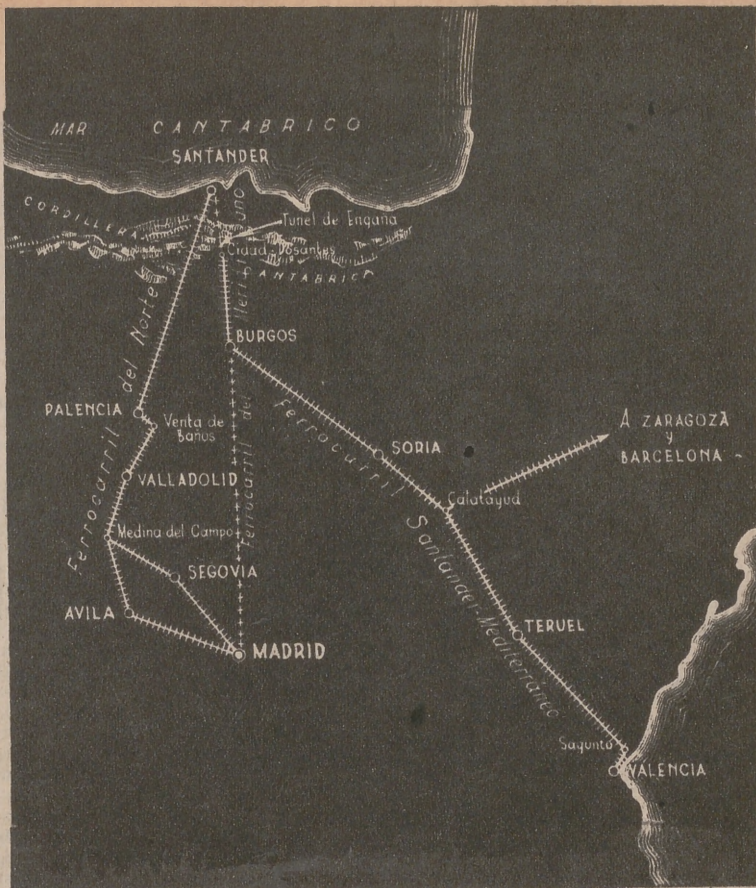
Cuba, que alteraría los primeros proyectos y, sobre todo, dejaría como estela una postración interior y política poco adecuada para realizaciones del esfuerzo preciso en este caso. En 1900, con el siglo, se estudia ya la unión de Ontaneda—enlazada con Santander por un ferrocarril de vía estrecha—con Burgos. Aborda el estudio el ingeniero Aquinaga y el proyecto se aprueba, al fin, en 1913. Cuanto todo parece decidido definitivamente ya es la primera guerra mundial la que surge ahora para retrasar la obra. Terminada aquélla, es la coyuntura del Gobierno del general Primo de Rivera la oportunidad propicia que se estima decisiva. Un decreto ley del 1 de julio de 1924, en efecto, hace la concesión del ferrocarril Ontaneda-Calatayud—en realidad, unión de Santander, por esta línea, con el Central de Aragón, que sale al Mediterráneo—, con un coste de 839.000 pesetas-kilómetro y un presupuesto total de 349.000 de pesetas. Una cifra que si el tamaño pareció grande, ahora treinta y cinco años después, antoja una futesa. Se adjudica la subasta del ferrocarril en cuestión a las Diputaciones de Santander, Burgos, Soria y Zamora, que a su vez la transfirieron a la Empresa Santander-Mediterráneo, S. A., que abortó con decisión los trabajos. Sin embargo, no faltaron vicisitudes en la tarea ni dificultades de todo orden en la obra. Al fin, el trozo más difícil, justamente que saliendo de la provincia de Burgos debía llegar a Santander, se demoró por su alto precio de construcción, aborreciendo se sólo obras parciales y pequeñas. Por entonces, el ingeniero señor Martínez de Velasco modificó el proyecto, redactándole nuevo entre Ciudad-Dosante (termino de Burgos) y Santander. Pero un nuevo obstáculo, de gran magnitud, se puso en el camino otra vez más: ¡la proclamación de la República! Sobre la catástrofe general que esto significó, desde todos los puntos de vista, para España, para la continuación de las obras del ferrocarril ello debió resultar fatal. La infame y falsa propaganda republicano-marxista ha envenenado esta cuestión, suprimiendo que beneficiaba a determinadas y relevantes personas. ¡Una difamación más a gusto de estas propagandas! La República, al efecto, investigó su gusto. No encontró nada que nada había, en fin, vituperable en este empeño. Pero, con fines inconfesables, detuvo la obra. La construcción del ferrocarril Zamora-Orense—comenzada por entonces, culminó recientemente—sirvió a las provincias castellanas y aragonesas para volver sobre el tema. Al fin, se logró romper la inercia, y tras nuevos proyectos y modificaciones, se optó por el trayecto río Engaña (afluente del Nalón) Vega de Pas, salvando la divisoria por el túnel que acaba de abrirse. Santander y Burgos unirían así por un ferrocarril de 181 kilómetros de longitud, de los cuales 67 correspondían al nuevo trozo.

Pero he aquí otra nueva pausa: la guerra de Liberación. Es preciso otro compás de espera. Al terminarla, el señor Peña, desde el Ministerio de Obras Públicas, y después el conde de Vallengano, dieron nuevo ánimo a la empresa, que acaba de culminar su máxima dificultad en los días del actual Ministro, general Vígón. Castilla y Aragón—las regiones más directamente interesadas en esta línea férrea—esperan mucho del actual Ministro. Puede caberle a éste el honor de realizar así no sólo un viejo anhelo de millares de españoles, sino también una magna empresa nacional, ¡la verdad, ya prácticamente casi conclusa! Estamos seguros de que así ha de ser. La presencia en la inauguración oficial del túnel, junto a las beneméritas autoridades provinciales de Santander y Burgos, del ilustre director general de Ferrocarriles, nos lo hace creer así. Sus propias y autorizadas palabras confirman nuestra esperanza.

CUANDO LOS PRIMEROS TRENES

¿Más ferrocarriles?, puede que alguien pregunte. ¿Y por qué no? El ferrocarril es viejo. Lo sabemos. Pero no ha muerto ni morirá tampoco. Lo que deberá hacer, y en parte lo hace ya, sencillamente, es renovarse. Pero los caminos de hierro siguen siendo vitales medios de relación, de transporte, y no han perdido tampoco su enorme importancia militar. La historia del ferrocarril es, por eso también, un poco la historia contemporánea de la Humanidad entera. Los primeros ferrocarriles eran trenes mineros, con carriles de madera y de tracción humana o animal. La máquina de vapor sólo aparece a finales del siglo XVIII. En 1800, exactamente, Outram inventa el carril de hierro, que coloca sobre losas, y surge así el «tramway», ¡el tranvía!, de tracción animal. En 1801 un americano llamado Evans idea una máquina de vapor que circula sobre carriles. Pero el gran salto, el origen propiamente del ferrocarril, es la máquina de Stephenson, su famosa locomotora, capaz de recorrer en una hora ¡25 kilómetros! La primera experiencia del ferrocarril se hizo entre Darlington y Sotockton, en Newcastle (Inglaterra), y, en fin, el triunfo definitivo fue de la locomotora «Cohete», ya citada, con caldera tubular, que circuló en la línea Liverpool-Mánchester.

La victoria no fue fácil. No faltaron dificultades para el éxito. Las ciudades inglesas no aceptaban que el tren pasara cerca de ellas, y hasta la sapiencia tradicional del Parlamento británico rechazó por absurdo el primer proyecto de ferrocarril que se presentara para su aprobación. Hombres como Thiers y como Aragón, en Francia, se indignaban ante semejantes proyectos de construcción de caminos de hierro. Había peligros graves de incendios, se aseguraba, en los campos, y hasta se afirmaba seriamente que la circulación por los túneles sería fatal para los viajeros. ¡Qué dirían



El tramo de ferrocarril Ciudad Dosantes-Santander constituye, a la vez, el trozo final de la línea Santander-Mediterráneo —el camino de hierro de mar a mar; salvo este trozo, todo en servicio ya, desde hace tiempo— y el trozo asimismo primero del ferrocarril llamado del Meridiano (Santander-Madrid), que pondrá a la capital de España apenas a poco más de 400 kilómetros del Cantábrico y sigue un arco de círculo máximo. De aquí la importancia extraordinaria de la obra, que la apertura del túnel de la Engaña viene, prácticamente, a dejar culminada

aquellas gentes si vivieran ahora, cuando se acaba de terminar este túnel de la Engaña, de casi siete kilómetros de longitud! Pero, en fin, la realidad se impone siempre. Y, naturalmente, se impuso en el mundo a la sazón también. El éxito del primer ferrocarril fue total. La empresa resultó rentable, contra lo que se suponía, y ya en 1840 existían 8.000 kilómetros de ferrocarriles en el mundo. Cuarenta años después la red mundial sumaba 380.000 kilómetros, esto es, la distancia de la Tierra a la Luna; en 1930 esta cifra se había elevado a 1.250.000 kilómetros, para sobrepasarla luego aún todavía más. El mundo quedó así inscrito en la gran malla de la red ferroviaria. En Europa hay tendidos actualmente 400.000 kilómetros de líneas férreas; en América septentrional y central, 453.000 kilómetros —la mayor parte en los Estados Unidos—; pero en la inmensa Asia no hay más que 176.000; en Africa, grande como tres Europas, 70.000; en América meridional, 108.000, y en Australia—extensa como Europa, 50.000. Algunos de estos ferrocarriles atraviesan de un lado al otro, un Continente: «transcontinentales». En América del Norte hay siete ferrocarriles de esta clase. Pero alguna línea, como el Transiberiano —Moscu-

Puerto Arturo o Vladivostok— es en realidad un ferrocarril intercontinental euroasiático. Son muchas las líneas en las que se desarrollan velocidades medias muy superiores a los 100 kilómetros, por ejemplo, del orden de los 150, y aún más. Y existen igualmente otras que son capaces de tolerar convoyes de 5.000 toneladas de carga. ¡Justamente lo que puede transportar un barco de tonelaje medio!

Sin duda alguna el incremento rapidísimo de la red ferroviaria y el auge de la carretera con el transporte automóvil han producido cierta saturación de los caminos de hierro en el mundo. En algunos países, incluso, la red ferroviaria ha sufrido últimamente alguna restricciones y reducciones. Se han levantado líneas por lo que la longitud de los caminos de hierro, en estas naciones, lejos de crecer, ha disminuido. Pero bien entendido esto no es un fenómeno general, si no sencillamente un caso particular de los países saturados por el carril y nada más. En efecto, la red ferroviaria tiene densidades muy diferentes en el mundo. Es así en algunos continentes —Australia, Africa, Asia y América del Sur—. Abundante en Europa y en Estados Unidos. Es muy densa en algunos países. Italia, por ejemplo, con una super-

ficie equivalente a tres quintas partes de la española, tiene una red muy superior a la nuestra. Francia, para una extensión muy semejante a la de España, tiene una red de una longitud dos veces y media mayor que la nuestra. Bélgica, extensa como Galicia, tiene 10.000 kilómetros de ferrocarril. En resumen, por cada cien kilómetros cuadrados de superficie, Bélgica —la red más densa del mundo— tiene 33,5 kilómetros de ferrocarril; Suiza, 14,6; Inglaterra, 14,2; Francia, 9,7; Italia, 6,6; Estados Unidos, 4, y España sólo 3,3. Si comparamos la densidad de la red ferroviaria con el número de habitantes, el puesto español no mejora tampoco. Los Estados Unidos tienen, en efecto, 33 kilómetros de ferrocarril, por cada diez mil habitantes; Suecia, 22; Bélgica, 14; Francia, 13,3, y España, sólo 7.

PARA AHORRAR CABOTAJE

Se comprende, por tanto, perfectamente que si en algún país del mundo se ha alcanzado el máximo desarrollo ferroviario, en otros, como España, estamos muy lejos de nada semejante. Nos falta completar nuestra red. He aquí una tarea a cumplir. Tras del Zamora-Orense-Vigo, en su día deben ser realidad, porque obedecen a necesidades perentorias, el Madrid-Burgos, cuya explanación y obras de fábrica han sido, en gran parte realizadas, y el Baeza-Utiel que está en el mismo caso. Con ellos deberá ser realidad inmediata el Santander Mediterráneo, construido desde hace años y en servicio íntegramente hasta Ciudad-Dosante, y del que faltan apenas una sesentena de kilómetros para terminarse. Se comprende de este modo, sin más, la evidencia y la urgencia de esta necesidad tan largo tiempo sentida.

En su mayor detalle el trozo que falta del ferrocarril Ciudad-Santander está jalonado así: arranque de Santelices, dos kilómetros antes de llegar a Ciudad —a 113 kilómetros de Burgos; curso del río Engaña —cuenca del Nela—, cruce, en Pedrosa, con la línea Valmaseda-La Robla (estación de empalme); paso de la divisoria cantábrica (t. nel de la Engaña); Vega de Pas; cuenca de este río; paso por el túnel de La Bravía a la del Pisueña; Selaya, Villacarriedo, Santa María de Cayón; Sarón (empalme con la línea Astillero-Ontaneda); Liaño y Boa, empalme con el ferrocarril del Norte —Santander-Madrid, por Palencia y Valladolid— y Santander, a siete kilómetros de este último empalme. En resumen, 63 kilómetros en total. El ferrocarril citado tiene rampas máximas de 16 milésimas y las curvas son de radio superior a los 300 metros.

El ferrocarril servirá, en primer término, como es natural, a las comarcas castellanas que atraviesa. Pondrá a Santander a 426 kilómetros de Calatayud y a poco más de cuatrocientos de Madrid. En las provincias interesadas le creen vital. La apertura del túnel de la Engaña, ¡la

victoria del tesón sobre la Naturaleza bravía!, ha puesto de manifiesto este interés. Como una ola de entusiasmo ha sacudido a estas gentes castellanas y aragonesas, que se han cruzado entre sus autoridades-telegramas jubilosos y fervientes y que se han dirigido también, a través de éstos, al Ministerio de Obras Públicas, pidiendo un último y posterior esfuerzo para vencer lo poco que escasamente queda aún.

Como hemos apuntado, la construcción de los 60 kilómetros que faltan —en gran parte las explanaciones y obras de fábrica han sido realizadas— servirá no sólo para terminar el ferrocarril de Mar a Mar —de Santander al Mediterráneo —sino para unir a Madrid— tan pronto se termine el ferrocarril directo —de la capital española a Burgos— con Santander. Los grandes intereses nacionales están así en juego. Madrid se acercará así al puerto castellano, el puerto cantábrico, su propio puerto, el más cercano a la capital española. Y el Mediterráneo se unirá con el Cantábrico por una vía interior que ahorre mucho cabotaje. Porque el complemento magnífico del ferrocarril es el puerto santanderino, la más espléndida ría de la costa Norte, justamente situada en el meridiano de Ouessant, esto es, de la boca del Canal de la Mancha y equidistante entre los dos extremos litorales de la ribera cantábrica española y a 320 millas del Gran Sol, el riquísimo banco pesquero. Un excelente puerto, natural, amplio y abrigado, en fin, unido por servicios regulares, importantes, con Europa occidental y con América Central y Septentrional. Un puerto hoy a nueve o diez horas de Madrid, que mañana podrían ser, de este modo, seis y aun cinco.

Se ha apuntado muchas veces a la importancia estratégica de este ferrocarril. Por extraña interpretación los incluidos en la Ley de Ferrocarriles Estratégicos son, justamente, los de vía estrecha. ¡Exactamente los que no tienen semejante valor! En un país de una red ferroviaria tan poco densa como la nuestra, toda nueva línea, independiente del trazado militar de ésta, tiene siempre un gran valor. Una simple división para ser transportada por ferrocarril, puede exigir, según su organización, entre entre 40 y 60 trenes. La preparación del ataque, en La Malmanson, durante la primera guerra europea, en el que intervienen los tres Cuerpos de Ejército, exigió para acumular municiones y material de fortificación, 500 trenes. La resistencia de Alemania durante la última gran guerra se prolongó tanto porque aunque obligada a batirse en dos frentes disponía de una excelente red ferroviaria. «Se maniobra con los ferrocarriles», se ha dicho, y es verdad.

Cierto que la motorización ha terminado por imponerse, pero aun así el ferrocarril es indispensable. Máxime en un país, como España, de carreteras tan difíciles por su trazado y de tan débil rendimiento. Una excesiva saturación automóvil conduce a los Ejércitos de los países montañosos sencillamente a quebrantos

a la inmovilidad por atascamientos y real imposibilidad en salir en muchos sitios, de la caja concreta de la carretera. La gran eficacia de la aviación moderna, que bate con preferencia en la guerra, las vías de comunicación exige la multiplicación de éstas. De nada sirve un buen puerto —como este santanderino, por añadidura bien relacionado con América; con aeródromo seguro y eficaz— si no hay posibilidad de retirar rápidamente del mismo los cargamentos que pudieran llegar de material bélico, en caso de emergencia. Una vía sencilla no es capaz de aumentar un tráfico superior a 5.000 ó 6.000 toneladas por día, sobre los trazados actuales. Y un simple «Liberty», carga un tonelaje doble del citado. Más que nunca es verdad, ahora aquella afirmación napoleónica que decía: «La estrategia es el arte de disponer de comunicaciones». ¡Más ferrocarriles? Pues más posibilidades de movimiento; mayor eficacia logística; más recursos estratégicos. De nada sirve la industria de nada sirve la táctica, sino podemos garantizar los transportes y hacer afluir, a donde sea necesario, los elementos —tropas, material— que sean, del mismo modo, igualmente precisos.

VICTORIA SOBRE LA NATURALEZA

Casi tres cuartos de siglo, en fin, de una esperanza fija y un mismo anhelo están a punto de culminarse así, tras la victoria sobre la Naturaleza, al horadarse la crestería de la Cordillera Cantábrica, en la Engaña. Castilla-Aragón van a ver satisfechas sus ansias e ilusiones. ¡Lo que queda por hacer se hará! Es poco, casi nada, comparado con lo mucho hecho ya. La batalla decisiva acaba de ganarla, al tirarse la última «pegada», a golpe de barreno y de pico la brigada de García Frías, un noble rivalidad con la de «El Torcido» —bracos andaluces y gallegos asociados— en la victoriosa hazaña —hace apenas unos días, uniendo, en la entraña misma de la tierra, en la divisoria orográfica concretamente, el valle pasiego santanderino con el ibérico del Nela; a la Castilla exterior, con la interior; la meseta y el mar.

La culminación —ahora también— de la gran prueba estaba reservada al actual régimen. Tras las realizaciones fabulosas de un Plan Badajoz o un Plan Jaén; del riego de Las Bardenas y de la fertilización del desierto de Los Monegros; de la construcción de nuestras más atrevidas obras hidráulicas y públicas de todas clases; después de la inauguración del ferrocarril Zamora-Orense-Vigo, he aquí otra gran realización: ¡el ferrocarril Ciudad-Dosante a Santander no podría ya esperar! ¡Sesenta kilómetros que significan la terminación de la línea férrea Santander-Mediterráneo y la inauguración del primero, y más difícil trozo del ferrocarril del «Meridiano», al mismo tiempo! Tres cuartos de siglo de ansia que ahora deberá satisfacerse.

CANNES, 1959

MUCHAS PELICULAS Y POCO CINE



Renato Rascel, principal figura del film italiano «Polcarpo», es aplaudido por una constelación de estrellas. De izquierda a derecha: Rhonda Fleming, Zsa-Zsa Gabor, Edward G. Robinson, Yves Montand, Simone Signoret, Folco Lulli, Juliette Greco y Pascale Petit

EXPECTACION ANTE LOS TEMAS ESPAÑOLES

AS dos últimas ediciones del Festival habían ocasionado disgustos y protestas. En 1957 hubo buenas películas —«Las noches de Cabiria», «Un condenado a muerte se escapa», «El séptimo sello», «El que debe morir», «Kanal»—, pero los premios se repartieron con un criterio equivocado y «La gran prueba» —un film bien hecho y bien interpretado, nada más— se llevó la «Palma de Oro». Un crítico terrible, François Truffaut, afirmó en «Arts» que el Festival estaba corrompido, deshecho, que no servía para nada y ya nadie creía en él.

Al año siguiente el Gobierno, influido probablemente por esta acusación, puso en tela de juicio la rentabilidad de la competición, llegando a discutir la conveniencia de mantener un espectáculo que tan caro le resultaba a Francia. Decidió recortar considerablemente su presupuesto y el Festival de 1958 se inauguró bajo el signo de la austeridad. Pocas fiestas, pocas flores —no hubo batalla de ellas a lo largo de la Croisette— y pocos invitados. Por supuesto, M. Favre Le

Bret, su director, consideró que M. Truffaut no era grato a la casa y en consecuencia desechó su solicitud de invitación. El crítico mordaz y violento hubo de pagarse con su dinerito las entradas y la cuenta del hotel. Los premios se distribuyeron con mejor criterio, pero las películas fueron, por el contrario, malas y poco bueno pudo decirse de ellas. Para postre, los acontecimientos políticos del 13 de mayo se llevaron a la mayoría de los espectadores franceses y la competición se cerró de cualquier manera, de prisa y corriendo. Naturalmente, M. Truffaut volvió a insistir en la inutilidad de mantener el Festival.

NI LO UNO, NI LO OTRO

Con tales antecedentes se comprenderá la expectación con que se esperaba este año la inauguración de la duodécima edición del Festival. La organización se había cuidado de elegir los films que iban a proyectarse, procurando compensar el criterio oficial de los Gobiernos —las películas sinceras y «duras», perjudi-

cian al país, aunque puedan obtener un premio importante— con los títulos «invitados» o elegidos directamente por la Comisión. Se habían cursado también invitaciones a las estrellas de mayor renombre, puesto que sólo ellas, como es sabido, pueden salvar la popularidad de un certamen. La situación política parecía estable y en cuanto a monsieur Truffaut, la proyección, «dentro de concurso» de su primera película, «Cuatrocientos golpes» —producida, según las malas lenguas, con el dinero de su subgrupo— le apartaba de la oposición. O ahora o nunca. Si tampoco este año las cosas salían bien, habría que ir pensando efectivamente en renovarse o morir.

El Festival de 1959 no ha terminado. Por tanto es pronto para hacer balance. Quedan varias películas sin proyectar y, sobre todo, no se ha leído aún la lista de los premios en esa borrascosa sesión de clausura en la que sabe, definitivamente, si el certamen ha sido un éxito o un fracaso. Pero tal y como van las cosas hasta la fecha cabe asegurar que no va a ser ni lo uno ni



Francis Truffaut fue uno de los triunfadores del Festival, con su película «Los cuatrocientos golpes». Aparece a la derecha, detrás del joven protagonista de su film, Jean Pierre Leand

lo otro. Y quizá esto es lo peor que le pueda ocurrir.

ECLIPSE DE «ESTRELLAS»

Comenzaremos por ellas, puesto que la frivolidad manda. No han respondido de la forma prevista. Si a última hora no se remedia y acuden realmente, como se ha anunciado, Marilyn Monroe y su marido —que en el disparatado concepto festivalense también es «vedette» a pesar de sus premios «Pulitzer»—, Sofia Loren, Cary Grant, Kim Novak y Brigitte Bardot, este año habrá sido el más aburrido para los cazadores de autógrafos y para esos paseantes de la Costa Azul que, sin pedirlos, gustan de perder horas y horas en la puerta del hotel Carlton y del Palacio del Festival esperando ver, de carne y hueso, a sus actores favoritos.

Por lo visto, las estrellas no se molestan en ir a Cannes si no se presenta una película suya, olvidando —a juicio de la organización del Festival— que aquí se hicieron famosas algunas de ellas, como la ingrata de Brigitte Bardot, a la que no han vuelto a ver el pelo —su alborotada cascada de pelo— desde que es famosa y cobra los millones que quien lava. Por otra parte, a los grandes directores les ha dado ahora por rechazar los grandes

repartos, en parte por hacer economías, y en parte, huyendo del divismo de las estrellas, que se creen con derecho a hacer y deshacer en el estudio, puesto que ellas son las que, a fin de cuentas, llevan el dinero a las taquillas. De las dos películas que presenta Francia, una no tiene actores conocidos —es el «Orfeo negro», de Marcel Camus, rodada durante los carnavales de Río— y otra, «Cuatrocientos golpes» tiene como protagonista a un niño de catorce años, el hijo de aquella despampanante Jacqueline Pierraux, a la que usted recordará por haber trabajado en varias películas españolas.

De ahí que hasta ahora sea Simone Signoret la única figura de prestigio a la que se ha visto por allí, como intérprete del film inglés «Room at the top», que viene a ser, por el argumento y hasta por el título, como un nuevo «Un lugar en el sol». Porque Edward G. Robinson, Micheline Presle y Gene Kelly no pueden tenerse en cuenta, ya que están como miembros del Jurado, del que también forma parte Carlo Ponti, el productor italiano que se casó —en contra de las leyes de su país— con Sofia Loren. Esta, por lo menos, es de esperar que haga una visita a su marido, para contento y gozo de los fotógrafos que ya no saben a quién retratar.

Sigamos con la frivolidad. En lo que si se nota este año más interés es en la organización de «cocktails» y cenas por parte de las Delegaciones de cada país y hasta por parte del mismo Festival. No es que se haya vuelto a aquella espléndida generosidad de hace cinco o seis años, por ejemplo, cuando el Festival era una auténtica carrera para ver quién quedaba mejor. Pero tampoco se ha repetido el triste espectáculo de la naranjada y las pastas para doscientas personas en la terraza de un hotel, con que el año pasado se celebraron las proyecciones.

De todas, y exceptuando la excursión tradicional a la isla de Santa Margarita, que siempre resulta deliciosa si hace sol, lo mejor ha sido, sin duda, la que ofrecieron los mejicanos, por todo lo alto, en St. Juan les Pins a veintitantos kilómetros de Cannes. Una explosión de alegría, de color y de música, como pudo decir al día siguiente el periódico local. Casi un millar de invitados bebiendo y comiendo al aire libre —bajo una catarata de flores artificiales— tortillitas de frijoles, tequila, salmón y champagne. Un mariachi, que ya había recorrido escandalosamente por el día La Croisette repitiendo las melodías inolvidables de tantas películas folklóricas de Jorge Negrete, de Pedro Infante, del Trío Calaveras. Un grupo de bellezas —consideradas las más explosivas del Festival— repartiendo sonrisas y flores. Y «Indio» Fernández, acaparador de premios aquí y en Venecia, el charro, con un sombrero fenomenal, repartiendo abrazos a los amigos y echando bravatas, como era obligado.

España tampoco ha estado mal «Cocktail» en el Martínez, que es, por si no lo saben, uno de los dos mejores hoteles de la ciudad. Y asistentes de categoría: Luis Miguel Dominguín, Pablo Picasso, Antonio, Ludmila Tchertchikova y Lucía Bosé.

La película que representó España fue «Luna de miel», espectáculo de «ballet» con coreógrafos internacionales de la categoría: Antonio y Ludmila Tchertchikova. Y como director, un especialista en la materia, Michael Powell, el de «Zapatillas rojas» y «Cuentos de Hoffmann». Sobre «Luna de miel», ya la crítica y el público españoles han dado sus opiniones.

MEJICO ABRE UN CAMINO

La industria mejicana ha conseguido ganar la batalla en este Festival y lleva camino de conseguirlo. Ha preparado su ofensiva con cuidado y sin prisas como lo que hacerlo. Méjico —que consiguió muchos premios en «primera época», gracias a «Luz» y a Figueras — lleva dos años sin concurrir. Sus mejores películas seleccionadas no habían sido mal recibidas y optaban, acertadamente, que es mejor presentar nada que hacer ridículo. El último premio recibido fue el de «Raíces», en «La cucaracha», de Ismael Rodríguez.



Una escena cotidiana en el Festival: la multitud de curiosos espera la llegada y salida de las estrellas

griguez, elegida oficialmente, y «Nazarín», de Luis Buñuel, invitada por el Festival, son su aportación de este año.

La primera, presentada a bombo y platillo, en sesión nocturna, no es una obra maestra. Recuerda demasiado a las películas del «Indio», aunque use la pantalla panorámica y el color, innovaciones con las que los días de la revolución han ganado en espectacularidad lo que perdieron en emoción. Pero el film es movido, «típico», que es lo que se pide a cada aportación nacional, y tiene el alliciente de presentar un reparto que es una antología del cine mejicano: Dolores del Río, Pedro Armendáriz, María Félix y Emilio Fernández. Este no interviene por primera vez como actor, en contra de lo que se ha dicho, ya que así comenzó su carrera artística y en una de sus propias películas, «Flor silvestre», intervino como tal.

«Nazarín», de Buñuel, sobre un tema de Pérez Galdós, iba precedida de los mejores comentarios. John Houston había asegurado que era uno de los mejores films que se habían hecho jamás. Su triunfo después de la proyección, durante la que sonaron varias ovaciones, parece colocarla como aspirante calificadísima para el Gran Premio, si no surge, a última hora, alguna sorpresa. Francisco Rabal, su protagonista, también tiene probabilidades de ganar el de interpretación masculina, al decir de los periódicos franceses. La historia angustiosa de un sacerdote que, en los días de la persecución religio-

sa, lucha por conservar su fe, ha servido también para demostrar que la cinematografía mejicana y la española pueden abrirse paso juntas, tal y como viene asegurando el productor mejicano Barbáchano. Con «Nazarín» triunfa un novelista español, injustamente desconocido fuera de nuestras fronteras, Galdós; un director español, Buñuel, y un actor español, Rabal. En Venecia, «Sonata», de Bardem, sobre un tema de Valle Inclán, con Rabal y María Félix, intentará seguir por ese camino. La crítica francesa, que no tiene un pelo de tonta, ya ha advertido la posibilidad. La alianza de los cines hablados en español puede abrir un capítulo importante de la historia del cine, ha dicho, poco más o menos.

Otro film hablado en nuestra lengua ha tenido buena acogida en Cannes. «Zafra», argentina, describe la explotación de los indios coyas que todavía se hace en el altiplano andino, de espaldas a las leyes sociales del país. Su director, Lucas Demaré, había ya hecho varias películas inspirándose en los temas nacionales, auténticos, del interior, dejando Buenos Aires y sus tangos para Libertad Lamarque. Pero

su trabajo aún no había conseguido el aplauso internacional.

LOS «CUATROCIENTOS GOLPES», DE TRUFFAUT

Volvamos al señor Truffaut. Su película «Cuatrocientos golpes» ha sido aplaudidísima y parece la rival más peligrosa, siempre hasta el momento, de la de Buñuel para la «Palma de Oro». El señor Truffaut, que había roto lanzas cuando escribía en favor de un cine más puro, menos comercializado, ha llevado a la práctica sus predicas y ha hecho un film de espaldas a lo que es la producción francesa de hoy. Clair, Renoir, los clásicos del cine francés, han sido sustituidos por otras influencias, como las de Hitchcock, Rosellini y Anthony Mann, directores a quienes ya como crítico había dedicado el señor Truffaut sus mejores alabanzas. El tema de su película es la delincuencia juvenil o, mejor dicho, las causas de la delincuencia juvenil, esa plaga moderna que asola los países de mayor civilización. La desunión familiar parece ser la cuna principal del mal, según la historia de «Cuatrocientos golpes». Favre Le Bret no ha tenido inconveniente

Lea usted todas las semanas

“EL ESPAÑOL”



No hay Festival sin japonesas. Esta vez le ha tocado el turno a Hitmi Nozoe, que aparece aquí con el consabido kimono, al lado del actor inglés Laurence Harvey

en perdonar a la pluma que tanto zahirió a su Festival en los años anteriores. Y los periodistas han tenido la oportunidad de registrar cómo los enemigos se estrechaban la mano y echaban pelillos a la mar.

Inglaterra, o la Gran Bretaña, para ser más exactos, tiene también una buena baza para jugar en el momento oportuno. Nos referimos a ese «Lugar alto» que tanto recuerda a «Un lugar en el sol». A pesar de la referencia, el film tiene suficiente fuerza y calidad para aspirar a un reconocimiento del Jurado. Y Simone Signoret es la candidata favorita para el premio de interpretación femenina, si a última hora —como pasa tantas veces— no hay sorpresa.

Alemania ha proyectado dos títulos poco afortunados. Uno para presentar a una Rommy Schneider distinta, pícaro, casi rozando la pornografía. Otro para presentar a O. W. Fischer cantando en una aburrida versión musical del pacifismo de Bernard Shaw. Sorprende y duele comprobar cómo la Alemania de la posguerra no encuentra su camino cinematográfico y va dando tumbos, refugiándose casi siempre en la comedia insulsa o en la opereta. Por lo visto, «La balada de Berlín» sonó por casualidad.

Orson Welles —además de decirle a Françoise Sagan una de sus tremendas frases: «El dinero es el sexto sentido que permite apreciar los otros cinco»— ha hecho un buen trabajo de interpre-

tación en la película americana «Compulsion» como el abogado que consiguió, en los «felices veintes», salvar de la silla eléctrica a dos muchachos, hijos de multimillonarios, que decidieron en un juego loco y «snob» cometer el crimen perfecto. A pesar de ello, los muchachitos le acusaron luego, pues para ellos la cadena perpetua era injusta «porque la inteligencia suya estaba por encima de la vulgaridad de los demás». El viejo Orson —viejo triunfador, se entiende— puede sacar muy bien tajada de esta oportunidad.

«Polcarpo», maestro calígrafo, una comedia italiana ambientada en el novecientos, recuerda en partes iguales «Sublime decisión» de Mihura, y «El capote», aque-



Izquierda: Foto para la propaganda. Rhonda Fleming, estrella, con el actor Gene Kelly, esta vez miembro del Jurado.—Derecha: Los cazadores de autógrafos tuvieron que contentarse con las figuras de segunda fila. Natalia Nattier se defiende del acoso

ESPAÑA, AULA ABIERTA

film de Lattuada sobre una novela de Gogol, que el público de Madrid no ha llegado a ver. La burocracia de la bella época — como se ve en todas partes prospera la moda de la evocación —, con las primeras mujeres que se decidieron a correr la gran aventura de trabajar en una oficina. En el reparto, junto al gran cómico Rascel aparecen algunos nombres españoles: José Isbert, Roberto Rey, Trini Montero, porque el film es una coproducción de esas en las que han intervenido no sé cuantos países: España, Francia e Italia entre ellos.

ESCANDALOS EN TONO MENOR

Para no ser menos, este Festival también ha tenido sus escándalos, o escandalitos, porque en esta ocasión no se han repetido las grandes broncas de otras veces, como aquella en que Cayatte acusó al Jurado de no haber apreciado «El asunto negro» por estar todos sus miembros borrachos de vodka. Este Festival sólo se ha conmovido ligeramente cuando Jacquelin Pierraux dijo que se llevaba a su hijo, después del éxito de «Cuerpocientos golpes», porque los fotógrafos se habían pasado la noche obligándole a posar bebiendo «whisky», y el chico, como consecuencia de la gracia, había vuelto al hotel en un estado desastroso.

Tampoco ha faltado el pequeño incidente político. No se ha retirado ninguna película de las anunciadas, pero la Asociación de Amistad Franco-China protestó, con octavillas, del hecho de que no haya sido invitada la China roja y sí lo haya sido la de Chan Kai Chek.

Una estrella de relativa importancia, la rubia Mylene Demorgeont, se cayó en agua precisamente cuando los fotógrafos la enfocaban, lo cual ya no sorprende a nadie ni hace gracia, pues se ve la publicidad a la legua. Y Zsa Zsa Gabor se presentó con un marido nuevo en el Carlton, diciendo frases cínicas a diestro y siniestro, luciendo joyas disparatadas y dando, al marchar, las propinas más principescas que se recuerdan en la Costa Azul desde los tiempos buenos. También esto es normal. Sobre todo si se añade que las propinas las ordenaba ella, pero las pagaba el marido de turno.

Un grupo de japonesitas, pequeñas, multicolores, sonriendo incansablemente, han ido y venido por La Croisette, sin perderse acto o festejo. Pero tampoco se les ha hecho mucho caso. Nadie puede recordar sus nombres llenos de kaes, ni puede distinguirlos entre sí. Y en cuanto a sus quimonos han perdido ya, a fuerza de repetirse, todo el exotismo que pudieron tener hace seis años.

Renovarse o morir. Es ley de vida y los Festivales no van a escaparse de ella. Sea aceptable o no el resultado de este Festival, la realidad es que habrá que inventar algo para reanimarlo. Por lo menos, mientras el cine siga atravesando esta crisis y las buenas películas escaseen cada vez más.

José Luis BORAU

NO era sólo el pan lo que andaba mal repartido en nuestra Patria. Los bienes de la cultura estaban hace veinte, veinticinco años al alcance de muy pocos españoles. La injusticia social se manifestaba, en los años anteriores a los de nuestra Cruzada, no sólo en el largo número de españoles desheredados, depauperados o hambrientos, sino también en las altas cifras de analfabetos, de ignorantes, de hombres a los que había sido negada la entrada en el aula. Muchos nacían y crecían condenados a vivir apartados de la elemental provincia del saber. Muchos se hacían hombres sin haberse asomado al abecé de las primeras letras ni a las tablas cantadas de los primeros números.

Con la victoria del 39, España abrió dos grandes caminos de conquista hacia la más perentoria justicia social: uno, el que llevaría a una mejor distribución de los bienes materiales; otro, el que aseguraría a todos los españoles, en la medida de su propio talento, capacidad y voluntad, el acceso a los bienes de la cultura.

En realidad eran dos calzadas del mismo camino. Sin elevar el nivel material de vida del pueblo español hubiera sido ilusorio intentar ascender su nivel intelectual, cultural y moral, y viceversa. Hacían falta españoles mejor nutridos tanto como mejor formados. El mecanicismo legislativo e institucional que lograra conseguir metas armónicas y acordes en estos dos aspectos, tenía que ser por fuerza delicado y no podría alcanzar desarrollo cumplido sino a fuerza de años y de esfuerzos, a fuerza de días y trabajos.

La tarea realizada por el Régimen en orden a los problemas de la Enseñanza ha sido realmente gigantesca. Pero los problemas eran muchos, intrincados, agudos, de solución difícil y costosa. Había que ir ganando metas sucesivas, batallas escalonadas. La jornada de las Cortes Españolas en su sesión plenaria del miércoles pasado supone un importante hito y un halagüeño punto de llegada en los ambiciosos propósitos de la educación nacional y de la formación profesional, cultural y humana de los sectores obreros.

Las referencias importantes tuvieron las Cortes hacia los temas de la Enseñanza y formación de las juventudes españolas; es decir, de la Es-

paña de mañana y de pasado mañana.

Por un lado, la obra nueva y asombrosa de las Universidades Laborales, nacida poco después del descanso de las armas, alcanza un instrumento legislativo sistemático y ordenado donde se condensan las normas promulgadas en las distintas etapas de la creación, al mismo tiempo que se elevan los preceptos al rango que requiere la importancia de su contenido y significación. Las Universidades Laborales, cuyos primeros frutos estamos ya recogiendo en gozosa primicia de cosecha, aseguran la irrupción en nuestra sociedad de promociones de obreros y técnicos formados profesionalmente y dotados de medios culturales y morales suficientes para completar su íntegra estatura humana. La Ley de las Universidades Laborales, sacionada ahora por las Cortes, cierra una dura y primera etapa en este camino jamás intentado en nuestra Patria, y deja definitivamente asentada en nuestro derecho y en nuestra sociedad una institución ejemplar inspirada con especial predilección por el propio Caudillo de España.

Por otro lado, la Ley de Protección a los Colegios Mayores asegura el acceso de los hijos de la familia media española a la enseñanza superior y abre las esperanzas a la conservación y proliferación de los Colegios como órgano donde se logra la acabada y auténtica formación universitaria.

La tercera referencia de que hablamos alude a algo que está todavía en estado de buena esperanza: el afrontamiento y resolución de los más graves y urgentes problemas de la enseñanza primaria. Escalón primero y principal de la labor docente, la enseñanza primaria requiere una atención cuidadosa. La gran amplitud y profundidad del problema requiere esfuerzos considerables y sacrificios casi heroicos, que el Estado no podrá realizar por sí solo, sino cuenta con el apoyo consciente de la sociedad y con la abnegación de unos hombres, los maestros, a quienes toca una de las misiones más delicadas y sacrificadas de la hora actual española. El Estado se dispone a atender urgentemente a las más viables necesidades. A todos los españoles nos corresponde poner las manos y el corazón en la tierna tarea de repartir por igual el pan de la cultura entre nuestros hijos.



Después de su llegada a Bilbao, el Padre «Botellas» recoge la firma del vencedor de la Vuelta. A la derecha, el ciclista madrileño, coronando el Sollube



ANTONIO SUAREZ, VENCEDOR CON TODOS LOS HONORES

DE PEON CAMINERO A CAMPEON CICLISTA, O EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD

EN LA CARRETERA, A GOLPE DE PEDAL, EL DINERO Y LA FAMA

LA radio dejaba escapar la voz aburrida de los locutores que anunciaban una guía comercial. Sobre una consola, un montón de periódicos. Y en torno a la mesa-camilla, la familia de Suárez, de Antonio Suárez, madrileño de nacimiento y campeón ciclista de oficio.

nia contrapunto a su monótona melodía publicitaria con un disco. Se palpaba en los hermanos Suárez un como sobresalto cada vez que el aparato dejaba de latir con el mismo ritmo.

—La tenemos puesta desde que nos levantamos hasta que se cierra la emisión.

desde una casa que hay en el 11 de la calle de la Palma, se ha seguido la Vuelta. Por la mañana, a primera hora, se conectaba la radio y se salía a un puesto que hay en la esquina de esta calle con la de Fuencarral a comprar los cuatro periódicos matutinos. Mediada la tarde, otra vez a adquirir los periódicos que daban las primeras novedades escritas de la jornada ciclista del día. La vendedora ya conocía a los familiares del gran corredor y, sin decir palabra, entregaba el paquete de los cuatro periódicos. Y hacia las siete de la tarde, conferencia con el hotel donde Suárez dormía su cansancio, reposaba su fatiga, esperaba la voz de los suyos, que seguían su esfuerzo por las carreteras de España. Encarnación era la primera en hablar, la que le preguntaba todas esas cosas que se ansían siempre, la primera en decirle si estaba bien, si no le había ocurrido nada, en interesarse por todo lo que él hacía y por el desarrollo de la etapa. Luego cogían el teléfono, o su padre, o sus hermanos, Patri, Angelines, Pablo. A veces, si se encontraba en Madrid, su novia Tita. Paula, su madre, y su otro hermano, José, no vivieron de la misma forma la Vuelta a España, no tomaron el pulso a Antonio a través de los hilos del teléfono. Viven en Alcalá de Henares. Pero ellos fueron los que en Bilbao

zo familiar. Apasionado, emocionante, lloroso.

LAS CARRETERAS DE MADRID, SU NOVICIADO

De Madrid a Alcalá de Henares, de la capital de España al suelo patrio de Cervantes, sus cincuenta kilómetros fueron recorridos por Antonio Suárez cientos de veces. Sentía el hormigullo de la carretera, del pedaleo. De ser algo. Pero de esa forma ideal, con sus miasmas de fantasía, que todo muchacho de dieciocho años tiene en la cabeza. Más de una vez, su hermano José se tuvo que sonreír y enfadar al buscar la bicicleta que había dejado escondida. Antonio estaba sobre ella pedaleando por las carreteras de la provincia de Madrid. Cuando Antonio volvía a casa, la misma regañina de siempre. Su hermano mayor tenía cierto miedo, una sensación rara. Él también había sido corredor ciclista, hasta que un percance un tanto serio le hizo lo que a los novilleros la primera cornada de gravedad. Desde ese día no pensó más en el ciclismo como una profesión. A pesar de que tenía facultades.

Antonio seguía con lo suyo. Casi se puede decir que la carretera era para él algo familiar. Su padre era capataz del Ministerio de Obras Públicas, trabajando en las obras de carreteras. Antonio

también, durante varios años, acompañó a su padre en las tareas que realizaba este Ministerio, poco tiempo después de llegar a Alcalá de Henares, casi a los dieciocho años, porque a los catorce, marchó de Madrid, donde había vivido, a Santos de la Humosa.

PRIMERA VICTORIA

A los veinte años fue cuando empezó a correr, a madurar la idea de dársele al ciclismo. Pero

el servicio militar le cortó esa naciente idea, aunque dentro de él algo pudo hacer. De regreso a Alcalá, y ya cuando rondaba los veintitrés años, otra vez de nuevo a coger la bicicleta. Aún pasó otro año más hasta que su nombre figuraba en la lista de los participantes de una prueba que se celebraba en las fiestas de Alcalá. Y la cosa llegó a realizarse un poco a broma.

Había estado en Madrid en casa de un cuñado suyo. La Vuelta a Alcalá la cubrieron sobre sus



Suárez cambia la bicicleta por el borrico. La fotografía fue obtenida el año pasado, en Cuenca

bicicletas. En el camino, entre apuesta y charla por ver quién corría más, los tomaron tan en serio, que los dos se lanzaron carretera adelante, como si de cada golpe de pedal dependiese el ser campeón de la prueba de más categoría que se hubiera organizado. Antonio Suárez se adelantó a su cuñado en entrar en Alcalá, cuando precisamente éste tenía que correr en una prueba que se celebraba aquella tarde. Antonio Suárez ganaba su primera prueba. Eso le dió ánimos, y también tomó la salida junto a otros corredores. Cruzó la meta en tercer lugar.

Desde entonces hasta esta auténtica revelación en la Vuelta Ciclista a España, que acaba de terminar, han ocurrido muchas cosas, todas precipitadas por la extraordinaria clase de este bravo muchacho nacido en Corpa, de la provincia de Madrid —aunque toda su vida ha transcurrido en Madrid y Alcalá de Henares—, que justamente dentro de cuatro días cumple veintiocho años.

LA NOTICIA DEL TRIUNFO

La radio seguía poniéndonos nerviosos a todos, porque el clima de familiaridad y de apasionado interés que se vivía en la tarde de la etapa final de la XIV Vuelta Ciclista a España en la casa de Suárez en Madrid, contagiaba a los que allí nos encontrábamos. A medida que pasaba el tiempo y las noticias de la Vuelta presagiaban lo que de ella iba a salir, el ánimo de los familiares de Suárez se encendía. Cuando llegó la noticia de la clasificación final, en aquella pequeña habitación se reía, se alegraban todos, algunos lloraban de emoción, casi no había palabras para expresar lo que cada uno sentía. Mientras tanto, en la casa de Alcalá de Henares,

donde Paula, la madre del gran vencedor de la Vuelta de 1959, había seguido, pegada al aparato de radio, el desarrollo de la última etapa, también había algo parecido. Alrededor de una hora después se descolgó el teléfono y se pidió una conferencia con Bilbao, con el número 12050. La voz del vencedor, desde la capital bilbaína, llegó pronto. Cada quién, decía las palabras que podía, las que la emoción ponía en la punta de los labios.

SU HERMANO, PRIMER DIRECTOR

El mejor noviciado ciclista que Suárez ha tenido en su vida no han sido los continuos entrenamientos que ha realizado antes de presentarse a cada prueba. La escuela primaria del campeón de la gran carrera española estuvo en la abollada carretera que enlaza Alcalá de Henares con Corpa, donde vive su novia. Y en las carreteras que rondan al pueblo cervantino. Las más, con cuestras respetables, algunas bastante malas, todas difíciles. Los músculos de Suárez se iban endureciendo poco a poco, se afirmaban en un vigor cada día pronunciado. Por otra parte, cuando su hermano José fue viendo las facultades que Antonio escondía, le daba consejos, le dictaba las primeras lecciones técnicas, sobre todo en cuestiones de "sprint". Antonio Suárez era un muchacho que se entregaba con pasión desenfrenada a cualquier tarea que tenía que realizar. El ciclismo le apasionaba, y en ello ponía un esfuerzo que, a veces, se perdía, por falta de una cabeza rectora que le fuese descubriendo esos secretos técnicos que es exigencia tener en ciclismo.

Suárez demostraba la misma capacidad rápida de comprensión

que tuvo desde los primeros días que fué a la escuela en Madrid. Un muchacho de intuición, de profunda memoria para lo que oía. De todas estas lecciones que le dió su hermano, y, sobre todo, de las que iba oyendo de boca de don Guillermo Calleja, ese hombre ha sido el que le dió el primer empujón a esa eterna bicicleta que Suárez montara siempre. En Alcalá de Henares poseía un taller de reparaciones, y en aquella famosa prueba que, por primera vez, corrió en las fiestas del pueblo cervantino, y en la que ocupó el tercer lugar en la clasificación general, descubrió un auténtico valor que había que ayudar. De él recibió instrucciones, ayudas, que eran peldaños que le ayudaban a subir la ascensional carrera de su futura profesión.

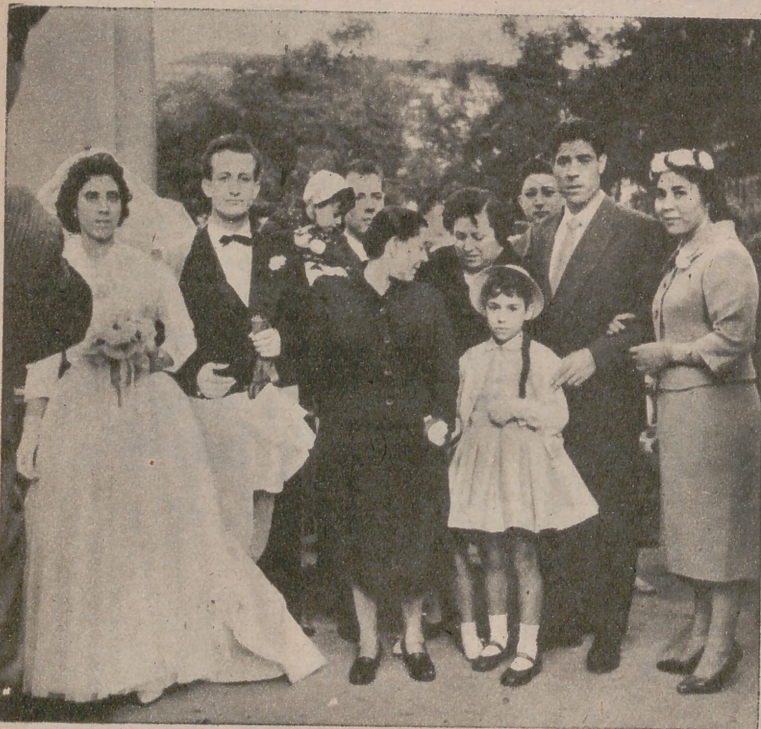
VEINTE PRUEBAS COMO AFICIONADO EN UN AÑO

Hace tres años se acercó a la ventanilla de la Federación Nacional de Ciclismo un muchacho de veinticinco años que se llamaba Antonio Suárez. El funcionario extendió el carnet de corredor aficionado con gesto aburrido, sin echarle importancia al asunto. Las facciones duras, angulosas, evidenciadoras de una voluntad recia y de un carácter noble, de Suárez, no se alteraron. Con aquel carnet nuevo en el bolsillo comenzó a correr de veras. Primero fueron dos pruebas contra reloj ganadas en Madrid. A éstas siguieron otras dieciocho carreras más por distintas provincias de España. Un porvenir que se iba haciendo. Al año siguiente, otra vez a la ventanilla de la Federación Nacional de Ciclismo. Esta vez, el carnet que solicitó fué el de profesional. Y con él y con una bicicleta nueva se lanzó por las carreteras españolas. La primera vez que usó la licencia profesional fué en la Vuelta Ciclista a Andalucía.

A éstas siguieron las Vueltas Asturias y Levante, los Trofeos "Masferrer" y "Botella", las pruebas Villarreal y Barcelona-Villada, el Gran Premio Industrial de Madrid, la participación en las Vueltas a España y en el "Tour" de Francia durante los años 1957 y 58. En fin, todo lo que hubo durante 1957 y 58.

En las dos grandes pruebas del ciclismo español no tuvo mucha suerte. La Vuelta Ciclista a España del año 1957 no la terminó por desgarró muscular, y en la otra se mantuvo con un papel regular. Pero él seguía dándole al pedal.

Cuando volvía a Madrid, su vida diaria giraba en torno a la bicicleta. Se levantaba cuando el sol comenzaba a despegar la piel de la noche. Iba hasta la Casa de Campo, donde hacía algo de gimnasia, y después, a cubrir el circuito del gran parque o lanzarse por las carreteras de Madrid hacia Alcalá o Guadalajara. De 100 a 150 kilómetros se hacía Suárez todos los días. Algunos, eran 200 los que se traía a casa. Seis, siete horas sobre el sillón. Un día, otro, siempre pensando en la prueba más inmediata o en el "Tour" de la France. Siempre con la idea en la cabeza de lle-



En la boda de una de sus hermanas

gar a ser algo. Pero con la suficiente humildad de conocerse a sí mismo. Un día dijo:

—Si no valgo para el ciclismo, lo dejo.

El tenía el corazón de gigante y no entendía de medianías. Lo que le interesaba era llegar a ser algo. Y lo ha sido. Pero a fuerza de tesón, de irse examinando cada día. De hacer lo que pudiera.

PRONOSTICOS QUE FALLAN

Es curioso repasar los diarios que precedieron al comienzo de la Vuelta a España. Las secciones deportivas, en las columnas dedicadas al ciclismo, apuntaban como seguros ganadores de la carrera a Bahamontes, Riviere y Van Looy. Se hablaba de ellos como de esos mitos seguros donde se espera la sorpresa grata por sabida. Se hacían comentarios sobre la Vuelta, se preguntaba a directores de equipos, se multiplicaban las cábalas, se pronosticaban las posibilidades de cada corredor y de cada conjunto. Pero ni una sola vez apareció, entre aquellas informaciones, el nombre de Antonio Suárez. Era uno de tantos, y precisamente de un equipo donde no se podían contar los ases más conocidos. A medida que le Vuelta iba avanzando y se vio la gran sorpresa, las cosas cambiaron. Antonio Suárez sonaba como un auténtico valor y una revelación que había asombrado a todos.

El mismo Suárez también vio aquello como algo, no inesperado, sino grande para los pensamientos que tuvo el día que salió camino de Toledo.

—En la anterior Vuelta a España nunca sentí inferioridad por las figuras extranjeras, sino respeto.

Es una frase que define de golpe el carácter estupendo de este muchacho madrileño. Duro para entrenarse y cuidarse, reconocedor de sus posibilidades, humano hasta el extremo, limpio de egoísmos. Durante los días de trabajo, a entrenarse sus cinco o seis horas diarias. Por la tarde, a leer, a ir al cine, preparar la bicicleta. Y si no, la natación o asistir a los partidos de fútbol. Los días festivos, a descansar. Y siempre, a mostrar su gran humanidad con todos. Con los de casa y con los amigos. Con sus sobrinas, que le quieren, porque siempre tiene el juego, el entretenimiento nuevo. Un hombre, Antonio Suárez, que, por no herir a alguien, es capaz de esconder sus propias facultades. Un hombre ahorrativo, y que sabe medir el valor de cada esfuerzo. Que quiere labrarse un porvenir feliz.

Los miles de pesetas que ha sacado a la Vuelta irán a la cartilla de Ahorros para una idea que tiene en proyecto. O montar una granja o instalar un taller de bicicletas y motos.

A LA VUELTA VOY A HACER LO QUE PUEDA

Acabada la Vuelta y serenos los ánimos, la charla con este

inagnífico muchacho descubre su personalidad, su tremenda sediedad para tratar cualquier tema que se toque.

—Oreo que en ciclismo no se puede ir a una especialización. Es un tanto complejo todo este mundillo. Particularmente, me siento con facultades para ser un buen escalador. Pero, por otra parte, veo que puedo correr, y bien, en el llano. Y, precisamente, es el "sprinter" el que, al fin, se lleva la gloria, el que resulta más brillante. Y un "sprinter" nace, no se hace, por más que se quiera.

Antonio Suárez salió a esta Vuelta a hacer lo que pudiera. No pensaba ganar, y sí dedicarse a entrar el primero en alguna etapa. Pero cuando vio las posibilidades que se ofrecían y, sobre todo, a partir de la retirada de Bahamontes —de quien habla con un gran respeto—, ya vio el campo abierto para decidir el desarrollo de la carrera de un modo distinto a cómo se había pronosticado irriamente desde el comienzo.

Y lo mismo seguirá haciendo para la Vuelta a Francia. Seguir preparándose continuamente y hacer allí lo que pueda.

—El mismo día que entré en Bilbao me llovieron los comentarios por todos los sitios. Era una especie de locura la que había en torno a mi nombre. Yo estaba realmente impresionado. Pero no he aceptado casi ninguno. Correré unas "criterios" en Bélgica, Francia y España, y participaré en alguna prueba con el equipo de Geminiani.

—Y a qué obedeece eso?

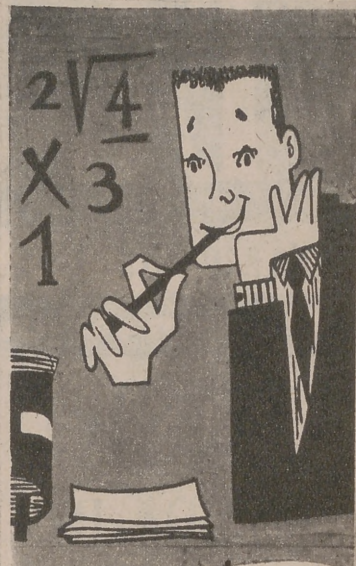
—Quiero prepararme perfectamente para el "Tour". Es la carrera más dura que hay en el mundo, y adonde hay que ir con todos los cabos bien atados. Para eso hay que cuidarse mucho. No sólo consiste en correr todos los días 150 ó 200 kilómetros, porque en un ciclista las piernas no lo son todo, ya que si fallan otros órganos del cuerpo, te puedes quedar tirado en la cuneta con toda facilidad.

SU VIDA DE CICLISTA EMPIEZA AHORA

Suárez está en Madrid. En Corpa hay una mujer que le espera. Y unos amigos que le van a rendir el homenaje merecido. También en Alcalá de Henares será recibido con alegría. El Club ciclista que se acaba de fundar tendrá como primer presidente de honor a este bravo muchacho que está en el comienzo de su carrera. El me dijo que, de los veintiocho a los treinta y dos años, es cuando un ciclista puede hacer algo.

La madrileña calle de la Palma preparó su homenaje íntimo. de amigo a amigo, de hombre a hombre. Pero Antonio Suárez seguirá con su carácter sencillo, afable, sin pretensiones, y si alguna tiene, es la de superarse cada día. Porque si el "sprinter" nace y no se hace, los hombres como Suárez nacen y no se hacen.

Pedro PASCUAL



CONTABILIDAD

Un alumno escribe:

"...he podido colocarme de contable en uno de los mejores establecimientos de ésta..."
G. López ARANJUEZ (Madrid)

...y usted también podrá con sólo desearlo

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA **CCC**

APARTADO, 108-SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES:

MADRID: Preciados, 11 • BARCELONA: Av. de la Luz, 48

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Otros cursos CCC por correspondencia:

INGLES • FRANCÉS • ALEMAN • ENGLISH (SUPERIOR) • FRANCAIS (SUPERIOR) • LATIN SOLFEO • ACORDEON • DIBUJO • RADIO-TECNIA • JUDO • MECANOGRAFIA • TAQUIGRAFIA • SECRETARIADO • REDACCION COMERCIAL • CORRESPONSAL • CONTABLE ADMINISTRADOR • CALCULO MERCANTIL • TRIBUTACION • CULTURA GENERAL • ORTOGRAFIA • PARA LA MUJER, CORTE Y CONFECCION

CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

Envíeme información GRATIS sobre el curso o cursos de.....

NOMBRE.....

DOMICILIO.....

POBLACION.....

PROVINCIA.....

REMITASE A
CCC APARTADO, 108-G-156
SAN SEBASTIAN

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

ANTONIO SUAREZ,

VENCEDOR CON TODOS LOS HONORES

*De peón caminero
a campeón ciclista*
**o EL TRIUNFO
DE LA VOLUNTAD**

